

Natalia Ter-Grigorian de Demianiuk

Las afecciones de la Iglesia terrenal o Pese a la enseñanza de Jesucristo

(Observaciones bíblicas)



Buenos Aires
2015

Ter-Grigorian de Demianiuk, Natalia

Las afecciones de la Iglesia terrenal ó Pese a la enseñanza de Jesucristo :
observaciones bíblicas . - a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Credo, 2015.
E-Book.

ISBN 978-987-27819-9-6

1. Estudios Bíblicos. I. Título
CDD 220.6

Fecha de catalogación: 27/03/2015

El libro basándose en el análisis textual de las comunicaciones bíblicas muestra la interpretación alterada de los dogmas fundamentales de la fe de las iglesias cristianas, referidos al cuerpo de la resurrección, a la Santísima Trinidad, a la Eucaristía, al matrimonio y a los otros relacionados con ellos conceptos.

La fuente principal utilizada es la Biblia, más precisamente, la Biblia de Jerusalén, aunque en algunos casos fue preferible acudir a las otras traducciones de la misma incluyendo la Septuaginta, las que se indican al pie de la página correspondiente.

El libro está destinado principalmente a los teólogos cristianos y estudiosos de la Biblia, así como para todos aquellos a quienes les interesan los fundamentos de la fe cristiana.

Índice

Prólogo	4
Compromiso con el mundo	7
Confusiones respecto al cuerpo de la resurrección	12
Comprensión tergiversada del misterio de la Eucaristía	21
¿Por qué el Islam cree que los cristianos son politeístas o una vez más sobre la Santísima Trinidad	32
El misterio del matrimonio y la santidad de la familia, según la Palabra de Dios y la Iglesia	39
Veneración de las reliquias de los santos	54
Fornicio en la Iglesia. <i>Reszpecto al problema del homosexualismo</i>	61
Acerca del “mataj” que se practica en la Iglesia Apostólica Armenia	73
Contrariedades en la enseñanza del San Serafín Sárovski y el monacato ortodoxo moderno	78
Ambiciones en la Iglesia	85
Patria de los cristianos y las guerras cristianas	96
¿La iglesia que no sabe?... ..	109
Conclusión	115
Anexo	117

Las afecciones de la Iglesia terrenal o Pese a la enseñanza de Jesucristo (Observaciones bíblicas)

Mis ojos destilan ríos de lágrimas,
porque tu ley no se guarda. (Sal 119: 136)

Prólogo

Este nuevo libro continúa el tema que empecé en el artículo “Tragedia del mundo cristiano” * publicado, entre otros, en mi libro “El misterio de la Santísima Trinidad”.

¿Por qué vuelvo nuevamente a este tema?

Una vez el Señor eligió para sí Mismo un pueblo espiritual compuesto de las almas justas y lo llamó Israel con el fin que representara su imagen y semejanza. Él Mismo inspiró a Moisés a decir respecto a este pueblo:

“De la cumbre de las peñas lo diviso, de lo alto de las colinas lo contemplo: es un pueblo que vive aparte; *no es contado entre las naciones*. ¿Quién contará el polvo de Jacob, quién numerará la polvareda de Israel? *Muera mi alma con la muerte de los justos, Sea mi paradero como el suyo.*» (Num 23: 9-10).

Ese pueblo no fue “contado entre las naciones”, porque consistía de las personas justas sin importar en la carne de que nación o raza terrenal nacieran sus representantes. Pero sucedió que lo comenzaron a interpretar precisamente según la carne mortal - el hecho que originó muchas alteraciones en la comprensión de la Palabra del Señor y, consecuentemente, en la conducta del hombre, por lo que contemplándolo el salmista dijo antaño con amargura:

“Mis ojos destilan ríos de lágrimas,
porque tu ley no se guarda.
¡Justo eres tú, Yahveh, y rectitud tus juicios!
Con justicia impones tus dictámenes,
con colmada verdad.” (Sal 119: 136-138)

Entonces Dios Mismo, Quién es Espíritu (Jn 4: 24), vino a la tierra en la carne de los que se llamaban *Israel* según la carne, y fundó su Iglesia marcando a la vez, que los miembros de la misma no se definen, según la carne, sino según el espíritu, es decir, pertenecen a Él por su espíritu y no por su carne que muere.

“Así que, en adelante, ya no conocemos a nadie según la carne”, dice al respecto el apóstol. “Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así. Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo.” (2 Cor 5: 16-17)

Y, como el mismo apóstol continúa en otro lugar, de haber “despojados del hombre viejo con sus obras” y “revestidos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador”, ya no distinguen a “griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre”, pues para el hombre nuevo “Cristo es todo y en todos”. (Col 3: 9-11)

* Véase en el Anexo

En otros términos, el Señor, igual que antes, denominó a su Iglesia con el mismo nombre *Israel*, pero en esta vez *bien aclaró*, que ese nombre nunca se refería a la carne, sino al espíritu, y cuando Isaías decía respecto de su significado: “El uno dirá: “Yo soy de Yahveh”, el otro llevará el nombre de Jacob. Un tercero escribirá en su mano: “De Yahveh” y se le llamará Israel.” (Is 44: 5), hablaba justamente de la filiación espiritual, es decir, de la pertenencia al Señor por el espíritu, y no por la carne.

Y he ahí la misma Iglesia – bajo la cual me refiero a todas sus confesiones y la que es el tesoro más precioso del hombre, su verdadero pan de vida que humaniza al ser salvaje del pecador,- a su vez empezó a sufrir ataques de parte de aquellos, quienes dirigiéndose por los espíritus de la carne, lograron con astucia establecerse en ella para hacerle daño desde dentro. Y ese daño ahora es tan enorme que, contemplándola hoy, un cristiano sincero podría apropiarse las palabras del salmista y decir que sus ojos destilan ríos de lágrimas, porque la Iglesia terrenal no siempre y no en todo guarda la ley del Señor y a menudo pone su propia palabra por encima de la Palabra del Señor, muchas veces ignorada o alterada, según lo que le parece más conveniente y aceptable para el ser humano. Por eso su cuerpo padece de enfermedades surgidas a causa de la ambivalencia que la destruye. Al ver esas enfermedades y muchas veces también la ignorancia, la hipocresía y las ambiciones de los clérigos, una gran cantidad de cristianos que vive en las condiciones de una verdadera confusión de Babel ideológica y no conoce la esencia real de la enseñanza del Salvador, comienza a buscar la verdad fuera de la Iglesia y al perderse en las numerosas concepciones paganas del mundo, imperceptiblemente para sí misma se aleja de Dios, estando en ayunas respecto a las causas y a los verdaderos objetivos de su propia existencia. Sin embargo los que asisten la Iglesia tampoco evitan convertirse en las víctimas de la tentación, porque a causa de sus enfermedades la misma no siempre les permite confirmarse plenamente en la fe y en la verdad.

Alguien me dirá, ¿con qué derecho me atrevo a juzgar la Iglesia? ¿Acaso me creo impecable? A tal persona contestaré: no, no me creo impecable, ni un juez. El Juez es la Palabra del Señor, que la Iglesia muchas veces acentúa selectivamente e interpreta, según el ego humano; los Jueces son los mandados del Señor, que no se cumplen. En cuanto a mí, yo sólo hago recordar esa Palabra, cuando la de la Iglesia entra en el conflicto con ella. Y lo hago como aquel niño que dijo: “El rey está desnudo”, pues veo que la Iglesia ha adquirido la imagen de Jano de dos caras. Una de sus caras expresa la bienaventuranza y santidad que salva y la otra, una funesta hipocresía. Y esto es porque junto con los verdaderos apóstoles se anidaron en ella personas que no aman y no entienden la enseñanza de Jesucristo o que son simplemente indiferentes. Así que, de un lado, la Iglesia representa un arca de alianza que salva y, del otro lado, una nave que haciendo agua lentamente se hunde en el abismo. Para salvarse en el arca y no precipitarse al fondo del abismo junto con la nave haciendo agua, tenemos que aprender a distinguir esas dos caras de la Iglesia, pues en un momento decisivo tendremos que discernir al “Hombre impío” del que se ha dicho que es “el Hijo de perdición, el Adversario que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios.” (2 Tes 2: 3-4), y al discernirlo, hacer la elección correcta.

Al escribir todo lo que viene a continuación, no persigo el fin de difamar la Iglesia, al contrario, lo hago para intentar sanarla, hacer que fortalezcan sus ramas sanas y caigan las enfermas. Y en esto me fío y me apoyo en las siguientes palabras del apóstol y de Sirácida:

“Examinad qué es lo que agrada al Señor, y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien, *denunciadlas*.” (Ef 5: 10-11); “A los culpables, *repréndelos delante de todos*, para que los demás cobren temor.” (1 Tm 5: 20).

“El que odia la reprensión sigue las huellas del pecador, el que teme al Señor se convierte en su corazón.” (Si 21: 6)

Al índice

Compromiso con el mundo

La amada Iglesia de Jesucristo en su aspecto más puro –como la Iglesia que propaga el evangelio que “no es de orden humano”, sino fue recibido y aprendido “por revelación de Jesucristo” (Gal 1: 11-12)-, se manifestó en la tierra sólo durante los primeros tres siglos de la era cristiana, cuando como tal fue perseguida. Naturalmente, pertenecer a ella en aquellos tiempos no parecía muy atractivo o prestigioso para la gente común, ya que comportaba un riesgo para la vida. Por eso las personas poco creyentes, ambiciosas y utilitaristas no aspiraban entrar en ella. La situación comenzó a cambiarse radicalmente desde el año 313, cuando Constantino –en aquel entonces emperador sólo del Imperio romano occidental, y pocos años después, también imperador del imperio romano oriental- firmó el conocido “Edicto de Milán”. En su esencia este documento significaba un compromiso entre el estado y la Iglesia que desde ese tiempo perdió parte de su libertad interior. Lo sucedió porque hacia la Iglesia se lanzaron los aprovechadores, ajenos al Espíritu de Jesús. Eran aquellos “falsos hermanos” que aun antes, según el apóstol Pablo, a veces se infiltraban en la Iglesia para espiar la libertad que tenía en Cristo Jesús, con el fin de reducirla a esclavitud (Gal 2: 4). Y lograron hacerlo con astucia, como antaño la serpiente logró, también con astucia, seducir a Eva. En resultas, si antes los cristianos se consideraban muertos para el mundo o ajenos a él, recordando las palabras de Jesús: *“No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo - la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas - no viene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre.”* (1 Jn 2: 15-17) y también: *“Mi Reino no es de este mundo.”* (Jn 18: 36), ahora, avalados por el apoyo del estado y libres de las persecuciones, quisieron hacer comfortable su vida temporal en este mundo que, en realidad (y contrariamente a sus afirmaciones), empezaron a percibir ya como su mundo. Naturalmente, ese cambio -que fue resultado de un proceso muy lento y oculto, aunque prosperando rigurosamente,- debilitó la Iglesia, pues la misma comenzó, así, a servir a dos amos – a Dios y al mundo a la vez, a la Jerusalén celestial y al Egipto terrenal, al Espíritu de Dios y a los espíritus de la carne humana.

Mientras tanto Jesús decía:

“Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero.” (Mt 6: 24)

A ese doble servicio el apóstol lo denominó hipócrita o “irresoluto” y a los “hombres irresolutos” invocó a purificar sus manos, limpiar sus corazones y acercarse a Dios, para que Él también se acerque a ellos. (St 4: 8). Diciendo “irresolutos” él se refiere a la presencia simultánea en ellos tanto de la fe en Jesucristo como de la búsqueda de bienes materiales. Y ya que su unificación es principalmente imposible, pues una niega a la otra, la misma es una hipocresía que revela el doble ánimo de la Iglesia, porque, efectivamente, en el servicio de doble ánimo el que siempre se atiende con más diligencia es el servicio al mundo, al Egipto (mamona) y a la carne. Sobre las consecuencias fatales de tal servicio bifurcado que adoptó la Iglesia, había advertido aún Sirácida que dijo:

“¡Ay de los corazones flacos y las manos caídas, del pecador que va *por senda doble!*” (Si 2: 12)

Esa senda doble es la sabiduría de este mundo contrapuesta a la sabiduría de Dios. Bien separándolas los apóstoles decían:

“Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales. El hombre naturalmente ¹ no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el *hombre de espíritu* lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo.” (1 Cor 2: 12-16).

Pero al entrar en el compromiso con el mundo, la Iglesia, de hecho, voluntaria- o involuntariamente comenzó a conciliar la mente de Jesús con la mente de los sabios de este mundo, buscando, por ejemplo, la confirmación de la “mente de Jesús” por los descubrimientos científicos de los sabios de este mundo, es decir, concediendo la supremacía a la ciencia terrenal que paulatinamente se convirtió en el centro principal de la vida de los cristianos, tanto más que la fe es una hazaña que no todos pueden ejecutar, pues exige vivir, según el espíritu, haciendo morir las obras de la carne. Como dice el apóstol:

“si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis. En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios.” (Rom 8: 13-16) “Ahora bien”, aclara él mismo en otro lugar, “las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios.” (Gal 5: 19-21)

Entonces, surge la pregunta, ¿si se puede servir a Dios sin hacer morir las obras del cuerpo? No, - decían los apóstoles. Sí, - parece decir tácitamente la Iglesia Católica, aunque ya sólo la presencia del celibato en ella lo contradice. Sí, - dicen las Iglesias Protestantes también tácitamente, negando, de este modo, que llevan el morir de Jesús en sus cuerpos, de lo que habla el apóstol Pablo diciendo: **“Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús**, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.” (2 Cor 4: 10). No, - dice únicamente la Iglesia Ortodoxa, aunque prácticamente tampoco sigue a este principio.

Todo lo dicho atestigua que la Iglesia terrenal, quizás, sin darse cuenta, intenta a conciliar lo Divino con lo mundano en beneficio de la carne pecadora que no conoce y no quiere conocer ninguna hazaña de la fe. Pero, como anotan los apóstoles, sin esta hazaña no se consigue aun ni una corona corruptible Efectivamente, para hacer un descubrimiento en la ciencia, los científicos, poseídos por una idea, viven con la vida de los devotos, pues sin la entrega total, sea a lo que sea, no se logra nada de valor incluso en la vida terrenal.

“Los atletas se privan de todo”, advierte el apóstol Pablo; “y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Así pues, yo corro, no como a la ventura; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, sino que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado.” (1 Cor 9: 25-27)

1. Según el sentido del párrafo y también según las otras traducciones, aquí sería más correcto traducir “el hombre natural”, pues está contrapuesto al “hombre de espíritu”

Eso es lo que significa vivir, según el espíritu. Pero el mundo no lo acepta, nada de abstención, ni hazaña.

¿Se puede, acaso, conciliar lo que vivifica con lo mortífero? Y si la Iglesia Ortodoxa al negar categóricamente esa conciliación, no obstante, vive en ella a pesar de su propia enseñanza, la Iglesia Católica y las Iglesias Protestantes, a su vez, no sólo no la niegan, sino, además, consideran que los sufrimientos en la tierra no son imprescindibles y que los bienes terrenales son un don de Dios, dejando en la subconciencia el hecho que el bautismo significa el sepulcro del cuerpo, sin el cual no hay resurrección en Cristo.

“Mirad “, dice el apóstol, “que nadie os esclavice mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo. Porque en él reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente, y vosotros alcanzáis la plenitud en él, que es la Cabeza de todo Principado y de toda Potestad; en él también fuisteis circuncidados con la circuncisión no quirúrgica, **sino mediante el despojo de vuestro cuerpo mortal**, por la circuncisión en Cristo. **Sepultados con él en el bautismo**, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que resucitó de entre los muertos.” (Col 2: 8-12).

La intransigencia del cristianismo se revela también en las siguientes palabras de Jesucristo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.” (Mt 16: 24-25).

Pero a pesar de esto, por ejemplo, la Iglesia Católica dice que el Señor quiere que seamos felices en la vida terrenal, y con este decir confunde a las personas, porque el deseo de la felicidad en la tierra ata al hombre con el mundo y entonces la obtención de esta felicidad prometida se convierte en su objetivo principal, contrariamente a las siguientes palabras de Jesús: “El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida *en este mundo*, la guardará para una vida eterna.” (Jn 12: 25).

Odiar su vida en el mundo significa ver toda la verdad oculta del mismo, es decir, ver el mal, en que el mundo yace, y estar siempre dispuesto a sacrificar su vida terrenal en el nombre del Señor y de la eternidad. “Los que quieran verme y llegar a mi reino deben poseerme por tormentos y por aflicciones”, citan las palabras de Jesús los Padres de la Iglesia.² Y es porque un hombre justo no puede alegrarse, cuando su prójimo está mal, cuando está mal el Señor Mismo Quién dijo: “Por los enfermos estoy enfermo y por los hambrientos hambriento, y por los sedientos sediento”,³ pues, como explicó el apóstol, “Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte.” (1 Cor 12: 26-27). Además, la salvación misma se realiza a través del sufrimiento. “Si somos atribulados,” dice el apóstol, “lo somos para consuelo y salvación vuestra; si somos consolados, lo somos para el consuelo **vuestro, que os hace soportar con paciencia los mismos sufrimientos que también nosotros soportamos.**” (2 Cor 1: 6). Significa que el Señor quiere que compartamos los sufrimientos de los que sufren, quiere que les ayudemos y no pasemos el corto tiempo de nuestra vida terrenal divirtiéndonos y gozando. “Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo” (Gal 6: 2), dice el apóstol Pablo.

2. Sentencias atribuidas a Jesús por los Padres de la Iglesia, y que constaban en Evangelios apócrifos, cuyo texto se ha perdido, № 10.- Ver: Evangelios apócrifos, Ediciones Libertador Bs.As. 2003, p. 319

3. Sentencias atribuidas a Jesús por los Padres de la Iglesia, y que constaban en Evangelios apócrifos, cuyo texto se ha perdido, № 5. Ver: Evangelios apócrifos, Ediciones Libertador Bs.As. 2003, p. 319

Pero el cristiano contemporáneo no quiere ni dolores ni suplicios. Cierra sus ojos al verlos, para que no se aflige y no se acorte por eso su vida terrenal que tanto ama y la que intenta alargar por todos los medios, como si no tuviera ninguna otra vida, además de ella. Y ese su deseo se conforta por todos los logros de la medicina contemporánea, particularmente, por el más fatídico de ellos, a saber, **el transplante de los órganos**, que hace al hombre traspasar muchos límites morales y en contra de que aun no ha salido ninguna Iglesia. Significa que él ama su vida terrenal más que a Dios y de ninguna manera no quiere perderla, incluso si su conservación –aunque sea temporal- esta vinculada con la muerte del otro, pues **el que espera la donación de órganos, en realidad, espera la muerte de alguien y la desea sin admitirlo, hasta en su locura implora a Dios por ella ni siquiera advirtiendo el sacrilegio que comete**. En otros términos, este creyendo no cree, sino finge creer; sabiendo no sabe y entendiendo no entiende los mandados de Jesucristo. Su único deseo es conciliar lo carnal con lo divino.

Y la culpa de todo esto tiene la Iglesia “irresoluta” que va por dobles sendas. Sus representantes tampoco quieren dolores y suplicios. Ellos sólo aspiran una vida tranquila y confortable, “ya que”, como dice el apóstol, “todos buscan sus propios intereses y no los de Cristo Jesús.” (Fp 2: 21). Y lo hacen a pesar de que el apóstol Santiago les aclare: “¡Adúlteros!, ¿no sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios.” (St 4: 4) y Jesús predica: “Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres.” (Mt 15: 7-9)

Entonces, son precisamente los “preceptos de hombres” por los que la Iglesia cambió la severidad de la palabra intransigente de Jesús. Esos preceptos humanos son los que se convirtieron en los preceptos confesionales que fracturaron la Iglesia., según las diferencias teológicas ideadas y según los rituales, aunque el legado de Jesús fue sólo propagar el Evangelio. Pues Él había dicho a sus apóstoles:

“Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación.” (Mc 16: 15)
Ésta es la tarea principal de la Iglesia.

Pero alterando la enseñanza del Salvador para ajustarla con los elementos del mundo y de la carne, la Iglesia, parece no temer al juicio del Señor y no asumir plenamente las siguientes sus palabras:

“«No todo el que me diga: "Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial. Muchos me dirán aquel Día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" Y entonces les declararé: "¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad!"»” (Mt 7: 21-23)

La divergencia entre la enseñanza eclesiástica y la de Jesucristo paulatinamente corrompe al creyente. En el sentido bíblico esa corrupción se iguala al regreso a Egipto, pues se resulta que para la Iglesia el poder material y las autoridades científicas volvieron más confiables que el Espíritu Santo al que no ve y por eso su fe se hizo sólo verbal. Así que hoy, igual que en los tiempos antiguos, el Señor podría decir de sus representantes lo que una vez había dicho por la boca del profeta Isaías refiriéndose a sus hijos: “bajan a Egipto sin consultar a mi boca, para buscar apoyo en la fuerza de Faraón y ampararse a la sombra de Egipto.” (Is 30: 2).

La fuerza del Faraón es la fuerza del poder terrenal, la fuerza del bienestar material, bajo cuya “sombra” se amparan tanto los eclesiásticos como la mayor parte de los parroquianos. Ya casi no existen en las Iglesias quienes podrían decir que “estiman como riqueza mayor que los tesoros de Egipto el oprobio de Cristo” (Hb 11: 26), porque los intereses “egipcios” en la Iglesia se atienden con más diligencia que los de Dios.

En actualidad las afecciones de la Iglesia se profundizaron hasta tal punto que la misma ya comenzó a proclamar la idea de la transformación y salvación del mundo, ajena a Jesús, porque en esencia, esconde el deseo de la conservación del mundo mortal y de la mortalidad, mientras que el Salvador dijo que este mundo debe pasar *para que se revele la vida oculta con Cristo en Dios* (Col 3: 3).

Pero en la imaginación de un cristiano que se alejó de Jesús, el aspecto del mundo terrenal comenzó a fusionarse con el del mundo prometido, por lo que vemos que en la Iglesia junto con los verdaderos apóstoles -como regla, de poco poder- se anunciaron los falsos apóstoles -como regla, poderosos, de los cuales se ha dicho:

“Esos tales son unos falsos apóstoles, unos trabajadores engañosos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Y nada tiene de extraño: que el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz. Por tanto, no es mucho que sus ministros se disfracen también de ministros de justicia. Pero su fin será conforme a sus obras.” (2 Cor 11: 13-15) - Conforme a sus obras, es decir, conforme a sus frutos, por los cuales se puede conocerlos. **“Por sus frutos los conoceréis”**, dijo Jesús. “¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos.” (Mt 7: 16-18).⁴

Pero ¿cómo lo haría un pobre parroquiano? si por la bendición de la Iglesia su prioridad es su vida terrenal, si se quedan incomprendidas las siguientes palabras del apóstol: “Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios” (Col 3: 1-3) y si la Iglesia misma piensa a la vez en las cosas de arriba y en las de la tierra – en las últimas, además, con la preferencia, porque no se siente “muerta” para la vida terrenal en el nombre del Señor

Naturalmente, también en la conciencia de muchos la imagen del hijo de perdición, del Hombre impío, se fusionara con la imagen de Jesucristo Salvador, cuando su adversario, como lo predijo el Señor, se eleve “sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo **en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios.**” (2 Tes 2: 3-4).

Pero ¿como entonces debería permanecer la Iglesia en la tierra? El apóstol así contesta a esta pregunta:

“Os digo, pues, hermanos: El tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen. Los que lloran, como si no llorasen. Los que están alegres, como si no lo estuviesen. Los que compran, como si no poseyesen. Los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa.” (1 Cor 7: 29-31).

En otros términos, la Iglesia debería vivir **sin apegar a nada terrenal y pasajero** y siendo “resucitada con Jesús” buscar las cosas de arriba y pensar en las cosas de arriba y no en el bienestar de la vida terrenal, como lo hacen los gentiles que no conocen a Dios.

4. A pesar de esto he escuchado muchas veces que la moralidad del sacerdote no es tan importante, porque el también es un hombre pecador, sino lo que es importante es sus acciones litúrgicas. Son ellas las que salvan. Diciendo así revelan su creencia en la *magia* de las acciones sacerdotales, la que ponen encima de la palabra de Dios.

Confusiones respecto al cuerpo de la resurrección

Hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual.

(1 Cor 15: 44).

No despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedaos con lo bueno.

(1 Tes 5: 20-21)

En la teología cristiana - tanto ortodoxa como católica y protestante - existe cierta confusión respecto a los conceptos del *alma* y del *cuerpo*. No obstante, la esencia de estos conceptos es un asunto principal de la fe, vinculado a la vez con la noción del cuerpo de la resurrección del hombre y con la esencia misma de la Santísima Trinidad.

La Iglesia ortodoxa siguiendo principalmente a las enseñanzas de algunos padres de la Iglesia – y en primer lugar a la del San Juan Damasceno -, considera el alma como **“un espíritu creado por Dios cuya naturaleza es semejante a la de los ángeles” y sin forma alguna**. “El alma”, dice él, “es un ser vivo, simple e **incorpóreo**; invisible por su naturaleza para los ojos carnales; inmortal, dotado de la razón y de la mente, **sin una figura definida**; actúa con la ayuda del cuerpo orgánico al que comunica la vida, el crecimiento, el sentir y la fuerza de engendrar. La mente pertenece al alma no como algo distinto de ella, sino como la parte purísima de ella misma”. Y un poco más abajo añade: *“El alma fue creada junto con el cuerpo y no como charlataneaba Orígenes diciendo que primero fue creada el alma y después el cuerpo”* [la itálica es mía]. ¹

Así que la Iglesia ortodoxa también considera el alma humana, igual que a los ángeles, como espíritus que no tienen ninguna forma, mientras que bajo el cuerpo humano entiende sólo su cuerpo orgánico, es decir, el cuerpo de carne y de sangre. En relación con esto se cree que el hombre completo consiste del alma y del cuerpo o, diciendo de otra manera, del espíritu y del cuerpo carnal unidos para siempre:

“Los santos padres”, escribe el obispo Ilarión (Alféev) en su obra “El misterio de la fe”, “basándose en la Biblia enseñan que el alma y el cuerpo no son elementos ajenos, unidos en un individuo sólo por un tiempo, **pero se han dado al mismo tiempo y para siempre en el acto mismo de la creación**: el alma está “desposada” con el cuerpo inseparablemente. (...) Llamarse hombre se puede sólo el ser que consta de las dos cosas unidas - del alma y del cuerpo. El vínculo inseparable entre el alma y el cuerpo, según el San Gregorio de Nisa, es un “conocimiento”, una “amistad” y un “amor” que se conservan hasta después de la muerte. En el alma, incluso después de su separación

1. San Juan Damasceno “Exposición de la fe ortodoxa”. Libro 2, cap. 12 “Sobre el hombre”. Aquí y adelante la traducción de la traducción rusa está hecha por la autora de esa obra. *Св. Иоанн Дамаскин. Точное изложение православной веры.*— Москва, 1992. о “Полн. собр. творений” Св. Иоанна Дамаскина, 1913 года. Т. 1, Книга 2-ая, гл. 12 «О человеке»: «Душа есть сущность живая, простая и бестелесная; невидимая, по своей природе, телесными очами; бессмертная, одаренная разумом и умом, не имеющая определенной фигуры; она действует при помощи органического тела и сообщает ему жизнь, возрастание, чувство и силу рождения. Ум принадлежит душе, не как что-либо другое, отличное от нее, но как чистейшая часть ее самой.» А несколько ниже добавляет: «Душа была создана вместе с телом, а не так, как пустословил Ориген, будто сначала была сотворена душа, а потом тело.»

del cuerpo, se quedan ciertos signos... de la unión, pues el rico y el Lazaro en el paraíso se conocieron mutuamente. En el alma se quedan *algunos rastros* (del cuerpo). Y en el momento de la renovación ella nuevamente se pondrá el mismo cuerpo.²

Por eso en la catequesis ortodoxa leemos sobre el cuerpo de la resurrección: “La resurrección no es vestir del alma en un nuevo cuerpo, en fondo será el mismo cuerpo que el hombre tenía en esta vida”.³ Por la misma razón también el Padre (Ἱερομόναχος) Seraphim (Rouz) en su breve exposición sobre la fe ortodoxa cita las siguientes palabras del San Juan Damasceno indicando que se trata precisamente de la carne y de la sangre:

“Os lo aseguro, habrá la resurrección de los muertos. Pero al hablar de la resurrección imaginamos la resurrección de los cuerpos. Pues la resurrección es el segundo alzamiento del caído; pero las almas siendo inmortales ¿cómo resucitarían? Porque si la muerte se define como la separación del alma del cuerpo, entonces la resurrección es, por supuesto, la segunda unión del alma y del cuerpo y el segundo alzamiento del ser vivo que se resolvió y murió. Así, el cuerpo mismo que se reduce a polvo y se resuelve, este mismo se resucitará imperecedero. Ya que Aquel Quien desde el principio lo creó del polvo de la tierra, puede nuevamente reanimarlo después de que este cuerpo, como dice el Creador, sea resuelto y vuelto a la tierra, de la cual fue tomado...”⁴

2. Православие и современность. Информационно-аналитический портал Саратовской епархии Русской Православной Церкви. *Епископ Иларион (Алфеев)* Таинство веры. Введение в православное догматическое богословие. Глава V. Человек. Душа и тело [Ortodoxia y modernidad. Portal informativo-analítico de la parroquia de Sarátov de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Obispo Ilarion (Alféev) El misterio de la fe. Prólogo a la teología dogmática ortodoxa. Cap. V. El hombre. El alma y el cuerpo: «Святые Отцы на основании Библии учат, что душа и тело не являются чуждыми элементами, соединенными в индивидууме лишь на какое-то время, но даны одновременно и навсегда в самом акте творения: душа "обручена" телу и неразлучна с ним. (...) Только существо, состоящее из соединения обоих, называется человеком" Неразрывную связь души и тела святитель Григорий Нисский называет "знакомством", "дружбой" и "любовью", которые сохраняются даже после смерти: "В душе и после разлучения с телом остаются некие знаки... соединения, ведь узнали богатый и Лазарь (друг друга) в раю. На душе остается как бы отпечаток (тела), и во время обновления она опять примет на себя это (тело)" Подобная концепция далека от платоновского и восточного дуализма.»] <http://lib.eparhia-saratov.ru/books/09i/ilarion/tainstvo/26.html>

Sin hablar en lo que la idea de “algunos rastros” es indudablemente una conjetura que pretende cubrir la brecha de la incomprensión en el asunto, todas esas consideraciones suponen la participación del matrimonio terrenal en la creación del hombre a pesar de la enseñanza sobre la virginidad y a pesar de las declaraciones de los profetas. – Véanse, por ejemplo: Is. 54: 1 o Os 13: 13 (RVA)

3. Православный катехизис, часть 2-ая, 12. Тожественность тела воскресшего телу живущего. [Catequesis ortodoxa, parte 2, cap. 12. La identidad del cuerpo de la resurrección al cuerpo del que vive. «Воскресение не есть облечение души в новое тело, по существу это будет то же самое тело, каким человек обладал в этой жизни»] http://azbyka.ru/dictionary/10/davydenkov_katihizis_17-all.shtml

4. Православие и современность. Информационно-аналитический портал Саратовской епархии Русской Православной Церкви. Электронная библиотека. *Иеромонах Серафим (Роуз)* Душа после смерти. X. Краткое изложение Православного учения о посмертной судьбе души. Воскресение тела. [Ortodoxia y modernidad. Portal informativo-analítico de la parroquia de Sarátov de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Biblioteca electrónica. Padre (Ἱερομόναχος) Seraphim (Rouz). El alma después de la muerte. X. Breve exposición de la doctrina ortodoxa sobre el póstumo destino del alma. La resurrección del cuerpo: «...истинно будет, будет воскресение мертвых. Но, говоря о воскресении, мы представляем себе воскресение тел. Ибо воскресение есть вторичное воздвижение упавшего; души же, будучи бессмертными, каким образом воскреснут? Ибо, если смерть определяют как отделение души от тела, то воскресение есть, конечно, вторичное соединение души и тела, и вторичное воздвижение разрешившегося и умершего живого существа. Итак, само тело, истлевающее и разрешающееся, оно само воскреснет нетленным. Ибо Тот, Кто в начале произвел его из праха земли, может снова воскресить его, после того, как оно опять, по изречению Творца, разрешилось и возвратилось назад в землю, из которого (sic) было взято...»]

De lo dicho resulta, en primer lugar, que no existe una diferencia definida entre el alma y el espíritu, porque tanto una como el otro se entienden como espíritus. (¡Non-sens!) y, en segundo lugar, no está claro, ¿cual es el cuerpo de la resurrección, si, según el apóstol, “la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos” (1 Cor 15: 50). *¿Como puede ser el mismo cuerpo el que ya no tendría ni carne, ni sangre, ni, además, sexo?* Pues Jesús dijo: “(...) cuando resuciten de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en los cielos.” (Mc 12: 25).

Aquí es evidente una falta de comprensión del concepto “cuerpo”.

Las mismas formulaciones y mismas faltas están presentes también en la teología católica, que así presenta al alma: “El alma es un espíritu que no tiene sustancia material como el cuerpo; no puede verse ni tocarse. Y junto con el cuerpo que efectivamente es lo que lo anima, constituye al ser humano... El catecismo enseña que el alma es un *espíritu inmortal... es inmaterial y no tiene cantidad de extensión*”,⁵ “(...)no es extenso, corpóreo, y es esencialmente e intrínsecamente dependiente del cuerpo. (...)”⁶ Por eso se cree en “la ascensión a los cielos en cuerpo y alma”⁷

Lo mismo repitió también el doctor Joan Antoni Mateo, profesor del Instituto de teología Espiritual de Barcelona, España y del Instituto Santo Tomas de la Fundación Balmesiana en una entrevista de las “Mas allá de la muerte” que transmite la Visión Católica TV. En la segunda parte de la misma el profesor dijo respecto de la resurrección de la carne: “La resurrección de la carne es un artículo importante de nuestra fe. La salvación que nos quiere dar Dios afecta a todo el ser humano, no sólo el alma, sino también el cuerpo. Nuestro cuerpo después de la corrupción, del sepulcro, en el día final será resucitado y glorificado a imagen y semejanza de la resurrección de Jesucristo.” Además el teólogo afirmó que un ángel nunca tuvo ni tendrá un cuerpo.

Como vemos, los conceptos de ambas Iglesias generalmente coinciden. Resulta que, según ellas, el hombre tiene un cuerpo y un espíritu, pues ambas creen que el alma es un espíritu. Con tal forma de ver al hombre no es de extrañar que la Santísima Trinidad a cuya imagen y semejanza fue creado el ser humano, se considere incomprensible para él. Y como está claro que tras todo esto se esconde *la veneración del cuerpo visible de la carne y sangre*, tampoco sorprende la presencia en las Iglesias de la veneración puramente pagana de las reliquias corpóreas y el deseo de guardarlas incorruptas.

Mientras tanto al Señor nunca le importó mucho el cuerpo visible o mortal del hombre. Por ejemplo, por la boca del profeta Isaías Él había dicho de la carne: “Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba, en cuanto le dé el viento de Yahveh (pues, cierto, hierba es el pueblo). La hierba se seca, la flor se marchita, mas la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.” (Is 40: 6-8). Además lo mismo Él repitió viviendo en la tierra, cuando dijo: “El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida.” (Jn 6: 63).

Teniendo un problema de controversia indicada, para aclarar el asunto, echemos un vistazo más sobre el relato bíblico referido a la creación del hombre prestando atención a los hechos que, con toda probabilidad, fueron omitidos por aquellos de los padres de la Iglesia, cuya opinión formó la base de los catequeses tanto de los ortodoxos como de los católicos y protestantes.

5. Alma: significado, definición en el catolicismo: <http://religioncatolicaromana.blogspot.com.ar/2013/01/alma-significado-definicion-en-el.html>

6. Enciclopedia católica: <http://ec.aciprensa.com/wiki/Alma#UyGqFs5Zies>

7. <http://religioncatolicaromana.blogspot.com.ar/2013/01/alma-significado-definicion-en-el.html>

II

Antes de todo recordemos, cómo el Génesis cuenta sobre la creación del hombre: “Entonces Yahveh Dios *formó al hombre* con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un *ser viviente*.” (Gen 2: 7). Aquí el hombre se llama un “ser viviente”. Esa traducción corresponde a la Biblia de Jerusalén. Del mismo modo llaman al hombre las revisiones de la Reina Valera. Pero ¿qué es “ser viviente”, si no es el alma? Y tanto más que la versión española de la Septuaginta lo llama precisamente así, “alma viviente”. En ella leemos: “Y plasmó Dios al hombre, polvo de la tierra. E inspiró en su faz sopro de vida, y vino a ser el hombre en *alma viviente*.”⁸ Del mismo modo - “*Alma viviente*” (*living soul*) - lo llaman también las versiones inglesas de la Biblia y las de otros idiomas.

Entonces, se trata del alma. Y ¿que significa “formó” o “plasmó” Dios al hombre, si no le dio una forma o figura? De ahí parte que del polvo de la tierra primero fue creada la forma o la figura del ser humano y después esa forma fue animada por el soplo Divino. Y esa unión de la forma y del soplo Divino fue llamada “alma viviente” o Adam lleno de Eva, es decir, teniendo vida en sí mismo. Justamente a eso se refería Jesús cuando dijo: “Porque, como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo” (Jn 5: 26). Entonces, esa vida en Adán, inseparable de él, fue Eva. Juntos ellos representaban aquel recipiente que el Señor creó para sí Mismo. Consiguientemente, el “alma viviente” o la forma viviente no es nada otro que el cuerpo del hombre con la particularidad de que fue creado para la incorruptibilidad, pues se ha dicho: “Dios creó al hombre *para la incorruptibilidad*, le hizo imagen de su misma naturaleza; *mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo*, y la experimentan los que le pertenecen.” (Sb 2: 23-24)⁹ Eso significa que el cuerpo primordial del hombre fue eterno. Pero ¿cómo el Génesis describe la entrada de la muerte en el mundo? El mismo nos revela que la muerte está vinculada con la caída del hombre y las “túnicas de piel” en las que el Señor vistió a Adán antes de echarlo del mundo eterno al mundo de los tiempos. “Yahveh Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel”, leemos en él, “y los vistió.(...) Y le echó Yahveh Dios del jardín de Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado.” (Gen 3: 21 y 23).

El significado de este momento escapa de la atención de los teólogos, pues las “túnicas de piel” se entienden literalmente, cuando, en realidad, se refieren al cuerpo mortal, o externo, del hombre, del cual el Señor previno a Adán diciéndole: “mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, *morirás sin remedio*.” (Gen 2: 17). En resumidas cuentas ocurrió que apenas Adán comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, Dios le vistió en “túnicas de piel” y así lo convirtió en un ser mortal. Lo que bajo las “túnicas de piel” se entiende el cuerpo de carne y sangre, que cubrió lo de antes, atestiguan muchos lugares de la Sagrada Escritura, pero aquí sería suficiente citar sólo las palabras del apóstol afirmando **que existen dos tipos de cuerpos**: “(...) hay un cuerpo natural”, dice él, “hay también un cuerpo espiritual.” (1 Cor 15: 44).

8. Septuaginta en español: La Sagrada Biblia, versión de G.Jünemann B. Versión directa del Griego, Hebreo y Arameo. Según los mejores códices: Vaticano, Sinaítico, Alejandrino y sus mejores ediciones. Texto bíblico autorizado para su publicación por la Conferencia Episcopal de Chile mediante el decreto n. 70 (860/92) con fecha del 8 de octubre de 1992.

9. O la versión de la Septuaginta en español: “Porque Dios creó al hombre *en incorruptibilidad*; e imagen de la propia naturaleza le hizo; pero, por envidia del diablo, la muerte entró en el mundo”

Lo dicho por el apóstol, de hecho, atestigua, primero, que el alma y el espíritu no son la misma cosa y, segundo, que el alma también es cuerpo, un cuerpo que se resultó “enfundado” en el cuerpo mortal, o carnal, y se hizo invisible, y tanto más que fue formada de la tierra y no engendrada, como se engendran los espíritus. Pero aquella tierra de la cual fue formado el hombre, no es la que conocemos, pues la última es la que se llamó “maldita” después de la caída de Adán: “(...) maldito sea el suelo por tu causa (...)”, dijo entonces Dios a Adán, lo que significa que también la tierra se sometió al tiempo y a la degradación. En cuanto a la tierra materna de Adán, es aquella materia primordial, desconocida e invisible para nosotros, igual que el alma, a la que el apóstol la llama “gloria de Dios”. Es aquel “tesoro” que, según él, llevamos “en recipientes de barro” (2 Cor 4: 6,7), es decir, en el cuerpo mortal. El apóstol la llama también “un edificio que es de Dios: una morada eterna, no hecha por mano humana” y que se manifestará cuando se desmorone nuestro cuerpo mortal. A este último él compara asimismo con la tienda, diciendo: “esta tienda, que es nuestra morada terrestre (...) Y así gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celeste” (2 Cor 5: 1-2). A esta misma *tienda* Job del Antiguo Testamento la llama “casa de arcilla, (...) hincada en el polvo” (Job 4: 19). De aquí sigue que en el Génesis bajo el alma viviente se entiende precisamente el cuerpo “**natural**” del hombre, mencionado por el apóstol. **Es el cuerpo interior e invisible que después de la caída del hombre** se resultó encerrado en su cuerpo mortal. Diciendo en otros términos, su verdadero o eterno cuerpo que terminó de ser encerrado “dentro” de su cuerpo mortal o temporal, y se hizo invisible para los ojos carnales. **Pero la confusión entre esos dos cuerpos viene de la palabra “ψυχικόν”, usada en la traducción griega que se entiende como un principio psíquico referido al principio animal o natural,¹⁰ lo que los estudiosos equívocamente vinculan con el cuerpo mortal o exterior que no tiene importancia para el Señor y, en realidad,** fue dado al hombre para que pueda sobrevivir en un ambiente impropio, adonde tuvo que ser echado. El hombre se vistió en él, igual que un buzo que antes de entrar a lo profundo del mar, pone una escafandra que le ayuda a sobrevivir mientras está en el agua.

III

Sin embargo, a pesar de todas esas bastante claras indicaciones de la Sagrada Escritura respecto a la esencia del alma, San Juan Damasceno, cuya opinión, parece formar la base de la teología moderna, la entiende al revés. Dios, dice él, “de la tierra... formó el cuerpo del hombre, mas su *alma* inteligente le dio a través de su sopro”¹¹

La semejante exposición del pensamiento origina una confusión, ya que hace confundir el alma viviente, creada por Dios, con nuestro cuerpo visible hecho de la carne y la sangre y nacido por los hombres. Diciendo de otra manera, nuestro cuerpo interior se iguala con el cuerpo exterior, o el hombre interior se iguala al hombre

10. Ortiz, Pedro, V., S.J., *Concordancia Manual y Diccionario Griego-Español del Nuevo Testamento*, (Madrid: Sociedad Bíblica) 2000, c1997

11. San Juan Damasceno “Exposición de la fe ortodoxa”. Libro 2, cap. 12 “Sobre el hombre [*Св. Иоанн Дамаскин. Точное изложение православной веры. — Москва, 1992. о "Полн. собр. творений" Св. Иоанна Дамаскина, 1913 года. Т. 1, Книга 2-ая, гл. 12 «О человеке»: «Из земли ... образовал тело человека, душу же разумную и мыслящую дал ему Своим вдуновением.»]*

exterior. Una vez más lo manifiestan las palabras del San Juan Damasceno, ya citadas arriba donde él dice que *“El alma fue creada junto con el cuerpo y no como charlataneaba Origen diciendo que primero fue creada el alma y después el cuerpo.”* Mientras que, en realidad, el cuerpo interior del hombre (el alma) y su cuerpo exterior (la carne mortal) se contraponen y poco dependen uno del otro, pues el apóstol dice: *“(…) nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día.”* (2 Cor 4: 16).

Ciertamente, en vano el San Juan Damasceno, confundido por las nociones terrenales, reprocha a Origen. Por supuesto, primero fue creada el alma, es decir, el cuerpo verdadero del hombre, que es *su cuerpo del día primero y del día séptimo*, y sólo después de la caída, el de la carne y sangre que representa sólo una sombra mortal del cuerpo primordial. Y para que el alma se manifieste como el cuerpo verdadero, el hombre debe desvestirse de su cuerpo mortal. Precisamente eso quiere decir el apóstol, cuando dice comparando el cuerpo externo con la tienda: *“¡Sí!, los que estamos en esta tienda gemimos abrumados. **No es que queramos ser desvestidos, sino más bien sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida.** Y el que nos ha destinado a eso es Dios, el cual nos ha dado en arras el Espíritu. Así pues, siempre llenos de buen ánimo, sabiendo que, **mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor,** pues caminamos en la fe y no en la visión... Estamos, pues, llenos de buen ánimo y preferimos **salir de este cuerpo para vivir con el Señor.**”* (2 Cor 5: 4-8).

Y si se dice que “mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor”, y para “vivir con Él”, debemos “salir de este cuerpo”, entonces no podemos declarar que al cielo se ascienden “el cuerpo y el alma”. – ¡es un non-sens! Será ascendida solo el alma del hombre, es decir, su cuerpo verdadero dotado de inteligencia, mientras que aquel que se compone de la carne y de la sangre, como sabemos, no hereda el Reino del Señor, pues se ha dicho: “La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos: ni la corrupción hereda la incorrupción.” (1 Cor 15: 50). De hecho a lo mismo se refieren también las siguientes palabras de Jesucristo: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu.” (Jn 3: 5) De ahí se ve que el cuerpo de la resurrección no puede ser el mismo cuerpo carnal que el hombre lleva en su vida terrenal, igual que el cuerpo interior nacido de agua y de Espíritu, no es el cuerpo exterior nacido de la carne humana. El cuerpo de la resurrección del hombre es su alma – aquella bella forma primordial (Adán) que no tenía ni carne mortal, ni sangre y de la cual se había dicho que es “por encima de toda criatura viviente” (Si 49: 16) - por encima, porque no fue nacida del hombre, sino creada por Dios.¹² Es ella la que saldrá de la carne mortal en la que fue enterrada, como una semilla en la tierra, y se manifestará imperecedera.

Entonces, la identificación habitual del cuerpo espiritual (el alma) del hombre con su visible cuerpo físico revela un concepto pagano sobre las cosas, - un concepto que confunde el mundo invisible con el mundo visible. Aunque había otros santos padres de la Iglesia, que basándose en las palabras del apóstol veían en el alma el cuerpo espiritual del hombre, sus indicaciones fueron descontadas. Así, según el santo Ignacio (Brechanínov), el santo padre Casiano el Romano decía: “Aunque llamemos espirituales a algunos seres como son los ángeles, arcángeles y otras fuerzas y también como es

12. Los conceptos bíblicos de agua y de tierra se correlacionan, lo que es evidente, por ejemplo, del versículo dos del primer capítulo del Génesis, donde se dice: “La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas.”

nuestra alma, o, por supuesto, ese aire finito, de ninguna manera debemos considerarlos incorpóreos. Pues ellos tienen un cuerpo propio, en el que moran, aunque sea mucho más fino que el nuestro. Son cuerpos, según el apóstol que dice así: “Hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres” (1 Cor 15: 40) y nuevamente: “se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual.” (1 Cor 15: 44).¹³

Lo mismo decía el San Macario de Egipto (el Grande): “El alma es la creación de Dios verdaderamente maravillosa, inteligente y plena de toda belleza. El alma es un *cuerpo muy fino*, una creación especial.”¹⁴

La esencia de la comunicación bíblica respecto al alma se refleja, entonces, justamente en las palabras de estos padres de la Iglesia, según los cuales, son corpóreos también los ángeles a los que la teología moderna cree incorpóreos. El hecho que no vemos sus cuerpos no significa que no lo tienen, tanto más que la Sagrada Escritura lo menciona en muchos lugares. Citaré sólo uno de ellos. Así, describiendo a los querubines, el profeta Ezequiel dice: “Y todo su cuerpo, su espalda, sus manos y sus alas, así como las ruedas, estaban llenos de destellos todo alrededor; sus ruedas, las de los cuatro.” (Ez 10: 12).

En lo que el alma es corpórea insistía también Berdiaev N.A. el famoso filósofo ortodoxo ruso (aunque descartado por la ortodoxia oficial), quien al considerar la naturaleza del hombre, escribió: “El alma y el cuerpo del hombre pertenecen a la naturaleza, son realidades del mundo natural. Pero el espíritu no es naturaleza.”¹⁵

Sin embargo la voz de este gran filósofo, al que se puede llamar más bien teólogo, lamentablemente tampoco fue escuchada, y hasta hoy la teología no tiene un concepto bien definido ni sobre la esencia del hombre, ni de su composición (de dos o tres substancias), lo que, además, está vinculado con la subestimación del lenguaje alegórico de la Sagrada Escritura. De esto, aunque indirectamente, se dice en muchos libros del Antiguo y Nuevo Testamentos. Jesús Mismo así lo explica a sus alumnos: “A vosotros se os ha dado el misterio del Reino de Dios, **pero a los que están fuera todo se les presenta en parábolas**, para que por mucho que miren no vean, por mucho que oigan no entiendan, no sea que se conviertan y se les perdone.” (Mc 4: 11-12).

Precisamente por la subestimación de este hecho el arzobispo de Sarátov y Volsk Pimen (Jmelévskiy) hablando de la esencia tripartida del hombre dice sobre “la ausencia en la Sagrada Escritura de una especial y suficientemente detallada explicación de la

13. Епископ Игнатий (Брянчанинов) (1807- 1867), православный богослов и проповедник. - . Ortodoxia y modernidad. Portal informativo-analítico de la parroquia de Sarátov de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Ortodoxia y modernidad. Biblioteca electrónica San Ignacio (Brehanínov). El cantar sobre el hombre. Las fuerzas del alma. [Православие и современность. Информационно-аналитический портал Саратовской епархии Русской Православной Церкви. Электронная библиотека. *Святитель Игнатий (Брянчанинов)* Слово о человеке. - Силы души.: «Хотя мы называем некоторые существа духовными, каковы ангелы, архангелы и прочие силы, также самая душа наша, или, конечно, этот тонкий воздух; однако никак не должно признавать их бестелесными. Ибо они имеют свойственное себе тело, в котором содержатся (пребывают), хотя много тончайшее, нежели мы. Они суть тела, по изречению Апостола, который говорит так: «И тела небесная, и тела земная» (1 Кор. 15: 40); и опять: «Сеется тело душевное, возстает тело духовное» (1 Кор. 15: 44). Из сих (слов Апостола) вытекает ясное заключение, что ничего нет бестелесного, кроме единого Бога ...»] <http://lib.eparhia-saratov.ru/books/09i/ignatii/word/7.html>

14. Los santos padres sobre el alma [Святые отцы о душе человеческой <http://www.ioann.org/razmyishleniya-o-bessmertnoy-dushe/svyatyie-ottsy-i-o-dushe-chelovecheskoy.html>]

15. N.A. Berdiaev. El problema del hombre. *Respecto a la construcción de la antropología cristiana*. Bs.As. 2014. Ed. electr. “Credo”, cap. IV: www.criteriocristiano.com.ar

naturaleza tripartita del hombre”.¹⁶

Mientras tanto todo es al revés: tal explicación existe. Se revela, por ejemplo, en el relato sobre el patriarca Noé y sus tres hijos. A este asunto he dedicado dos artículos en mi libro “El misterio de la Santísima Trinidad”,¹⁷ en cuya base, además, está formado mi libro “Los seis días de la Creación y el Día Séptimo”.¹⁸ Por eso no repetiré los detalles relacionados con el asunto, sólo presentaré las conclusiones hechas de mis observaciones bíblicas y lingüísticas. Sucintamente son las siguientes: Sem personifica el alma viviente del hombre, creada por Dios, o su cuerpo verdadero e invisible ahora; Can es aquel espíritu impuro por cuya culpa se originó el cuerpo externo o mortal del hombre, el que cautivó a Sem; y Jafet -en su esencia el espíritu salvador de Yahveh- es el Mismo Espíritu Santo que aspira instalarse en Sem, ya que éste siendo creado justamente para Él, resultó usurpado por Can. La Sagrada Escritura muchas veces repite que Can (cananeos o camitas) –el obstáculo para Jafet- primero debe ser esclavizado por Sem y Jafet y después, al final de los tiempos, *eliminado por completo*. Sólo entonces Jafet podrá sin ningún impedimento alojarse en Sem quien, por fin, se convertirá en la imagen y semejanza de Dios. En esto consiste la esencia del ser humano. Eso significa que el concepto sobre la tricotomía del hombre es justo sólo en relación con el hombre caído que consiste de Sem, Can y Jafet, mientras que el hombre perfecto consiste sólo de Sem y Jafet que en su unidad forman la imagen y la semejanza de la Santísima Trinidad, es decir, representan al “Espíritu que da vida”, pues se ha dicho: “Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida.” (1 Cor 15: 45).

A la luz de todo esto se hace comprensible el “doble” sentido de la afirmación eclesiástica que el cuerpo de la resurrección no es un nuevo cuerpo, sino el mismo que tenía el hombre viviendo en la tierra. Esta afirmación sería justa, si bajo el cuerpo se entendiera el alma, pero porque las Iglesias ven en alma un espíritu, tal afirmación es fundamentalmente errónea. En calidad del argumento principal a favor de lo que el cuerpo de la resurrección sería el cuerpo de carne y sangre (aunque transformado), las Iglesias traen ejemplo de la resurrección de Jesucristo olvidando, empero, que su cuerpo de carne sin pecado, según apóstol, fue sólo “*semejante a la del pecado*” (Rom 8: 3.) Eso significa que no fue igual en todo a nuestra carne. En cuanto a como era su cuerpo, se puede concluir antes de todo de las dos genealogías de Jesús, cuando el hombre caído, como he mostrado en los libros mencionados arriba, las tiene tres: una genealogía según el alma - de Sem; una, según la carne y sangre – de Can (la única que conocemos) y una, según el espíritu de Dios – de Jafet. El hecho que Jesús tiene dos genealogías en lugar de tres, confirma su ser sin pecado, porque su genealogía ausente es la de Can, pues el Señor no había nacido del semen del varón. Consiguientemente, fue compuesto de Sem y Jafet, o, usando sus propias palabras, fue nacido de agua (Sem) y del espíritu (Jafet). Así que bajo la resurrección hay que entender la liberación o la restauración del cuerpo interno del hombre, que estando dentro de la carne y sangre, se encuentra -diciendo figuradamente- enterrado en ellas. Ciertamente, después de la resurrección de Jesús nada había físico que pudiera impedir su paso. Como sabemos,

16. Pimen (Jmelévskiy) el arzobispo de Sarátov y de Volsk . “Sobre el espíritu, el alma y el cuerpo. La esencia de la divergencia en las enseñanzas en los obispos Teofano e Ignacio sobre el espíritu el alma y el cuerpo”. Православный журнал «Благодатный огонь» [Revista ortodoxa “Fuego bendito” «В Священном Писании мы не находим специальной и достаточно детальной трактовки вопроса о трёхчастности человеческой природы»] : <http://www.blagagon.ru/biblio/324/>

17. Véanse los artículos “Enigma de los hijos de Noé o quienes son los semitas, camitas y jafetanos” y “ Las tres genealogías del hombre”.

18. Véanse los capítulos “El enigma de los hijos de Noé” y “De la triplicidad del hombre”

Jesús aparecía ante los apóstoles reunidos tras las puertas cerradas pasando de una forma misteriosa a través de las paredes. Eso significa que ante los apóstoles se presentaba el *cuerpo espiritual* de Jesús, o su *alma liberada del cuerpo mortal*, aunque aún semejante al este que era el único que los hombres mortales podrían reconocer.

Lo dicho resuelve también la disputa teológica desatinada entre los partidarios de la así llamada dicotomía del hombre (que consideran al hombre como un ser de dos partes - aunque se las entiendan en forma alterada), y de la tricotomía del hombre (que lo consideran compuesto de tres partes, es decir, del alma, del cuerpo y del espíritu), pues su desencuentro, en realidad, está vinculado con los distintos estados del hombre. De dos partes está compuesto sólo el hombre perfecto, o celestial, que consiste del alma y del espíritu, es decir, del cuerpo espiritual y del Espíritu Santo de Dios viviendo en ella. El es la imagen de Dios. Mientras que de tres partes consiste solamente el hombre imperfecto, terrenal quién, además del alma y del espíritu, tiene también un cuerpo mortal o temporal.

Al índice

Comprensión tergiversada del misterio de la Eucaristía

El misterio de la Eucaristía está estrechamente vinculado con el cuerpo de la resurrección considerado en el capítulo anterior. Un concepto confuso sobre el lleva hacia graves tergiversaciones en la comprensión de la Eucaristía.

Como se sabe, bajo la Eucaristía se entiende la comunión del cuerpo, es decir, de la carne y sangre, de Jesucristo preceptuada por Él Mismo. Pues, los apóstoles Mateo, Marcos y Lucas escriben que durante la Cena

“tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo.» Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: «Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados.» (Mt 26: 26-28; Mc 14: 22-24; Lc 22: 19-20)

Además, según el apóstol Lucas, el Señor añade: **“haced esto en recuerdo mío.”**

En cuanto al apóstol Juan, este nos comunica la siguiente aclaración dada por Jesús al respecto:

“Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed. (...)”

Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo. (...)

En verdad, en verdad os digo: **si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.** El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí.” (Jn 6: 35, 51, 53-57)

Esas palabras chocaron a muchos de sus discípulos, pues las interpretaron como una llamada al canibalismo. “Es duro este lenguaje”, dijeron. “¿Quién puede escucharlo?” (Jn 6: 60) Y “Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él.” (Jn 6: 66)

Ellos no entendieron al Señor, porque Él no sólo hablaba, sino también actuaba siempre en parábolas,¹ a menudo concluyendo o anticipando sus palabras con la advertencia: “El que tenga oídos, que oiga”. Y cuando sus discípulos lo preguntaron “¿Por qué les hablas en parábolas?” El les respondió: «Es que a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. Porque a quien tiene se le dará y le sobraré; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará.” (Mt 13: 9-12)

A ellos se les había dado el conocer, porque su razón y su corazón estaban abiertos para la aprehensión de las verdades Divinas. – Eso se concluye de las palabras del Jesús Mismo, pues, como Él explica en otro lugar, quienes no tienen oídos, son aquellos, cuyo corazón se ha embotado, quienes “han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado; no sea que vean con sus ojos, con sus oídos oigan, con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane.” (Mt 13: 15) En otros términos, los que no tienen oídos, son aquellos, cuya razón está ofuscada por la ausencia en ellos del espíritu del amor. Por eso las parábolas del Señor son incomprensibles para ellos, como eran incomprensibles para aquellos judíos que, según el apóstol Juan, pidieron señales de Jesús y “Jesús les respondió: «Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré.» Los judíos le

1. Es suficiente recordar, por ejemplo, la alimentación de los discípulos con los panes y peces o su entrada a Jerusalén montado al asno, etc.

contestaron: «Cuarenta y seis años se han tardado en construir este Santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?» **Pero él hablaba del Santuario de su cuerpo.**” (Jn 2: 19-21)

Así que ellos entendieron sus palabras en el sentido literal. Mientras que entenderlas en el sentido literal significa tropezar contra la piedra de tropiezo.

Pero ¿qué supone el Señor diciendo la carne (o el cuerpo) y la sangre? Respecto a la carne (o el cuerpo) el apóstol Juan nos comunica:

“En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. (...) **Y la Palabra se hizo carne**, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.” (Jn 1: 1-2, 14)

¿Qué significa eso? Significa que la Inteligencia se encarnó en la Palabra que se manifestó en el hombre lleno de gracia y verdad.

De ahí se hace claro que ofreciendo su carne (o el cuerpo) como comida y su sangre como bebida Jesús supone precisamente la Palabra de Dios, que es el pan que comulga al hombre con Dios. El apóstol Pedro la compara también con la leche llamándola espiritual.

“Como niños recién nacidos”, dice, “desead la **leche espiritual** pura, a fin de que, por ella, crezcáis para la salvación, si es que habéis gustado que el Señor es bueno.” (1Pedro 2: 2-3)

En cuanto a la sangre de Jesús, Él Mismo nos apunta que bajo la sangre supone al Espíritu de Dios:

“El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada,” dice concluyendo sus palabras sobre la necesidad de comer su carne y beber su sangre, citadas arriba, “**Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida.**” (Jn 6: 63) Con esa última frase Él muestra que lo dicho no se debe entender literalmente.

Además, la Palabra de Dios, como alimento que reaviva y salva, se presenta también en el Antiguo Testamento. Hay muchas muestras de lo que los reyes y los profetas la entendían justamente así. He ahí, por ejemplo, algunas declaraciones del rey David, referidas a esto:

“**¡Cuán dulce al paladar me es tu promesa, más que miel a mi boca!**” (Sal 119: 103) “(...) **tu promesa me da vida.**” (Sal 119: 50) “**Jamás olvidaré tus ordenanzas, por ellas tú me das la vida.**” (Sal 119: 93)

Como vemos, aquí *la promesa* que al paladar es más dulce que miel y que da vida, igual que *las ordenanzas de Dios*, se refieren a la Palabra de Dios. Es evidente que el sentido de este párrafo es “eucarístico”.

Lo mismo leemos en el libro de Jeremías:

“**Se presentaban tus palabras, y yo las devoraba; era tu palabra para mí un gozo y alegría de corazón, porque se me llamaba por tu Nombre Yahveh, Dios Sebaot.**” (Jer 15: 16)

Aquí también vemos que después de *comer* las palabras del Señor el profeta adquirió el nombre de Él, es decir, consiguió su imagen y semejanza y, respectivamente, su alma renació para la vida eterna.

De la misma comida habla también el profeta Ezequiel aclarando a la vez un objetivo más de tal alimentación, a saber: su propagación. Como nos comunica, Dios le dijo:

“«Hijo de hombre, **aliméntate y sáciate de este rollo que yo te doy.**» **Lo comí y fue en mi boca dulce como la miel. Entonces me dijo: «Hijo de hombre, ve a la casa de Israel y háblales con mis palabras.**” (Ez 3: 3-4)

Creo que es innecesario aclarar que el rollo mencionado contenía la Palabra de Dios, que el profeta, después de comerla, debía difundir para la edificación de los otros hombres que tengan oídos para escuchar.

De los fragmentos citados se ve que la Palabra de Dios fue dada y sirvió para el mantenimiento del vínculo del hombre con el mundo Divino a través de la purificación y transformación de su esencia pecador - “Por tus ordenanzas cobro inteligencia, por eso odio toda senda de mentira”, dice el rey David (Sal 119: 104). Y por esa razón la Palabra de Dios *se compara* con el pan que mantiene la vida del hombre sobre la tierra. Como vemos, los reyes y los profetas “comían” justamente la Palabra de Dios. En el Antiguo Testamento la Palabra de Dios, dada por Moisés, se llama *maná del cielo*. Mas si la Ley del Antiguo Testamento, escrita sobre las tablas celestiales fue dada *desde fuera* y a los pecadores para el discernimiento y la doma de sus pasiones lujuriosas, la Fe del Nuevo Testamento ya se trata de los justos que odiaron el pecado, y supone la misma Ley ya escrita sobre sus corazones, es decir, insertada en sus carnes y sangres, según la promesa de Dios:

“(…) pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.” (Jer 31: 33) Pues se ha dicho también que “En efecto, no por la ley, sino por la justicia de la fe fue *hecha* a Abraham y su posteridad *la promesa* de ser heredero del mundo.” (Rom 4: 13) Precisamente a eso se refiere el Señor diciendo: “Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera.” (Jn 6: 48-50)

Significa que el conocimiento de la Palabra de Dios salva al hombre sólo cuando el hombre la entiende no como una opresión de su carne, sino como la carne misma, como su manifestación natural, es decir, cuando el Espíritu Santo circula en ella, igual que la sangre. Juntos la Palabra y el Espíritu Santo forman el cuerpo espiritual (no físico), o el alma, de Jesucristo. Lo confirman también las siguientes palabras del apóstol Pablo:

“En efecto, así es como dice la Escritura: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida.” (1 Cor 15: 45)

Lo que es precisamente la Palabra de Dios la que regenera al hombre, atestigua también el apóstol Pedro diciendo:

“Habéis purificado vuestras almas, obedeciendo a la verdad, para amaros los unos a los otros sinceramente como hermanos. Amaos intensamente unos a otros con corazón puro, pues **habéis sido reengendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios viva y permanente.** Pues toda carne es como hierba y todo su esplendor como flor de hierba; se seca la hierba y cae la flor; pero la Palabra del Señor permanece eternamente. Y esta es la Palabra: la Buena Nueva anunciada a vosotros.” (1 Pedro 1: 22-25)

La Palabra viva de Dios, o Jesucristo, es la Palabra repleta del Espíritu Santo. A eso se refería también el rey Salomón cuando, como si anticipando el Nuevo Testamento, en uno de sus proverbios escribía del nombre de Dios Quien, de hecho, se identificó a sí Mismo con la Palabra:

“Dichoso el hombre que me escucha velando ante mi puerta cada día, guardando las jambas de mi entrada. **Porque el que me halla, ha hallado la vida,** ha logrado el favor de Yahveh.” (Pb 8: 34-35)

En el siguiente fragmento hablando *de la sabiduría* que da vida al hombre, Salomón en realidad se refiere a la Palabra de Dios llena del Espíritu Santo, que es la única fuente de la sabiduría para el hombre, acercándolo al Árbol de la Vida:

“Dichoso el hombre que ha encontrado la sabiduría y el hombre que alcanza la prudencia; (...) Es árbol de vida para los que a ella están asidos, felices son los que la abrazan.” (Pb 3: 13, 18)

Muchas veces él recurre también a la fuerza curativa y salvadora de la Palabra de Dios, siempre contraponiéndola a los remedios terrenales de sanación.

“Ni los curó hierba ni emplasto alguno”, dice, “sino **tu palabra, Señor, que todo lo sana.**” (Sb 16: 12) o

“no son las diversas especies de frutos los que alimentan al hombre, sino que **es tu palabra la que mantiene a los que creen en ti.**” (Sb 16: 26)

De lo mismo leemos en el Eclesiástico:

“Toda obra corruptible desaparece, y su autor se irá con ella. **Feliz el hombre que se ejercita en la sabiduría, y que en su inteligencia reflexiona, que medita sus caminos en su corazón, y sus secretos considera.**” (Si 14: 19-21) o

“**feliz quien ha encontrado la prudencia, y quien la expone a oídos que escuchan.**” (Si 25: 9) o

“**Instrucción de inteligencia** y ciencia ha grabado en este libro Jesús, hijo de Sirá, Eleazar, de Jerusalén, que vertió de su corazón sabiduría a raudales. **Feliz quien repase esto a menudo; el que lo ponga en su corazón se hará sabio. Y si lo practica, para todo será fuerte, porque la huella que sigue es la luz del Señor.**” (Si 50: 27-29)

De lo mismo se trata también la siguiente sentencia del profeta Isaías:

“La hierba se seca, la flor se marchita, mas la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.” (Is 40: 8)

Entonces, comer la carne de Dios, la que es su Palabra, y beber su sangre que es el Espíritu Santo, significa adquirir la sabiduría Divina, es decir, llenándose de la razón y del amor Divino hacerse la imagen y semejanza del Señor.

Pero adquirirla impide la carne mortal del hombre, que siendo egoísta es contraria al concepto del amor Divino. Diciendo en otros términos, la carne impide la unión de Sem con Jafet, es decir, la unión del hombre con el Espíritu de Dios. Por eso la misma unión exige la “retirada” de la carne mortal y con ella a Can, su espíritu impuro. Fue eso que nos mostró Jesús con su autosacrificio, - Jesús que, según el apóstol Pablo, “es nuestra paz: el que de los dos *pueblos* ² hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad.” (Ef 2: 14-16)

Por su sacrificio Jesús mostró que todos sus seguidores deben hacer lo mismo, es decir sacrificar su carne al Espíritu Santo, - o diciendo de otra manera, montar a su asno para poder entrar a Jerusalén, es decir, dominar sobre sus pasiones, negarse de cualquier afecto excesivo hacia todo tipo de la atracción terrenal y durante toda su estancia sobre la tierra vivir según la Palabra de Dios llevándola a los otros hombres e intentando cumplir en todo no su voluntad, sino la de Dios, del modo que la Palabra y el Espíritu del Creador se hagan la carne y la sangre también de las otras personas. El apóstol Pablo decía refiriéndose a la Eucaristía: “Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga.” (1 Cor 11: 26)

Así que la esencia de la Eucaristía consiste en la comunión con la Palabra de Dios - que es la carne de Jesucristo- y con el Espíritu Santo - que es su sangre - y también en la divulgación posterior de la Misma Palabra para la edificación y salvación de muchos. La comunión comprendida fielmente equivale al nacer de Palabra y de Espíritu, al que se refiere Jesús destacando que “el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar

2. A la palabra “pueblos” hay que entenderla espiritualmente, pues se trata de las generaciones de Sem y de Jafet, es decir, del alma y del Espíritu Santo. Hacer de dos uno significa unir a Sem y Jafet, derrumbando a Can - el muro que los separaba. Véanse los capítulos anteriores y también el artículo “Las tres genealogías del hombre” que forma la tercera parte del Tríptico publicado en mi libro “El misterio de la Santísima Trinidad” , - “Credo” Bn.As. 2012

en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu.” (Jn 3: 5-6) Bajo el agua aquí se entiende la Palabra de Dios. Consiguientemente, él que no nazca de la Palabra de Dios y de su Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Y para nacer de la Palabra y del Espíritu, es necesario “crucificar la carne con sus pasiones y sus apetencias”. Como dice el apóstol, **“los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias. Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu.”** (Gal 5: 24-25) Y no solo debemos obrar así, sino también pensar. En cuanto al crucificar la carne, significa prevalecer sobre ella, someterla al Espíritu. Entonces, la Eucaristía, como ya he mencionado, se trata de la *propagación* de la Palabra de Dios llena del Espíritu Santo, a fin de que influyendo sobre la inteligencia y sobre el corazón del hombre, forme su cuerpo espiritual.

Por eso explicando el significado de la Eucaristía el apóstol Felipe escribe:

“La Eucaristía es Jesús, pues a éste se le llama en siríaco «Pharisata», que quiere decir **«aquel que está extendido»** (...)” (Ev. s. Felipe 53)³

Aquí el sentido del “extendido” mencionado por el apóstol, equivale al del “dilatado” que usa Noé bendiciendo a Jafet:

“¡Haga Dios dilatado a Jafet; habite en las tiendas de Sem (...)!” (Gen 9: 27), donde, de hecho, el patriarca habla del objetivo de la Eucaristía, es decir, de la divulgación del Espíritu Santo en las almas de los hombres. En otros términos, aquí se habla de la restauración en el hombre de la imagen y semejanza del Señor, o de la Santísima Trinidad. Y lo que esa restauración requiere, no es un simple conocimiento de la Palabra de Dios, sino una alimentación constante con ella, para que el pensamiento de la Palabra y su Espíritu se hagan el pensamiento y el espíritu de los hombres. En eso consiste el objetivo de los tiempos que preparan al hombre para la entrada al Reino de Dios, o para el regreso al paraíso. Por eso, teniendo en cuenta precisamente la divulgación de la Palabra por todo el mundo, Jesús dice: “Se proclamará esta Buena Nueva del Reino en el mundo entero, para dar testimonio a todas las naciones. Y entonces vendrá el fin.” (Mt 24: 14) y el profeta Isaías profetiza: “Dichosos vosotros, que sembraréis cabe todas las corrientes y dejaréis sueltos el buey y el asno.” (Is 32: 20), - para que estos se alimenten con lo sembrado, es decir, para que el ser animal del hombre se transforme bajo la influencia del Espíritu Santo.

Así que, partiendo de todo lo dicho podemos concluir que el precepto de Jesús se interpreta de la siguiente manera: cuando Jesús “tomó (...) pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; **haced esto en recuerdo mío.**» De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros.” (Lc 22: 19-20), Él legó recordar que sacrificó su vida terrenal para mostrar que la vida del hombre no depende de la vida de su carne mortal, sino de la Palabra de Dios que los apóstoles deben propagar para la restauración del alma humana. La carne que encarceló al alma humana, es semejante al **“grano de trigo”** que, como dice el Señor, **si “no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto.** El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna.” (Jn 12: 24-25). Por eso, cuando Jesús distribuye el pan partido entre los apóstoles, en realidad, preceptúa a llevar su Palabra por todo el mundo. Pues, el objetivo final de la Eucaristía consiste en la sustitución de la carne y sangre del hombre viejo por la Palabra de Dios y el Espíritu Santo, es decir, en la formación del hombre nuevo que viva y respire sólo por ellos.

3. Los Evangelios Apócrifos, por Aurelio De Santos Otero, BAC

Pero ¿por qué Jesús eligió una orientación, digamos, “alimenticia” para acercar al hombre a la comprensión de la esencia del hombre viviente?

Lo hizo porque el hombre terrenal que consiste de la carne y sangre mortal y que no del todo se da cuenta de la existencia en él también del alma y del espíritu, el mantenimiento de su vida vincula precisamente con el pan y el vino que alegra su corazón en los tiempos. Pero, como dijo Jesús, **“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.”** (Mt 4: 4) Efectivamente, como hemos visto, la Sagrada Escritura nos hace entender que bajo el pan eucarístico, o la carne del Señor, hay que entender precisamente la Palabra de Dios, y bajo el vino eucarístico, o la sangre del Señor, al Espíritu Santo. Quién puede entender, lo entenderá, y quién no puede hacerlo, pensará que come, aunque sea “espiritualmente”, la carne física del Señor y bebe su sangre física, asemejándose a los paganos caníbales. El “cristiano” que entiende la Eucaristía literalmente, se distingue de los últimos sólo por el hecho de que estos comían la carne humana de-facto, mientras que él lo hace en sus pensamientos - lo que no es menos criminal y revela su vida, según las imágenes de las concupiscencias carnales, es decir, “siguiendo las apetencias de la carne y de los malos pensamientos, destinados por naturaleza, como los demás, a la Cólera”.(Ef 2: 3). Pues las imágenes de los “asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias”- y también del canibalismo - son de influencia carnal y se originan por las intenciones malas que salen del corazón. (Mt 15: 19-20)

Como ya he notado, esa alegoría alimenticia es sólo una piedra de tropiezo. Quién la entiende literalmente, tropieza contra esa piedra en el camino hacia el Reino de Dios.

Pero a pesar de todas esas evidencias la Iglesia terrenal se ha tropezado contra esa piedra de tropiezo. Su enseñanza recuerda un espejo roto: cada uno de sus pedazos rotos refleja la verdad, pero en su conjunto el espejo roto la altera.

Ahora veremos, cómo la Iglesia entiende la Eucaristía.

Todas las confesiones cristianas reconocen la Eucaristía como uno de sus misterios, aunque lo entienden con algunas diferencias. No tengo intención de numerarlas, ya que se las puede leer en cualquier diccionario enciclopédico o religioso, pero me detendré sobre aquellas desviaciones que se manifiestan lo más claramente en la Iglesia Ortodoxa, en la Iglesia Católica y en la Iglesia Armenia y que, quizás, en menor grado, se observan también en las otras Iglesias.

Durante una entrevista con el monseñor Loguín, el metropolitano ortodoxo de Saratov y Volsk, la conductora del programa le pregunto: “¿Cómo entender las palabras del Señor: “si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”? El metropolitano le contestó categóricamente: “Las hay que entender literalmente”.⁴

Su respuesta no sorprende, pues, según la enseñanza de la Iglesia Ortodoxa, durante la Eucaristía el pan y el vino por la acción del Espíritu Santo *milagrosamente se convierten en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo*. Para entender, qué formas adquiere la semejante declaración, es suficiente recordar el siguiente relato del Antiguo Paterik⁵ ortodoxo que cita el sacerdote Alexandr Torik en su artículo sobre los milagros que afirman la veracidad de la Santa Eucaristía para los poco creyentes,

4. <https://www.youtube.com/watch?v=-LknN7l74Ag> - Интервью митрополита саратовского и вольского Лонгина. От 4 октября. О таинстве святого причащения [Entrevista del metropolitano de Saratov y Volsk. Sobre el misterio de la santa comunión]

5. Paterik, del griego πατερικόν, o libro de los padres: πατερικόν βιβλίον), colección de sentencias ascéticas de los santos padres devotos o de relatos sobre ellos.

publicado en idioma ruso en la web “La Fe ortodoxa”. Se trata de un ermitaño que, como se dice, “se confundía por su ignorancia” pensando que el pan de la Eucaristía no es esencialmente el Cuerpo de Jesucristo, “sino sólo su imagen.” Dos otros ermitaños, siendo seguros que él se confunde, rezaron para que el Señor abriera los ojos de él permitiéndole ver, que se equivoca. También el ermitaño mismo pidió ayuda de Dios para resolver sus dudas y conocer, cual es la verdad. Y Dios escuchó a todos. Cuando en el domingo siguiente los tres vinieron a la Iglesia y sentaron sobre la estera, “se abrieron sus ojos inteligentes, y cuando el pan fue puesto sobre el santo refectorio, sólo a ellos tres les pareció que vieron a un niño. Y cuando el presbítero tendió su mano para fragmentar el pan, he ahí el ángel del Señor descendió del cielo **con un cuchillo en su mano y acuchilló al niño y derramó su sangre en el cáliz. Y cuando el presbítero fragmentaba el pan en trozos pequeños, lo mismo hacía el ángel truncando pequeñas piezas del niño. Y cuando se acercaron para la santa comunión sólo al ermitaño que dudaba le fue dada para comer la carne ensangrentada.** Y viéndola él se espantó y clamó diciendo: creo, Señor, que el pan que se ofrece en el trono, es Tu Cuerpo y el cáliz es Tu Sangre. E inmediatamente la carne en su mano de nuevo se hizo pan, *como ocurre en los misterios* y lo tomó dando gracias al Señor. Y dijeron los ancianos: **Dios sabe la naturaleza del hombre, que él no puede comer la carne fresca y por eso convierte su Cuerpo en el pan y su Sangre en el vino para los que los toman con la fe...**”⁶

Así, la interpretación literal de las palabras del Señor origina en la imaginación de los hombres *unas imágenes sangrientas, verdaderamente caníbales*. Y tal creencia viene instalada desde los tiempos antiguos. Veremos, por ejemplo, el libro de Malkov P. “*La introducción a la Tradición Litúrgica: Los misterios de la Iglesia Ortodoxa*”. En el capítulo “*El misterio de la Eucaristía*”⁷ de este manual para los futuros teólogos el autor cita sentencias de los santos padres respecto a la Eucaristía. He ahí, por ejemplo, las del San Juan Crisóstomo que se convirtieron en una especie del pilar en cuya alrededor los teólogos construyen fantasías referidas a la Eucaristía y entre ellos el autor del mismo manual, que en una forma pintoresca intenta penetrar, como él dice, en la esencia “terrible” de este misterio.

“Según la palabra muy fuerte del San Juan Crisóstomo”, escribe, “que no cansa destacar el máximo realismo de nuestra comunión con el verdadero Cuerpo y con la verdadera Sangre de Jesucristo, el Señor nos dio su Cuerpo para que lo poseamos y lo comamos, con lo que nos mostró su gran amor. **“Pues a quienes amamos con intensidad, incluso con frecuencia les hincamos los dientes.”**”⁸ Aquí Crisóstomo máximamente claro expresa la misma idea de la posibilidad de nuestra comunión con el Cuerpo de Jesucristo: con esto la imagen misma de **“hincar” puede parecernos terrible, espantoso, hasta repugnante, pero los**

6. Александр Торик «Чудеса, подтверждающие для маловерных истинность Святой Евхаристии», «Вера православная»: http://www.verapravoslavnaya.ru/?Chudesa%2C_podtverzhdayushie_dlya_malovernyh_istinnostmz_Svyatoi_Evharistii

7. Малков П. Ю. Введение в Литургическое Предание: Таинства Православной Церкви. . (Курс лекций) *Под редакцией протоиерея Владимира Воробьева*. Издание 2-е, расширенное и дополненное Москва, 2007. Учебное пособие одобрено кафедрой теологии Факультета дополнительного образования Православного Свято-Тихоновского гуманитарного университета - © Малков П.Ю., 2007 © ПСТГУ, 2007. - Глава 7 «Таинство Евхаристии», параграф 1 «Духовный смысл таинства Евхаристии» [Párrafo 1 “El sentido espiritual del misterio de la Eucaristía”] http://azbyka.ru/tserkov/duhovnaya_zhizn/sem_tserkovnyh_tainstv/vvedenie-v-liturgicheskoe-predanie-tainstva-pravoslavnoj-tserkvi-all.shtml#_%D0%93%D0%BB%D0%B0%D0%B2%D0%B0_7._%D0%A2%D0%B0%D0%B8%D0%BD%D1%81%D1%82%D0%B2%D0%BE

8. Homilía 24. § 4. - Obras de San Juan Crisóstomo. t.IV. Homilias sobre la Primera carta a los Corintios— Biblioteca de autores cristianos. Madrid 2012.

Santos Padres insisten en ella, marcando la realidad, hasta “fisiológica” de nuestra comunión con el Cuerpo y Sangre Divinos. El San Juan Crisóstomo sin cansar desarrolla esa idea: en el Misterio de la Eucaristía, “según la Escritura, nos hacemos un cuerpo con Jesucristo, miembros de su Carne y huesos de sus huesos. Eso ocurre gracias al alimento que nos dio: mezcló a Sí Mismo con nosotros, para que seamos un ser, como forma un ser la unión del cuerpo con la cabeza. Y eso es la muestra del amor inmensa de Dios. “Moviéndonos a una mayor amistad, y mostrándonos el amor que nos tiene, no sólo permitió a los que le aman verlo, **sino tocarlo, comerlo, clavar los dientes en su carne, masticarla.**”⁹ ¡He ahí que palabras fuertes! Así es el realismo máximo de nuestra participación en el Misterio de la Eucaristía.”

Aquí el santo padre y tras él toda la cohorte de los siguientes teólogos parecen olvidar que *tanto el Señor Mismo como su Verdad no pueden crear imágenes terribles y repugnantes*, que siempre son los frutos de las obras de la carne. Al contrario, las imágenes de Dios y de su Verdad son muy agradables siendo frutos del Espíritu Divino. Como dice el apóstol,

“las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley.” (Gal 5: 19-23).

Pero eso no es todo. Sumiso más a la declaración “autorizada” del San Juan Crisóstomo, que al sentido profundo de la Palabra de Dios, el mismo teólogo pronuncia - como confiesa - “*horribles escalofriantes* palabras del San Juan Crisóstomo referidas a Jesucristo y pretendiendo “revelar” que durante la Cena: “**Él Mismo bebió de su sangre.**”¹⁰

Al respecto me hubiera gustado preguntarles a todos: si la alimentación Divina nos comulga con el Señor para avivarnos, muertos en los delitos, entonces, ¿con qué objetivo y con quién comulga el Señor Mismo que es la fuente de la Vida?

Como si no fuera suficiente, los teólogos, según el autor del mismo manual, perdiéndose más y más en su confusión hasta se preguntan: ¿si había comulgado Judas durante la Cena? Y rechazando esa posibilidad argumentan su rechazo de la siguiente manera: “En la casita de Sión fue realizada la primera eucaristía, y acaso ¿podría el Señor permitir que ya en aquel tiempo su grandeza se resulte rebajada por la comunión indigna de Judas?”¹¹

Con todo, ellos ni siquiera se dan cuenta que “razonan”, como aquellos de quienes el apóstol había dicho que “se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció: jactándose de sabios se volvieron estúpidos, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible” (Rom 1: 21-23) y no admiten que el Señor Mismo respondió a esa pregunta a través de la conocida parábola sobre el sembrador:

“Una vez salió un sembrador a sembrar. Y al sembrar, unas semillas cayeron a lo largo del camino; vinieron las aves y se las comieron. Otras cayeron en pedregal, donde no tenían mucha tierra, y brotaron enseguida por no tener hondura de tierra;

9. Homilía 46. § 3. Biblioteca patristica. Juan Crisóstomo. Homilías sobre el evangelio de San Juan /2. – Ciudad Nueva, 2001, Madrid.

10. Juan Crisóstomo. Homilía 82 de las Homilias sobre el evangelio de San Mateo, § 1:

<http://es.scribd.com/doc/65897169/Homilias-sobre-el-Evangelio-de-San-Mateo-San-Juan-Crisostomo>

11. Véase la nota 7

pero en cuanto salió el sol se agostaron y, por no tener raíz, se secaron. Otras cayeron entre abrojos; crecieron los abrojos y las ahogaron. Otras cayeron en tierra buena y dieron fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta. El que tenga oídos, que oiga.” (Mt 13: 1-9).

Si buscamos comentarios de los teólogos a esta parábola en su particularidad, los encontraremos muy exactos, y tanto más que la explica el Jesucristo Mismo diciendo:

“«Vosotros, pues, escuchad la parábola del sembrador. Sucede a todo el que oye la Palabra del Reino y no la comprende, que viene el Maligno y arrebató lo sembrado en su corazón: éste es el que fue sembrado a lo largo del camino. El que fue sembrado en pedregal, es el que oye la Palabra, y al punto la recibe con alegría; pero no tiene raíz en sí mismo, sino que es inconstante y, cuando se presenta una tribulación o persecución por causa de la Palabra, sucumba enseguida. El que fue sembrado entre los abrojos, es el que oye la Palabra, pero las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas ahogan la Palabra, y queda sin fruto. Pero el que fue sembrado en tierra buena, es el que oye la Palabra y la comprende: éste sí que da fruto y produce, uno ciento, otro sesenta, otro treinta.»” (Mt 13: 18-23)

Se da impresión que los padres de la Iglesia no sacan conclusiones de escala, que descubren vínculos entre los hechos bíblicos aparentemente no relacionados entre sí. Si no, ¿cómo, entonces, explicar esa pregunta referida a Judas?

Es evidente, que la misma se explica por la mala interpretación de la esencia de la Eucaristía. Judas es sólo uno de los suelos, sobre los cuales cayó la semilla del Sembrador. Dará fruto esta semilla o se perderá, depende de las cualidades del suelo. Y ¿quién puede decir que entre los millones que comulgaron durante 2000 años de la existencia de la Iglesia no se encontró ningún traidor o que en todos esos hombres se reflejó Jesús?

Todo lo dicho se refiere también a la Iglesia Católica. Como ya mencioné, respecto a la Eucaristía ella ha adoptado la misma posición que la Iglesia Ortodoxa o la Iglesia Armenia, a saber - dejando, por supuesto, a un lado los detalles - cree que **“la eucaristía es el sacramento en el cual bajo las especies de pan y vino, Jesucristo se halla verdadera, real y substancialmente presente, con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad.”**¹² E igual que la Iglesia Ortodoxa, ella también está “enriquecida” con los “milagros eucarísticos”, el más famoso de los cuales es el milagro de Lanciano.

Ocurrió, como se sabe, en Italia, en el año 780. Lo originó la misma duda sobre la presencia real de Jesús en la Eucaristía, que tenía un hieromonje de la Orden de San Basilio. Un día, según la tradición, celebrando la Santa Misa en la parroquia de Lanciano, elevó la hostia y pronunció las palabras de la Consagración e inmediatamente la hostia se volvió un círculo de carne y el vino en sangre y todos los presentes lo vieron. Se dice que hasta hoy la carne se mantiene intacta y la sangre se coaguló en pequeñas bolitas. Los análisis científicos han declarado que la carne es de origen humano y se identificó como la capa de un músculo del corazón. Se encontró que la sangre tenía todas las propiedades, proteínas y químicos de la sangre humana fresca. Y porque eso contradice a las leyes elementales de la física, los científicos no pueden explicarlo.¹³

Yo añadiría que eso contradice - principalmente - a la Palabra de Dios que a través del apóstol dice muy claramente que “la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos: ni la corrupción hereda la incorrupción.” (1 Cor 15: 50) y que “del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen

12. Véase, por ejemplo, La Eucaristía como sacramento. <http://www.es.catholic.net/conocetufe/365/820/articulo.php?id=8380>

13. Sobre este y otros milagros eucarísticos se puede encontrar mucha información en Internet.

del celeste.” (1 Cor 15: 49) En cuanto a la imagen celestial del hombre, no la podemos considerar como su imagen terrenal.

Y lo que se refiere al milagro de Lanciano y a muchos otros semejantes milagros, aunque lo sean de verdad, no se sabe con qué fuerza fueron hechos. Pues los puede hacer tanto Dios como también su adversario. No fue casual la declaración de Jesús que “surgirán falsos cristos y falsos profetas, **que harán grandes señales y prodigios, capaces de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos.**” (Mt 24: 24) Tampoco fue casual la advertencia de los apóstoles respecto al Impío, cuya venida “**estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales, prodigios engañosos, y todo tipo de maldades que seducirán** a los que se han de condenar por no haber aceptado el amor de la verdad que les hubiera salvado. Por eso Dios les envía **un poder seductor que les hace creer en la mentira, para que sean condenados todos cuantos no creyeron en la verdad y prefirieron la iniquidad.**” (2 Tes 2: 9-12)

También el Apocalipsis de Juan nos cuenta de milagros que realizará la bestia saliendo de la tierra. Como dice, “**realiza grandes señales**, hasta hacer bajar ante la gente fuego del cielo a la tierra; y **seduca a los habitantes de la tierra con las señales** que le ha sido concedido obrar al servicio de la Bestia, diciendo a los habitantes de la tierra que hagan una imagen en honor de la Bestia que, teniendo la herida de la espada, revivió.” (Ap 13: 13-14)

Y después, un poco abajo añade:

“Y vi que de la boca del Dragón, de la boca de la Bestia y de la boca del falso profeta, salían tres espíritus inmundos como ranas. **Son espíritus de demonios, que realizan señales y van donde los reyes de todo el mundo para convocarlos a la gran batalla del Gran Día del Dios Todopoderoso.**” (Ap 16: 13-14)

¿Cómo, entonces, los buscadores de los milagros distinguirán los del Anticristo y de sus seguidores de los milagros de Dios, si no conocen la esencia verdadera y la forma de la Palabra de Dios? - Son asemejan a aquellos escribas y fariseos que antaño preguntaron a Jesús:

“«Maestro, queremos ver una señal hecha por ti.» Mas él les respondió: «**¡Generación malvada y adúltera! Una señal pide, (...)**” (Mt 12: 38-39) Y en otro lugar añadió irónicamente: “**Si no veis señales y prodigios, no creéis.**” (Jn 4: 48)

Las fuerzas de la oscuridad aprovechan esa singularidad del hombre, para llevarlo a la confusión, no permitirle despegar su mente del mundo carnal y sumergirse en el mundo verdaderamente espiritual.

Concluyendo quiero repetir que el pan y el vino son alegorías comparativas destinadas a mostrar que, como nuestro cuerpo físico necesita el pan y el vino para el mantenimiento de su vida temporal, así nuestra alma, o el cuerpo espiritual, necesita la Palabra de Dios llena del Espíritu Santo para la vida eterna. Por eso la Eucaristía no se refiere al cuerpo físico del Señor, sino a su Palabra que se hizo el contenido de su alma, o de su cuerpo espiritual. El pensar al revés origina muchas aberraciones, la principal entre las cuales es **la adoración de las reliquias** con todas sus consecuencias. Y por lo que cómo el hombre entiende las palabras de Jesucristo y qué come, a su juicio, durante la Eucaristía, se revela el grado de su espiritualidad, a saber: ¿qué tiene más en su mente – los pensamientos carnales o los espirituales? Pues se trata de la medida que mencionó Jesús diciendo: “a quien tiene se le dará y le sobrarán; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará.” (Mt 13: 12). Así que las parábolas son unos catalizadores que muestran en qué siembra el hombre. Como dice el apóstol, “el que siembra en su carne, de la carne cosechará corrupción; el que siembra en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna.” (Gal 6: 8) Siembran en la carne aquellos que el pan eucarístico entienden literalmente, mientras que la resurrección para la vida eterna exige que nuestro cuerpo

se forme por la Palabra de Dios, es decir, que la Misma se convierte en nuestra carne y sangre. Ese es el sentido de la Eucaristía, según la Sagrada Escritura.

Al índice

¿Por qué el Islam cree que los cristianos son politeístas? o una vez más sobre la Santísima Trinidad

La concepción del cuerpo de la resurrección está vinculada también con la concepción de la Santísima Trinidad, el dogma principal de la Iglesia cristiana que para muchos es una piedra de tropiezo. Su mala interpretación origina diferentes confusiones que llevan ora a su negación – como lo hacían, por ejemplo, los mundialmente conocidos escritores Jorge Luis Borges o Leon N. Tolstoy -, ora a su consideración como la muestra del politeísmo de los cristianos. Así, particularmente, la entiende el Islam que acusa a los cristianos de politeístas por su creencia, como piensa, en tres divinidades diferentes, bajo las cuales, por cierto, además de Alá, entiende a Jesús y a su madre María. (Surá 5. La mesa servida [Al maeda] 116).¹ Y aunque la semejante acusación es, sin duda, injusta, tiene sus motivos comprensibles, relacionados antes de todo con el concepto confuso de la Santísima Trinidad, que adoptaron los cristianos mismos, o, mejor dicho, las Iglesias cristianas, en cuya consecuencia muchos de los cristianos, de verdad, creen, como los paganos. Para asegurarnos en eso sólo podemos preguntar a un sacerdote sobre la esencia de la Santísima Trinidad o considerar los razonamientos referidos a ella de los teólogos de todas las confesiones cristianas. Haciéndolo no obtendremos de ellos ninguna explicación más o menos clara y satisfactoria al respecto.² De revés, veremos que divagando en sus reflexiones acerca de la esencia de ese misterio principal del cristianismo, casi todos ellos finalmente convergen en las conclusiones hechas por el San Agustín. Este santo, según la leyenda, caminando una vez por la playa y pensando sobre el significado de la Santísima Trinidad, se encontró con un niño jugando ahí. El niño estaba tratando de meter todo el mar dentro de un hoyito que había hecho. Y cuando el San Agustín le dijo que lo es imposible conseguir, el niño le respondió: “eso que trato de hacer es más posible que lo que tú estás tratando de hacer, que es meter el Misterio de la Santísima Trinidad en tu cabeza.”³ El santo padre consideró esas palabras del niño como la respuesta de Jesucristo Mismo. Ese episodio legendario de la vida del San Agustín se convirtió en un refugio intelectual para los teólogos, aunque dejó la doctrina cristiana algo como colgada en el aire, sin una base bien aclarada. En resumidas cuentas, los cristianos sabiendo que la Santísima Trinidad representa a Dios Único, pero sin entender bien la relación recíproca entre sus tres Personas, adoran a cada una de ellas separadamente y también a la Santa madre de Dios, como si todas ellas, efectivamente, fueran unas divinidades diferentes.

Entonces, si los cristianos mismos tienen un concepto, digamos, no muy claro de la Santísima Trinidad, ¿qué se puede esperar de los representantes de otras religiones?

Como ya he notado varias veces en mis obras anteriores, esa confusión se debe principalmente a la consideración histórico-literal de los textos completamente

1. El Corán. Trad. por Juan Vernet Barcelona 2004

2. Respecto a la doctrina católica véanse al menos “La teología trinitaria contemporánea: http://www.mercaba.org/FICHAS/TRINIDAD/teologia_trinitaria_contemporanea.htm y respecto a la mirada ortodoxa rusa, Свящ. Олег Давыденков. *Учение Православной церкви о Пресвятой Троице*: <http://www.pravmir.ru/uchenie-pravoslavnoj-cerkvi-o-presvyatoj-troice/> [La enseñanza de la Iglesia ortodoxa sobre la Santísima Trinidad por el sacerdote Oleg Davidenkov] o el artículo correspondiente en La enciclopedia Collier o Collier's Encyclopedia

3. Véase la leyenda en la Pág. web http://www.buenanueva.net/teolog_joven/teolprep/9_ssmatrinidadprep.htm

alegóricos de la Sagrada Escritura, tanto más que la misma se define como sagrada precisamente porque a menudo habla no de las realidades de este mundo, sino de las de un mundo diferente, cuyas sustantividades pueden ser accesibles para el hombre terrenal sólo a través de las alegorías. La unidad de la Santísima Trinidad es, realmente, incomprensible, si a sus tres personas considerar literalmente. La semejante consideración origina confusiones que, además, se confirman a través de las imágenes de la Santísima Trinidad habituales en la Iglesia y entre ellas el mundialmente conocido ícono de Andrei Rublev que representa a la Santísima Trinidad en forma de tres ángeles. Y aunque esa representación tiene una justificación espiritual, en las mentes ignorantes y orientadas a la carne sólo refuerza la imagen confusa. Justamente por eso el Señor se opone tanto a todo tipo de imágenes de lo que hay arriba en los cielos, de lo que hay abajo en la tierra y de lo que hay en las aguas debajo de la tierra (Ex 20: 4), pues ellas originan en la conciencia de los hombres conceptos erróneos que después se convierten en parcialidades e impiden la comprensión del verdadero sentido de la comunicación bíblica.

Mientras tanto usando la mente de Jesucristo, como lo hicieron los apóstoles que habían dicho: “nosotros tenemos la mente de Cristo.” (1 Cor 2: 16), y como nos permite hacerlo el texto de la Sagrada Escritura, podemos ver que en su esencia la Santísima Trinidad no sólo se refiere a la *composición* de Dios, sino también a la del Hombre verdadero o perfecto. Es, sin duda, un misterio, y sin embargo la Palabra de Dios nos permite acercarse a su comprensión en la medida posible para el hombre terrenal. El texto nos propone muchas alegorías que explican la esencia de sus tres vitalmente importantes elementos, o Personas. Pero antes de presentar esas alegorías, consideremos la relación recíproca entre *el pensamiento*, *la palabra* y *la conciencia* del hombre, por los que, de hecho, el hombre se define como tal. Además, su relación recíproca nos ayudará a entender la analógica relación recíproca entre las tres Personas de la Santísima Trinidad, es decir, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Y bien, prestemos atención al hecho que *el pensamiento* (la idea) es primario en cuanto a *la palabra* que lo revela. Y su revelación exacta en la palabra depende completamente de la presencia de *la conciencia* en el hombre, la que es ninguna otra cosa que el amor a la verdad y a la justicia. Así que se puede decir que la palabra es el fruto de *la unión* en ella del pensamiento y de la conciencia. Si el hombre es franco, entonces habla como piensa, es decir, entre su pensamiento y su palabra no hay ninguna contradicción, sino una armonía y su palabra es constructiva. La conciencia de tal hombre es pura y él mismo es claro y abierto, es decir, se encuentra en la luz. Pero si el hombre es falso, sus pensamientos y sus palabras se contradicen, es decir, entre ellos no existe armonía, y su palabra es destructiva. Tal hombre o no tiene conciencia, o, si la tiene, está aplastada, y él es impenetrable y oculto, es decir, se encuentra en la oscuridad.

Entonces, *el pensamiento*, *la palabra* y *la conciencia* son cosas completamente diferentes y al mismo tiempo tan inseparablemente unidas entre ellas mismas que llegan a definir un ente, pues el pensamiento sin la palabra no se revela y la veracidad de la revelación del pensamiento en la palabra depende de la presencia de la conciencia en el hombre. De ahí sigue que en la dicha relación recíproca la determinante es la conciencia, porque la transmisión veraz del pensamiento por la palabra depende precisamente de su presencia.

Ahora comparemos el *pensamiento*, *la palabra* y *la conciencia* con las tres Personas de la Santísima Trinidad.

Su primera Persona, el Padre, que es el origen de todas las cosas, conocido también como la Inteligencia Suprema a la que pertenece la Idea, o la Ley, de la Vida,

naturalmente, corresponde al *pensamiento*. **La segunda Persona, el Hijo**, también naturalmente, corresponde a la *palabra* engendrada por el pensamiento (es decir, por la Inteligencia) y la que revela o realiza ese pensamiento. **Y la tercera Persona, el Espíritu Santo**, igualmente corresponde a la *conciencia* que no permite ninguna alteración del pensamiento en la palabra, es decir, no permite ningún engaño en la transmisión del pensamiento por la palabra.

Y ahora veremos, cuales son las alegorías que usa la Sagrada Escritura para definir a cada una de esas tres Personas de la Santísima Trinidad.

Comencemos con **la Primera Persona, o con el Padre**. El Pensamiento, o la **Inteligencia Suprema** a la que Él representa y de la que antaño preguntaba Job: “Mas la Sabiduría, ¿de dónde viene? ¿Cuál es la sede de la Inteligencia?” (Job 28: 20), en la Sagrada Escritura antes de todo se manifiesta como **Luz**. “*Dios es Luz*, en él no hay tiniebla alguna”(1 Jn 1: 5), dice de Él el apóstol Juan y el apóstol Pablo añade que es “el único que posee Inmortalidad, que habita en *una luz inaccesible*, a quien no ha visto ningún ser humano ni le puede ver.”(1 Tim 6: 16)

De ahí sigue que la inmortalidad, la luz y la inteligencia son conceptos idénticos. A su vez el apóstol Santiago lo define a Dios-Padre como “el Padre de las luces” diciendo: “toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del *Padre de las luces*, en quien no hay cambio ni sombra de rotación. Nos engendró por su propia voluntad, con Palabra de verdad, para que fuésemos como las primicias de sus criaturas.” (St 1: 17-18)

Así que el Padre no es sólo Luz, sino también es Aquel que la engendra. Al mismo tiempo sabemos que la luz equivale al saber. Entonces, se puede decir que *el Padre de las luces* es también el Padre de todo **Saber verdadero**, o simplemente es el Padre de la **Verdad** que no tiene cambio y se refiere a la Ley de la Vida que yace en la base de las criaturas Divinas.

La segunda Persona, o el Hijo que es la imagen *visible* y la semejanza del Padre *invisible*, es decir, de la Inteligencia Suprema, como ya fue dicho, corresponde a la palabra que expresa el pensamiento, o lo contiene. Por eso el apóstol Juan dice:

“En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe.” (Jn 1: 1-3)

Significa que el Hijo, o **la Palabra**, que es la revelación del Padre, o de la Inteligencia, es asimismo la herramienta de la creación – “Todo se hizo por ella”. Así que se puede decir, que el Hijo lleva en Sí Mismo la inteligencia del Padre, del cual emana. Él Mismo lo atestigua diciendo: “yo estoy en el Padre y el Padre está en mí.” (Jn 14: 11)

Y porque el pensamiento se define por la palabra que lo contiene, podemos decir que la palabra es **la forma** del pensamiento, o del Padre. Así, el Padre y el Hijo son uno, como uno es el pensamiento y la palabra que lo revela. Esa revelación en la Biblia se llama también reflexión del Padre en el Hijo, como en **el agua** que también simboliza al Hijo. Si es pura y transparente, tiene propiedad de reflejar, es decir, representa algo como un espejo natural que refleja la imagen exacta del Padre en el Hijo. Justamente por eso Jesús dice: “Yo y el Padre somos uno.” (Jn 10: 30)

En otro lugar Él repite la misma idea de este modo: “Yo, la luz, he venido al mundo para que todo el que crea en mí no siga en las tinieblas.” (Jn 12: 46)

Sabiendo que la luz simboliza al Padre, no podemos no aceptar que la misma simboliza también al Hijo, porque el Padre, o la Inteligencia Suprema, se revela precisamente a través del Hijo, o de la Palabra. En cuanto a esa revelación, la misma es el conocimiento del Padre. Y el conocimiento del Padre, como ya fue dicho, es el conocimiento de la Ley de la Vida creada por Él. Así que podemos concluir que lo que

se revela a través de la Palabra, o del Hijo, es la Vida. Y si la Vida se revela por la Palabra, o por el Hijo, significa que sin Palabra no hay Vida. Precisamente por eso Jesús definió la palabra como **el Pan de la Vida** diciendo a la vez que a la Vida viene sólo aquel, quién se alimenta con este Pan al que comparó también con su **cuerpo** diciendo:

“Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo.” (Jn 6: 51)

Pero el número de las alegorías que definen al Hijo (Palabra) no se limita aquí. Puesto que la Palabra contiene en sí misma un pensamiento, o una idea, la Sagrada Escritura a menudo la compara con el **Recipiente**, a saber, con el Recipiente de Dios que de otra manera se llama **Adán, o alma** creada a imagen y semejanza de Dios. Se puede decir, que Adán representa aquella forma que refleja a Dios, o aquel recipiente en que se revela Dios. Nadie sabe, cómo era Adán inicial, porque después de su caída ya empezó a engendrar él mismo y, naturalmente, no según la imagen y semejanza de Dios, sino según su propia imagen y semejanza, es decir, según la imagen y semejanza del hombre caído. He ahí como lo atestigua la Sagrada Escritura.

“El día en que Dios creó a Adán,” leemos en la Génesis, “**le hizo a imagen de Dios. Los creó varón y hembra**, los bendijo, y los llamó «Hombre» en el día de su creación. Tenía **Adán** 130 años cuando **engendró un hijo a su semejanza, según su imagen**, a quien puso por nombre Set.” (Gen 5: 1-3)

Por eso Sirácida (Eclesiastés) destaca que Adán es la creatura superior entre todos los hombres. “Sem y Set”, dice, “fueron gloriosos entre los hombres, mas por encima de toda criatura viviente está Adán.” (Si 49: 16)

Y diciendo así, se refiere precisamente a aquella forma inicial, o aquella Palabra inicial, o aquella alma inicial que debe ser restaurada. Esa alma, o esa Palabra, o ese Recipiente inicial en la Sagrada Escritura tiene aun más definiciones, tales como **La Casa de Dios, el Templo de Dios, la Ciudad de Dios Jerusalén o la Iglesia**, pues todas estas nociones se reducen a la una, a saber, al **Recipiente** que contiene a Dios, o a la Inteligencia Suprema. En el siguiente fragmento del Apocalipsis según Juan se dice justamente de la restauración de esa Palabra, de ese Recipiente, de esa Casa, de ese Templo, o de esa Ciudad:

“Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: «Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él Dios - con - ellos, será su Dios.” (Ap 21: 2-3)

Aquí, como vemos, ese Recipiente de Dios se denomina como *Jerusalén*. Y no sólo así. El mismo se denomina también como *novia* de Dios, ya que el concepto de la “novia” supone la pureza virgen de ese Recipiente, de esa Palabra, etc. Y aunque en el Antiguo Testamento encontramos la comparación del Hijo de Dios también con la *Mujer*, o *Esposa* de Dios, - ya que el profeta Isaías dice directamente al Hijo: “tu esposo es tu Hacedor, Yahveh Sebaot es su nombre” (Is 54: 5),- tanto la mujer como la esposa en este sentido son también se refieren a la virginidad, pues la creación de Dios se realiza sólo en la pureza incorrupta. Pero tal comparación está condicionada, como ya fue dicho, con el hecho de que el Hijo, o la Palabra, es un medio de la revelación de las innumerables propiedades de Dios, es decir, representa al “ayudante” de la Inteligencia Suprema, por el cual Ella realiza sus creaciones. Así que en este sentido, como podemos ver, el Hijo corresponde a la Novia, a la Mujer o a la Esposa de Dios.

Pero como el pensamiento no puede reflejarse en la palabra sin alteraciones cuando la conciencia es ausente, así también el Padre no puede reflejarse perfectamente en el Hijo sin **la tercera Persona de la Santísima Trinidad – el Espíritu Santo**, pues justamente

es el Espíritu Santo quién es responsable por la pureza y transparencia de esa reflexión. Es por eso que Dios-Padre que se llama también “Dios de los espíritus de toda carne” (Num 16: 22; Hb 12: 9), entre todos los espíritus amó sólo al Espíritu Santo que garantiza la autenticidad de sus frutos, la ausencia en ellos de cualquier engaño y su ser la copia exacta o la purísima imagen del Padre. Y ese amor del Padre es reciproco, porque en el caso contrario su imagen sería alterada. Así que el que no tiene al Espíritu Santo, o la conciencia, no puede llamarse hijo de Dios. Por ser intermediario en la reflexión perfecta del Padre en el Hijo, o en el Recipiente, el Espíritu Santo se asemeja también a un purísimo **espejo**, de hecho, asegurando así la Vida eterna. Por eso se puede decir que aquel, quién asegura tal reflexión, en esencia es él que vivifica. De ahí la otra definición del Espíritu Santo en la Sagrada Escritura es la **Vida**, ya que es el Único quién es responsable por ella. En relación con eso Jesús dice:

“Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro.” (Mt 12: 31-32)

Así, la creación que es la revelación de la Vida en Dios, completamente depende del Espíritu Santo, por lo que, refiriéndose a Jesús como a la Palabra el apóstol Juan dice: “En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.” (Jn 1: 4-5), lo que significa que en Jesús, o en la Palabra, vivía el Espíritu Santo y por eso Él, o Ella, era la verdadera, incorrupta y eterna imagen y semejanza de la Inteligencia Suprema. Por la misma razón el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura se llama también **el Espíritu de la Verdad**, o de **la Justicia**. Y ya que la reflexión perfecta del Padre en el Hijo es la consecuencia del amor a ambos, el Espíritu Santo se llama también **el Espíritu del Amor**.

Así, toda creación de Dios, o toda Palabra de Dios es un fruto del amor recíproco entre el Padre y el Espíritu Santo, o entre la Inteligencia Suprema y la verdad. Su unión se realiza en la Palabra Misma, o en el Hijo, a Quién el apóstol Felipe en relación con esto lo llama también **la Cámara Nupcial**. “Los misterios de este Matrimonio”, como él escribe, “se ejecutan en la Luz del Día! (con la particularidad de que)”⁴ ¡Esta Luz del Día nunca cesará (para Ellos)!” (Ev según Felipe 126).⁵

Esa última indicación muestra que aquí no se habla de la luz que se cambia por la noche, es decir, no de la luz temporal, sino de la luz que es el Padre Celestial. El mismo apóstol define el matrimonio terrenal, o exterior, como “la forma profanada” (Ev.sg.Felipe 60) de este matrimonio puro, o Divino. Explicándolo él dice:

“La Cámara Nupcial no es para los animales, ni para los hombres-esclavos (de las pasiones), ni para las mujeres disolutas. Pero ella es para los hombres que lograron la Libertad y para las mujeres puras.” (Ev según Felipe 73)

Bajo el “matrimonio” de animales aquí se entiende la unión sexual de los esclavos de la carne. “Los hombres que lograron la Libertad” simbolizan a los hijos de Dios que se liberaron del poder de la carne y sangre, o, según el mismo apóstol, a los hijos de la “Cámara Nupcial”. En otros términos, ellos representan la Palabra de Dios, o el Alma de Dios, o el Recipiente de Dios, mientras que las “mujeres puras” se refieren al Espíritu Santo. En una palabra, el alma refleja al Padre gracias al Espíritu Santo que reside en ella. Así es el matrimonio celestial que yace tanto en los cimientos de la Vida eterna como en la base de la Santísima Trinidad. Teniendo en cuenta justamente esa

4. Lo añadido entre paréntesis se ha añadido por la autora de ese libro, para que la luz de Dios no se confunda con la luz terrenal.

5. Evangelio según Felipe (apócrifo): http://es.teachings-of-jesus-christ.org/evangelio_de_filipe.shtml

unidad el salmista dice:

“Mas yo, en la justicia, contemplaré tu rostro, al despertar me hartaré de tu imagen.” (Sal 17: 15)

“Contemplar en la justicia” significa contemplar en el Espíritu de la Verdad, de la Justicia y del Amor, es decir, ser honesto respecto al pensamiento, o a la Inteligencia Suprema (a la que contempla). “Despertarse” significa despertarse del sueño de la vida mortal pasando por la muerte. “Hartarse de la imagen” del Padre significa ahondarse en la Inteligencia Divina y reflejarla, es decir, hacerse la imagen y semejanza de esa Inteligencia.

Entonces, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo juntos representan a los tres entes que constituyen al hombre perfecto, quien es la imagen y semejanza de Dios, o Dios que se revela en el hombre. Por eso los apóstoles comparan la unión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo también con la unión de **la cabeza, del cuerpo y de la sangre** del hombre. La cabeza simboliza el pensamiento dirigente, o a la Inteligencia Suprema, y el cuerpo, al Hijo, o a la Esposa, pues el cuerpo se ha dado a la cabeza en calidad del ayudante para la realización de sus ideas. Y las ideas se realizan por la Palabra engendrada por la Inteligencia Superior que se encierra en esa Palabra, es decir, por la Palabra que refleja la Inteligencia Suprema en la verdad. En cuanto a la sangre que fluye en ambos y de cuya pureza depende la salud del hombre, se compara con el Espíritu Santo. En esa correspondencia se manifiesta la sabiduría de Dios, de la que en el Antiguo Testamento se dice que “es un reflejo de la luz eterna, un *espejo sin mancha* de la actividad de Dios, una *imagen* de su bondad.” (Sb 7: 26) Diciendo de otra manera, es el Hijo pleno del Padre gracias a la presencia del Espíritu Santo, o es la Misma Santísima Trinidad. A ella se refiere también el siguiente episodio del Apocalipsis según Juan:

“El Espíritu y la Novia dicen: «¡Ven!» Y el que oiga, diga: «¡Ven!» Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis **agua de vida.**” (Ap 22: 17)

El Espíritu y la Novia simbolizan al Hijo que está pleno del Espíritu Santo. Juntos ellos representan la imagen del Padre quién es *el agua viva*, es decir, la fuente de la Vida. Precisamente por eso Jesús dice:

“«En verdad, en verdad te digo: **el que no nazca de lo alto** no puede ver el Reino de Dios.»... **el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios.** Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu.” (Jn 3: 3, 5-6)

Diciendo así Jesús nos hace entender que no debemos confundir la carne con el recipiente de Dios nacido “de agua y del espíritu”, es decir, del Padre y del Espíritu Santo, como fue nacido Él Mismo. Con relación a esto debo notar que el nombre de su madre María que hasta hoy no tiene una explicación etimológica satisfactoria, según la ley de la narración bíblica, debe significar precisamente *agua*, porque ella, a juzgar por esas palabras citadas del Señor, simboliza el agua purísima llena del Espíritu Santo. Y el Hijo nacido de ella es la imagen y semejanza de Dios-Padre. Como el apóstol Juan dice de Jesús,

“Este es el Dios verdadero y la Vida eterna.” (1 Jn 5: 20) Y a la vez Él es el Hombre Perfecto.

Pero cuando el pensamiento (el Padre) se altera en la palabra (en el Hijo), eso es la consecuencia de la ausencia en el hombre de la *conciencia*, o del Espíritu Santo. Su lugar entonces ocupa el espíritu impuro que se convierte en un *muro* (Ef 2: 14) entre el Padre e Hijo, porque ensuciando el “agua” impide al Hijo ver al Padre. Entonces el Hijo (la Palabra) ya no refleja al Padre (el pensamiento). Ese fenómeno en la Biblia se llama *caída* del hombre. En cuanto al muro, este figura también como *cortina* del Templo,

que separa “el Santo - del Santo de los Santos”, o diciendo de otra manera, representa a *Can*, el tercer hijo de Noé.

En mi artículo “Enigma de los hijos de Noé”⁶ he mostrado que en el lenguaje alegórico de la Biblia el Dios-Hombre o el Hombre-Dios se presenta por Sem (el Santo), lleno de Jafet (el Santo de los Santos), o en otros términos, se presenta por la Palabra, o por el Alma llena del Espíritu Santo de la Verdad.

Pero el hombre terrenal se difiere de su imagen primordial por la presencia del mencionado *muro* que impide a Jafet (al Espíritu Santo) instalarse en Sem (en el Alma, en la Palabra, en el Hijo, en la Novia, etc.). La existencia de este muro está condicionado, como ya he dicho, por la presencia de Can, el espíritu impuro que usurpó la forma predestinada para el Espíritu Santo, o para Jafet. Ese espíritu impuro se estableció en las “túnicas de piel” del hombre puestas sobre él después de su caída, es decir, se estableció en su carne mortal. Por su causa Sem se resultó esclavo de Can. Cuando la Biblia exige la exterminación total de los camitas o cananeos hasta su último representante, no se refiere a ningún pueblo carnal, sino a todo espíritu impuro que se instaló en Sem (o en la Palabra, en el Alma, en la Forma, en el Hijo, en la Esposa o en la Novia, etc.) a quién hay que liberar de Can, para que Jafet pueda sin ningún impedimento instalarse en el recipiente preparado para Él, es decir, en Sem, según la profecía: “¡Haga Dios dilatado a **Jafet; habite en las tiendas de Sem.**” (Gen 9: 27)

Y esa instalación se llama *matrimonio celestial*, cuyo fruto es la revelación de Dios verdadero y del Hombre verdadero. En esto consiste la esencia de la Santísima Trinidad, Dios-Hombre, mientras que la vida del hombre terrenal es la lucha por su revelación en él. En esta lucha participan la inteligencia, el alma, el espíritu y la carne mortal del hombre, los que están en un conflicto continuo que puede arreglarse sólo después de la total exterminación de Can, o del espíritu impuro en él. En el caso contrario el hombre pierde su alma y se hace un pedazo de una materia sensual que se autodestruye sin tener nunca paz, como no la tiene el “yugo mal sujeto” del buey (Si 26: 7) o el gorgoteo eterno de los géiseres.

Valga la figura, el alma del hombre es un recipiente lleno de pensamientos. Y juzgando por su contenido que depende de la presencia o de la ausencia en él de la conciencia (o del Espíritu Santo), se puede decir, que unas personas llevan en sí el paraíso mientras que las otras, el infierno. Y cada una de ellas después de que se termine su vida terrenal - cuando estará separado todo lo que existe en la forma mezclada en la tierra - encontrará el lugar que le corresponde. Como dice el Salvador, “a quien tiene se le dará y le sobrá; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará.” (Mt 13: 12)

Y aquí se habla de la presencia en el hombre de la conciencia, o del Espíritu Santo, es decir, de hecho, del conocimiento al Padre. Por eso cuando Noé dice de la dilatación de Jafet, se refiere a su *multiplicación* en el hombre, para que lo que fue parcial en él llegue a ser perfecto y sea él, por fin, la imagen y semejanza de Dios, es decir, la imagen y semejanza de la Inteligencia Suprema, pues, como dice el apóstol, “parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía. Cuando vendrá lo perfecto, desaparecerá lo parcial” (1 Cor 13: 9-10) y será entonces “Dios todo en todo” (1 Cor 15: 28).

6. Véanse en mis libros “El misterio de la Santísima Trinidad” o “Los seis días de la Creación y el día séptimo”.

El misterio del matrimonio y la santidad de la familia, según la Palabra de Dios y la Iglesia

I

Si la santidad de los primeros cristianos contribuyó a la divulgación de la moral y religión cristiana, la hipocresía de muchos de los que llegaron después desvalorizó hasta el concepto mismo de la iglesia cristiana y sirvió para una nueva manifestación del paganismo en los países donde antes mayormente gobernaban los valores cristianos. Y hoy observando la ignorancia y la corrupción en las que los mismos sumergieron, uno recuerda las palabras de Salomón describiendo el mundo y como lo entienden los hombres:

“Luego, no bastó con errar en el conocimiento de Dios; viviendo además la guerra que esta ignorancia les mueve, ellos a tan graves males les dan el nombre de paz. Con sus ritos infantilizadas, sus misterios secretos, sus delirantes orgías de costumbres extravagantes, ni sus vidas ni sus matrimonios conservan ya puros. Uno elimina a otro a traición o le aflige dándole bastardos; por doquiera, en confusión, sangre y muerte, robo y fraude, corrupción, deslealtad, agitación, perjurio, trastorno del bien, olvido de la gratitud, inmundicia en las almas, inversión en los sexos, matrimonios libres, adulterios, libertinaje.” (Sb 14: 22-26)

Aunque el mundo terrenal permanecía así desde la caída de Adán, en los países que adoptaron el cristianismo como su religión todos estos crímenes estaban condenados y por eso los que los practicaban, lo hacían ocultamente. Mas ahora, cuando el mundo se sumergió de nuevo en la Babilonia democrática, ellos volvieron a manifestarse en toda su declarada desnudez. El matrimonio tradicional por haberse considerado como un atentado contra la libertad y felicidad de la persona, es a menudo sustituido por las diferentes uniones temporales sin ningún compromiso. Los hijos concebidos o nacidos dentro de esas uniones las más de las veces son desairados y por eso resultan ora asesinados dentro del vientre materno ora descartados después de su nacimiento. La causa de todo esto es la ignorancia y alteración de los conceptos de la libertad, del matrimonio y de la familia, que se manifiestan no sin culpa de la Iglesia que catastróficamente perdió y sigue perdiendo la palanca de su influencia espiritual y moral sobre los hombres.

Y sin embargo, justamente ella es la única institución terrenal que en las condiciones, cuando la corrupción moral de la sociedad cada vez se aumenta, aún sigue insistiendo en la santidad de los lazos familiares. Y hoy es uno de sus principales méritos. En cuanto a la pérdida de la palanca de su influencia sobre la sociedad, esta se debe al hecho que muchos de los sacerdotes – y, consiguientemente, de sus parroquianos - sin darse cuenta a menudo confunden los conceptos espirituales con los naturales por lo que las exigencias naturales les parecen más urgentes que las espirituales. Así, la carne y la naturaleza paulatinamente comienzan a dominar sobre el alma y el espíritu humano.

Pero todo esto tiene también su causa radical que es *la deliberación insuficientemente clara* de la esencia y del sentido bíblico del matrimonio y de la familia, condicionada en primer lugar por el concepto confuso que la mayoría de los eclesiásticos tiene respecto a la Santísima Trinidad, de la que hablé en el capítulo anterior.

Lo dicho concierne a todas las confesiones cristianas, ya que declarando la santidad del matrimonio, todas ellas se refieren al matrimonio carnal entre el varón y la mujer,

tanto que la “continuación” de la Creación ven en los nacimientos carnales. He ahí, por ejemplo, cómo lo considera la Iglesia católica:

1603 " El mismo Dios [...] es el autor del matrimonio" (GS 48,1). La vocación al matrimonio se inscribe en la naturaleza misma del hombre y de la mujer, según salieron de la mano del Creador...."La salvación de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligada a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar" (GS 47,1).

1604 Dios que ha creado al hombre por amor, lo ha llamado también al amor [...] Y este amor que Dios bendice es destinado a ser fecundo y a realizarse en la obra común del cuidado de la creación. «Y los bendijo Dios y les dijo: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla"» (Gn 1,28).¹

De ahí se ve que las palabras del Señor “: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla" la Iglesia católica considera como la bendición del matrimonio, entendido como la unión sexual entre Adán y Eva inscrita “en la naturaleza misma del hombre y de la mujer, según salieron de la mano del Creador”, es decir, desde la creación del hombre. Por lo tanto se supone que el matrimonio carnal se consumía aún en el paraíso. Justamente de ahí viene su declaración que el autor del matrimonio es Dios Mismo y que el amor carnal es el mismo amor que Dios bendijo para la continuación de la Creación a través de sus frutos.

Las otras Iglesias consideran el asunto del mismo modo. Por ejemplo, la Iglesia ortodoxa rusa lo enfoca de la siguiente manera:

“Dios bendijo la unión matrimonial de los primeros hombres en el paraíso y les dijo: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla" (Gen 1: 28) dándoles uno de sus primeros preceptos. En el mismo libro del Génesis, en sus primeras páginas, se revela el misterio de la unión matrimonial del varón y de la mujer: *Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne.* (Gen 2: 24). El matrimonio fue uno de los dos establecimientos Divinos que los progenitores llevaron consigo al salir del paraíso después de su caída”²

Esta última declaración muestra que también la Iglesia ortodoxa rusa cree que el matrimonio creado por Dios fue el matrimonio carnal y existía aún en el paraíso antes de la caída del hombre.

II

Pero esa consideración habitual del matrimonio bíblico inevitablemente origina una pregunta, a la cual las Iglesias no dan alguna respuesta satisfactoria: si es así, entonces ¿cómo se explica el papel tan importante que en el Antiguo y el Nuevo Testamentos de

1. Catecismo de la Iglesia Católica. Segunda parte: La celebración del misterio cristiano. Segunda sección: Los siete sacramentos de la Iglesia- Capítulo tercero- Los sacramentos al servicio de la comunidad. Artículo 7. El matrimonio en el orden de la creación.

O http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p2s2c3a7_sp.html

2. "Справочник православного человека. Таинства Православной Церкви" - Даниловский благовестник, Москва, 2007 – Таинство брака (Венчание) [Guía del hombre ortodoxo. Misterios de la Iglesia Ortodoxa – Danilovski blagovestnik, Moscú, 2007 – El misterio del matrimonio (Bendición nupcial)] - <http://www.bogoslovy.ru/tainstva6.htm>

«Бог благословил брачный союз первых людей в Раю и сказал им: *плодитесь и размножайтесь, и наполняйте землю и обладайте ею* (Быт. 1; 28), дав им один из первых Своих заветов. В той же книге Бытия, на первых ее страницах, раскрывается тайна брачного союза мужчины и женщины: *Потому оставит человек отца своего и мать свою и прилепится к жене своей; и будут [два] одна плоть* (Быт. 2; 24). Брак был одним из тех двух Божественных установлений, которые прародители *вынесли* за врата рая после грехопадения.»

la Sagrada Escritura se atribuye a la virginidad y al celibato? Pues dice el rey Salomón: “Dichosa la estéril sin mancilla, la que no conoce lecho de pecado; tendrá su fruto en la visita de las almas.” (Sb 3: 13)

Si analicemos las palabras de este rey sabio, veremos que diciendo “lecho de pecado” él se refiere al lecho matrimonial en su sentido terrenal, porque lo considera como una mancilla, mientras que a la estéril que “tendrá su fruto en la visita de las almas” la ve dichosa.

Lo mismo nos dice el profeta Isaías: “Grita de júbilo, estéril que no das a luz, rompe en gritos de júbilo y alegría, la que no ha tenido los dolores; que más son los hijos de la abandonada, que los hijos de la casada, dice Yahveh.” (Is 54: 1)

En cuanto al profeta Oseas, él incluso reprocha al “hijo no sabio” que sigue naciendo en la carne: “Dolores de mujer que da a luz le vendrán:”, dice, “es un hijo no sabio, porque ya hace tiempo que no debiera detenerse al punto mismo de nacer” (RVA de 1960 - Os 13: 13)

En otros términos, él lo reprocha por su deseo de prolongar o mantener los tiempos, **cuando la meta de la Creación está vinculada con el fin de los tiempos.**

El mismo sentido tienen las siguientes palabras de Jesús: “... hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda.” (Mt 19: 12)

Ahí el Señor, de hecho, dice que la renuncia voluntaria de las uniones sexuales lleva directamente al Reino Celestial. Y ya que es difícil para entender admite: “Quien pueda entender, que entienda.” Además, Él lo decía también por la boca de los reyes y profetas. Recordemos, por ejemplo, las siguientes palabras de Salomón:

“Feliz (...) el eunuco el que no ha obrado en mano, iniquidad, ni meditado contra el Señor lo malo; **pues se le dará de la fe gracia selecta y herencia en templo del Señor más grata**”(Septuaginta, Sb 3: 14)³

O las del profeta Isaías: “No diga el eunuco: «Soy un árbol seco.» Pues así dice Yahveh: Respecto a los eunucos que guardan mis sábados y eligen aquello que me agrada y se mantienen firmes en mi alianza, yo **he de darles en mi Casa y en mis muros monumento y nombre mejor que hijos e hijas; nombre eterno les daré que no será borrado.**” (Is 56: 3-5)

Entonces, se resulta que a los célibes que guardan los sábados del Señor les espera la mejor suerte en el Reino de Dios y el nombre que no se borra.

Al no poder explicar claramente la aparente “contradicción” entre el precepto de Dios “sed fecundos y multiplicaos” entendido carnalmente y la preferencia del celibato y de la virginidad para el alcance del Reino de Dios, - de lo que hablaban también los apóstoles, - la Iglesia iguala sus sentidos. Pero lo hace, al parecer, sin darse cuenta que ahora es ella misma quién contradice a las afirmaciones citadas de Jesucristo, del rey Salomón y del profeta Isaías. Por ejemplo, la Iglesia ortodoxa rusa dice:

“La virginidad a los ojos de Dios tiene el mismo valor que el matrimonio”⁴

3. Usé la versión de la Septuaginta (La Sagrada Biblia Versión de la Septuaginta al Español. Pbro. Guillermo Jünemann Beckschaefer) por ser más exacta en comparación con la de la Biblia de Jerusalén donde esa última frase suena así: “se le dará una escogida recompensa, una **herencia muy agradable en el Santuario del Señor**” (Reina Valera Sb 3: 14) ya que “muy agradable” no coincide con el sentido excepcional que le da a eunuco Jesús, ni tampoco Isaías que veremos abajo, pero “más grata” - sí.

4. . «Девство имеет в глазах Божиих такую же значимость, как и брак» "Справочник православного человека. Таинства Православной Церкви" - Даниловский благовестник, Москва, 2007 – Таинство брака (Венчание) - [Guía del hombre ortodoxo. Misterios de la Iglesia Ortodoxa – Danilovski blagovestnik, Moscu, 2007 – El misterio del matrimonio (Bendición nupcial)] - <http://www.bogoslovy.ru/tainstva.htm>

Y lo mismo afirma la Iglesia católica:

“... La estima de la virginidad por el Reino (cf LG 42; PC 12; OT 10) y el sentido cristiano del Matrimonio son inseparables y se apoyan mutuamente: «Denigrar el matrimonio es reducir a la vez la gloria de la virginidad; elogiarlo es realzar a la vez la admiración que corresponde a la virginidad.»⁵

La ecuación tan atrabajada de los sentidos del matrimonio entendido desde el punto de vista de la unión carnal, y del celibato, entendido como la virginidad, es marcadamente difusa y, además, de ninguna manera explica la observación del Señor que “más son los hijos de la abandonada, que los hijos de la casada”.

III

Para desenredar todo esto, veremos, qué en realidad dice la Sagrada Escritura sobre el matrimonio y si podría en el paraíso existir la unión carnal.

Las siguientes palabras de Jesucristo atestiguan que no podría:

“Los hijos de este mundo toman mujer o marido; pero los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. **No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven.”** (Lc 20: 34-38)

Como vemos, según el Señor, en el Reino de Dios no existen matrimonios semejantes a los terrenales, es decir, uniones carnales. Y por que es así, lo explica el apóstol Pablo, diciendo: “La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos: ni la corrupción hereda la incorrupción.” (1 Cor 15: 50)

Y ¿qué es el Reino de Dios, si no el paraíso? Es aquel lugar, adonde al final de los tiempos debe *regresar* el “hijo pródigo” de Dios, él que fue expulsado del paraíso después de su caída.

Pero ¿por qué entonces la Iglesia afirma que el matrimonio carnal fue conocido aún en el paraíso, es decir, dice exactamente contrario a lo que nos comunica Jesús?

Al parecer, lo hace, porque al Reino de Dios lo vincula con los tiempos futuros, olvidando relacionarlo con el paraíso. En otros términos, los conceptos *paraíso* y *Reino de Dios*, o *Reino Celestial*, la Iglesia no los identifica, aunque son, sin ninguna duda, equivalentes, lo que atestigua tanto la lógica de toda la Sagrada Escritura como muchos de sus fragmentos. Por ejemplo, lo indican las siguientes palabras del Ángel Divino, citadas por el profeta Esdras:

“Me dijo: Si te preguntara, ¿cuántas moradas hay? ¿Cuántos manantiales en la superficie del abismo? o ¿cuántas carreteras encima del cielo? o ¿cuál es el camino del

5. Catecismo de la Iglesia Católica. Segunda parte: La celebración del misteriocristiano. Segunda sección: Los siete sacramentos de la Iglesia- Capítulo tercero- Los sacramentos al servicio de la comunidad. Artículo 7. El sacramento del matrimonio – 1620. O http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p2s2c3a7_sp.html

6. Aquí , parece, una mala interpretación del texto griego, porque, según el sentido de lo dicho en lugar de “para él” sería más correcto traducir “en él”, ya que para Dios no todos son vivos, como veremos abajo, sino los que están en él, es decir, en su Palabra. Así el verso está traducido en inglés: “For he is not a God of the dead, but of the living: for all live unto him”. (King James Bible Online) y también en ruso. “Бог же не есть Бог мертвых, но живых, ибо у Него все живы”.

infierno o el *del paraíso*? Tú me responderías: No he descendido al abismo; nunca descendí al infierno; nunca *subí al cielo*.”⁷

Ahí, como vemos, refiriéndose al camino del paraíso el Ángel prefigura la respuesta del profeta: “nunca subí al cielo” identificando así los conceptos del cielo y del paraíso.

A la misma conclusión lleva también la afirmación de Salomón que “Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen.” (Sb 2: 23-24)

De ahí sigue que Adán fue creado eterno, pero se hizo mortal al aceptar el consejo de la antigua serpiente. Además, la eternidad, según la Palabra de Dios, es una noción vinculada con el Reino Celestial de Dios, lo que una vez más nos indica que el paraíso y el cielo representan nociones idénticas. Lo mismo confirman también las palabras de Dios “morirás sin remedio” pronunciadas en el paraíso y las que advertían a Adán sobre las consecuencias con las que toparía, si probase el fruto prohibido del Árbol de la ciencia del bien y del mal.⁸

Consiguientemente, se puede decir que el hombre expulsado del paraíso, de hecho, fue expulsado del Reino de Dios y ahí mismo debe regresar después de su salvación.

Volviéndome ahora a las palabras de Jesús sobre *los hijos de este mundo*, citadas arriba, marcaré una vez más que ellas atestiguan la ausencia en el paraíso de las uniones sexuales como tales, porque son propias sólo de los hijos de este mundo, es decir, sólo para los tiempos. Eso significa que tampoco en el paraíso Adán y Eva podrían tener hijos carnales, a los que las Iglesias consideran como garantía de la “continuidad de la creación”. Efectivamente, según el Génesis, sus primeros hijos aparecieron sólo después de su caída, cuando la pareja al probar el fruto prohibido se hizo mortal y se resultó expulsada del paraíso (Gen 2: 16-17). Ya fuera de este, como continúa su relato el Génesis, “Conoció el hombre a Eva, su mujer, la cual concibió y dio a luz a Caín (...) Volvió a dar a luz, y tuvo a Abel su hermano.” (Gen 4: 1, 2) Y estos hijos, igual que sus padres, también eran mortales, pues se ha dicho que Adán empezó a engendrar hijos *a su propia* imagen y semejanza (Gen 5: 3), la que fue corrompida por la mezcla de la imagen y semejanza de la serpiente antigua. Fue por esa transformación que Adán se hizo mortal y que, además, en su vida entró el homicidio, pues adquirir la imagen mortal significa llevar la muerte y al asesino dentro de sí mismo. Por eso a los ojos de Dios el mortal se iguala al muerto y al asesino. Eso se deduce de la sentencia de Jesús sobre Dios que **“No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para⁹ él todos viven.”**

Si comparamos esas sus palabras con la respuesta que Él dio a uno de sus discípulos, quién antes de seguirle le pidió permiso ir y enterrar a su padre recién muerto, entenderemos que, efectivamente, a los ojos de Jesucristo todos los mortales son muertos, pues Él le dijo:

“Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mt 8: 21-22)

En otros términos, muertos son los que tienen padres carnales, es decir, los que nacieron de la simiente del varón. Precisamente por eso Jesús dice en otro lugar:

7. 4 Esdras 4: 7-8. Ver: Apocalipsis de Esdras (IV Esdras). Traducido del etíope al francés por René Basset, y puesto al español por Juli Peradejordi. (Barcelona: Editorial 7 ½, 1980). Versificación arreglada: <http://es.scribd.com/doc/65293981/IV-Esdras>

8. De las causas de la presencia de este árbol en el paraíso véase en mi libro “Seis días de la Creación y el día séptimo”, Libro I, Parte I, capítulos 4 y 5.

9. Véase la nota 6.

“Ni llaméis a nadie "Padre" vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo.” (Mt 23: 9)

Consiguientemente, “muertos” son también aquellos, quienes nacen de los “muertos”. Entonces, está claro que en el paraíso preparado para la eternidad “los muertos” no podrían tener lugar. Y por eso Dios tampoco pudo bendecir el matrimonio carnal, ni a los hijos nacidos del mismo.

IV

Pero ¿cómo entonces entender la bendición de la unión matrimonial en el Génesis?, ya que ahí se dice:

“Dios bendijo la unión matrimonial de los primeros hombres en el paraíso y les dijo: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla" (Gen 1: 28)

Para contestar a esa pregunta, recordemos, *a quién se refería el Señor mencionando a los hijos de Dios, o a los de la resurrección.*

Como nos comunica el apóstol Pablo, “no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que los hijos de la promesa se cuentan como descendencia.” (Rom 9: 8)

La promesa es la Palabra, y bajo los “hijos de la promesa” se refieren los hijos nacidos de la Palabra de Dios, lo que confirma directamente el apóstol Pedro definiendo a los hijos de Dios no como engendrados de germen corruptible, “sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios viva y permanente.” (1 P 1: 23)

A lo mismo se refiere también Jesucristo, cuando al grito de una mujer del pueblo: «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!» respondió: «Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan.» (Lc 11: 27-28)

Así, al matrimonio carnal el Señor contrapone el matrimonio espiritual, pues si el nacido de la carne se alimenta con la leche de los pechos y muere, él que nace de Dios se alimenta con la Palabra de Dios y vive eternamente.

De lo dicho se hace claro que en el fragmento de la cuestión del Génesis no se habla del matrimonio carnal, como lo considera la Iglesia, sino del matrimonio entre el alma humana, o la Palabra de Dios, y el Espíritu Divino, - diciendo de otra manera, del matrimonio entre Sem y Jafet,¹⁰ en cuya consecuencia se manifiesta el Hijo de Dios o el Dios-hombre que vive eternamente. En otros términos, se habla de la Santísima Trinidad. Desde este punto de vista también se hace entendible el sentido verdadero de la frase bíblica “sed fecundos y multiplicaos” que corresponde a las palabras de Noé: **“¡Haga Dios dilatado a Jafet; habite en las tiendas de Sem (...)!”**(Gen 9: 27), es decir, haga dilatado Dios al Espíritu Santo y que habite en las almas humanas.

Entonces, está claro que aquí se habla del matrimonio espiritual y si se entiende como el matrimonio carnal es sólo por la explicación errónea del texto del Génesis.

De ahí también se hace evidente que tanto antes de la caída como después de la resurrección, el hombre fue y será “como ángel”, es decir, el hombre como tal, en el sentido justo de la palabra, es asexual. Refiriéndose precisamente a eso el apóstol Pablo decía: **“ya no hay (...) ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.”** (Gal 3: 28)

Consideremos ahora el texto bíblico sobre la creación del hombre precisamente desde este punto de vista.

Antes de todo reflexionemos sobre la pregunta, ¿cómo la Palabra de Dios entiende a

10. Véase mi artículo “Enigma de los hijos de Noé o quienes son Sem Can y Jafet” en mis libros “El misterio de la Santísima Trinidad” o en el “Seis días de la Creación y el día séptimo”. O véase el capítulo anterior de este libro.

Adán y Eva? Según el texto del Génesis, bajo la palabra “hombre” se entiende su unión. Eso significa que al “hombre” Adán y Eva forman juntos y por eso sólo en su unión el hombre es la imagen y semejanza de Dios. Mas separadamente los integrantes de esa unión se llaman varón y mujer y se entienden como la imagen de Dios (varón) y su semejanza (mujer). Del capítulo anterior ya sabemos que la imagen de Dios es la Palabra reflejando a la Inteligencia Suprema, o el Hijo reflejando al Padre, mientras que su semejanza es el Espíritu Santo de Dios, responsable por la exactitud de la reflexión mencionada, o es el ayudante de la Palabra (del Hijo). Si el espíritu que vive en la Palabra es Divino, entonces la Palabra es la imagen de Dios. Pero si ese espíritu pertenece a alguna otra creatura, es decir, no corresponde a Adán (a la Palabra de Dios), entonces Adán deja de ser la Palabra y la imagen de Dios y se convierte en la palabra e imagen de aquella creatura, cuyo espíritu se albergó en él.

Entonces, el hombre es Adán en la unión con Eva y es asexual. En cuanto a las distinciones sexuales, estos son los signos de su separación causada por la inadecuación del espíritu a la palabra. La distinción entre Adán y Eva como fueron creados es semejante a la distinción de la cabeza y del cuerpo. Aunque esos últimos representan totalmente distintas nociones, al hombre en el sentido bíblico lo forma sólo su unión, mientras que su separación significa la muerte.

Ahora consideremos el fragmento del Génesis que las Iglesias entienden como la base del matrimonio carnal. Ahí se dice:

“« (...) sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada.» Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne. Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro.” (Gen 2: 23-25)

El fragmento consiste de cinco frases que recortan completamente el matrimonio entre Adán y Eva.

La primera frase – “sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”- significa: sí que es la copia de mi imagen; o la copia de mi gloria, ya que, como dice el apóstol, “El hombre (...) es imagen y reflejo de Dios; pero la mujer es reflejo del hombre.” (1 Cor 11: 7), de lo que se concluye que, si Adán representaba la gloria de Dios, entonces Eva correspondía a la gloria del Hijo de Dios, es decir, aquí se habla del alma primordial del hombre y de su espíritu primordial, todavía sin “mezcla”. Así fue el hombre espiritual.

La segunda frase – “Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada” - indica el significado de la mujer como el espíritu de la vida propio a Adán, pues él fue llamado “ser (o alma) **vivo**” precisamente por la presencia en él del espíritu de la vida, es decir, de Eva. Es por eso que Jesús dice: “**lo que Dios unió no lo separe el hombre.**” (Mt 19: 6)

La tercera frase – “Por eso deja el hombre a su padre y a su madre” – puede objetarse, por la presencia en el paraíso de otro padre y madre, además de Dios. Pero en realidad se trata de la transformación del hombre de un ser animal en el ser espiritual, la que ocurrirá en el sexto día de la creación. A eso indica el verbo “deja” que atestigua la renuncia del hombre al principio animal que se alimentaba por los frutos del Árbol de la ciencia del bien y del mal, y su paso hacia el principio humano, es decir, hacia el principio espiritual que se alimenta por los frutos del Árbol de la Vida.

La cuarta frase – “y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” – significa que se une al Espíritu Santo y se hace la imagen y semejanza de Dios, es decir, Eva nuevamente se une con Adán ya siendo santificada según la imagen (o el recipiente) de Dios, destinada para ella y ambos se hacen como un ángel.

La quinta frase – “Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro” – revela su unión absoluta y pura, pues ya no llevaban en sí

nada excepto lo que fue creado por Dios, es decir, ninguna otra información, además de la Palabra de Dios. Clara y transparente esa Palabra no contenía nada, que no sea evidente, es decir, en ella no había nada oculto. La palabra de la serpiente antigua fue apartada de ellos. Eso significa también que el hombre era virgen y puro, sin alguna mezcla, es decir, se había purificado de todo mortal. Lo dicho se trata del final de los tiempos, es decir, del final del día sexto de la Creación,¹¹ cuando el hombre será recuperado, como el Señor lo predecía aún por la boca de los profetas:

“Voy a volver mi mano contra ti”, dice Él, por ejemplo, por la boca de Isaías, “y purificaré al crisol tu escoria, hasta quitar toda tu ganga.” (Is 1: 25)

En fin, el fragmento considerado tampoco se trata del matrimonio carnal, sino del hombre espiritual recuperado, o del matrimonio espiritual que yace en la base de la Vida y de la Eternidad. El apóstol Felipe, hablando precisamente de este matrimonio primordial lo define como **“matrimonio impoluto”** y **“un verdadero misterio”** **“Este no es carnal,”** dice, **“sino puro;** no pertenece a la pasión, sino a la voluntad; no pertenece a las tinieblas o a la noche, sino al día y a la luz (Ev seg. Felipe 122) Es el “Santo dentro del Santo” (Ev. seg. Felipe 124).¹² O, como ya he dicho, es Jafet en Sem, más precisamente, Jafet en las tiendas de Sem”. Los que nacen como resultado de este matrimonio no son seres animales (naturales), sino los hijos de Dios, de los cuales el apóstol Juan dijo:

“A todos los que la recibieron (la Palabra) les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual **no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios.**” (Jn 1: 12-13)

Nacer de Dios significa nacer de su Palabra plena del Espíritu Santo. A eso se refería Jesús, cuando dijo:

“«En verdad, en verdad te digo: **el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios.** Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu.” (Jn 3: 5-6)

Ya que el agua en el lenguaje bíblico simboliza la inteligencia (en este caso del Creador) que junto con el Espíritu Santo forma la Palabra, se hace evidente que el Señor claramente manifiesta que el matrimonio bíblico no se refiere al cuerpo carnal del hombre, sino al cuerpo espiritual del hombre primordial.¹³

Precisamente de este matrimonio se tratan también las siguientes palabras del profeta Esdras: “Señor, si le permites a tu servidor, cuando nos diste **el corazón y el pensamiento para sembrar allí donde cultivamos, sembrábamos para cosechar frutos y para que pudieran vivir, (pero) ahora todos (han) muerto mientras el mundo traía al género humano.**” (4 Esdras 8: 6)¹⁴

11. Sobre la diferencia de los dos relatos del Génesis referidos a la creación del hombre véase en mi libro “Seis días de la creación y el día séptimo”, cap. “Acerca de la predestinación y del propósito de la Creación”

12. *Los Evangelios Apócrifos*, por Aurelio De Santos Otero, BAC

13. Véase el capítulo “Confusiones respecto al cuerpo de la resurrección” de este libro.

14. Aquí presenté otra versión del Libro IV de Esdras (Apocalipsis de Esdras (IV Esdras) traducido del etíope al francés por René Basset, y puesto al español por Juli Peradejordi [Barcelona: Editorial 7 ½, 1980. Versificación arreglada: <http://es.scribd.com/doc/65293981/IV-Esdras>] en lugar de la versión de Vulgata [La Sagrada Biblia según la Vulgata. Traducción del Dr. Félix Torres Amat revisada y anotada por Mons. Dr. Juan Straubinger: “Oh Señor, si no permites a tus siervos que oremos en tu presencia y si no nos concedes **simiente al corazón y cultura al sentido** de donde provenga el fruto, ¿cómo podrá vivir el que está corrompido? ¿el que soporta la vida del hombre?”] , porque la traducción de ese fragmento es más clara en la versión etíope. Aquí se indica claramente el corazón (como el espíritu del amor) y el pensamiento (como la Inteligencia suprema). Además, en esta versión también es más clara y lógica la última frase de la oración, porque **aquí se habla de la recuperación de los que estaban muertos mientras seguían naciendo en la carne.**

El fruto que proviene del corazón y del pensamiento es el Hijo de Dios – el fruto del Padre y del Espíritu Santo –, virgen en su pureza, es decir, es despojado de la mezcla animal, o de la carne, que a los ojos de Dios nada vale, pues, como dice el apóstol Pedro, explicando las palabras de Jesús citadas arriba y referidas a los nacidos de la carne, “toda carne es como hierba y todo su esplendor como flor de hierba; se seca la hierba y cae la flor; pero la Palabra del Señor permanece eternamente.” (1 P 1: 24-25)

Esa afirmación del apóstol una vez más nos muestra que el matrimonio en el paraíso no puede ser el matrimonio carnal y sus frutos no son pocos, como son del hombre terrenal, sino son múltiples creaturas engendradas por Dios, pues en el paraíso engendra sólo el Padre Celestial. Es por eso que el profeta dice: “más son los hijos de la abandonada, que los hijos de la casada”, pues cada palabra pronunciada por Dios es el fruto de su amor al Espíritu Santo.

Así la virgen se contacta con Dios haciéndose tanto su parte como el partícipe de sus creaciones.

El amor que yace en la base de tal matrimonio constituye el misterio de su santidad, ya que el alma y el espíritu uniéndose en el amor conciben a Dios, de hecho, haciéndose su imagen. Como dice el apóstol, “para que sus corazones reciban ánimo y, unidos íntimamente en el amor, alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del Misterio de Dios, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.” (Col 2: 2-3)

Entonces, cuando se habla de la unidad de Adán y Eva formando una carne, se entiende precisamente el Hijo de Dios. Mas cuando esa unidad se rompe, lo ocurre por la culpa de un espíritu ajeno que usurpa a Adán (La Palabra). Es un espíritu falso que altera el sentido de la Palabra (Adán) y así lo destruye. Pues no se puede, por ejemplo, a un leño o a todo lo que se hace de él atribuir el sentido de un manzano sin alterar, además, los conceptos del leño y del manzano. Sus funciones, sus composiciones y sus predestinaciones son totalmente diferentes. Hacerlo significa crear un caos. Así ocurren las caídas. Así también el espíritu de Adán (Eva) se tentó por la palabra de la serpiente y Adán perdió su imagen primordial adoptando la imagen de la serpiente que comenzó en él multiplicarse, pues él conoció el engaño que es el mal más grande de todos los pecados. De ahí en adelante las palabras que pronunció llevaban en sí un engaño, es decir, sus frutos empezaron a ser engendros del engaño.

En términos generales lo que paso es semejante a lo que pasaría, si, supongamos, la cabeza humana fuera unida con el cuerpo de alguna otra creatura. El ser recibido en el resultado de esa mezcla ya no sería ni humano, ni otra creatura de Dios y consiguientemente, no tendría en sí vida. Y aunque viva algún tiempo, acabaría muriendo, porque la Palabra del Creador, es decir, la Palabra de la Vida, estaría alterada en él.

Por eso es tan importante que a cada creatura de Dios corresponda su propio espíritu, es decir, que se forma la imagen y semejanza, según la Palabra del Señor, constituyendo la Santísima Trinidad de la que habla el fragmento del Génesis que relata sobre la creación del hombre. Justamente a la Santísima Trinidad se refiere también el apóstol definiendo el matrimonio como un gran misterio. Tal matrimonio puede realizarse sólo en las condiciones de la pureza virgen del alma y del espíritu del hombre que no había conocido el matrimonio carnal, es decir, que por el Reino de Dios había renunciado las pasiones carnales, porque ellas, según el apóstol Pedro, combaten contra el alma. (1 P 2: 11) También a la Santísima Trinidad se refiere el profeta Esdras, cuando marca que en la base del concepto “hombre” yace la virginidad libre de las pasiones y lujurias de la carne.

“Dame tú”, dice Él, “el tesoro sin corrupción e inviolable, la joya de la virginidad, *la muralla de los hombres*”. (Apocalipsis griego de Ezdras)¹⁵

Entonces, aquel eje que constituye al hombre es precisamente el Espíritu Santo que conduce a la virginidad. Y esas palabras del profeta, en realidad, significan la siguiente llamada de Dios: *pasando por las pruebas de la carne llena de pasiones y lujurias, supéralas y hazte hombre*.

Dios permitió la caída de Adán justamente con el fin que esa pureza sea la consecuencia de la elección conciente del hombre, porque sin esta pureza él como tal no puede existir. Y el criterio de esa pureza puso en la corrupción e incorrupción. Así que el Reino Eterno lo heredan precisamente aquellos quienes al tomar conciencia de toda la anormalidad de las pasiones de la carne para el hombre tal como él fue creado por Dios, se apartaron de ellas. A estos se refiere el Apocalipsis de Juan, cuando habla de los que siguen al Cordero:

“Estos son los que no se mancharon con mujeres, pues son vírgenes. Estos siguen al Cordero a dondequiera que vaya, y han sido rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero, **y en su boca no se encontró mentira: no tienen tacha.**” (Ap 147: 4-5)

Por la misma razón el apóstol Pablo insiste que “bien le está al hombre abstenerse de mujer. No obstante, **por razón de la impureza**, tenga cada hombre su mujer, y cada mujer su marido.” (1 Cor 7: 1-2)

O en la continuación de este:

“No obstante, digo a los célibes y a las viudas: Bien les está quedarse como yo. **Pero si no pueden contenerse, que se casen; mejor es casarse que abrasarse.**” (1 Cor 7: 8-9)

O también:

“Mas el que ha tomado una firme decisión en su corazón, y sin presión alguna, y en pleno uso de su libertad está resuelto en su interior a respetar a su novia, hará bien. Por tanto, el que se casa con su novia, obra bien. **Y el que no se casa, obra mejor.**” (1 Cor 7: 37- 38)

Y concluye:

“Por tanto, pienso que es cosa buena, a causa de la necesidad presente, quedarse el hombre así. ¿Estás unido a una mujer? No busques la separación. ¿No estás unido a mujer? No la busques. Mas, si te casas, no pecas. Y, si la joven se casa, no peca. Pero todos ellos tendrán su tribulación en la carne, que yo quisiera evitaros.” (1 Cor 7: 26-28)

De las citas presentadas sigue que la virginidad a los ojos de Dios **no tiene el mismo valor que el matrimonio carnal, aunque las Iglesias afirmen lo contrario**, ya que la

15. Los Apocalipsis. 45 textos apocalípticos apócrifos judíos, cristianos y gnósticos. – EDAF Madrid - Buenos Aires 2007, pág 145

El matrimonio espiritual directamente se ha propagado mucho por el apóstol Tomas, lo que podemos ver en sus hechos. Ahí, por ejemplo, una de las mujeres convertidas por él dice a la otra:

135 “Tú estás parada en la vida de los tiempos, y la vida eterna y la salvación no la conoces, y no percibes la comunión incorruptible. Tu estas vestida con ropas que envejecen y no deseas las que son eternas”.

O ahí mismo el apóstol dice, por ejemplo:

93. “Si en verdad y sin duda el Señor ha nacido dentro su alma y ella ha recibido la semilla que fue echada en ella, ella no tendrá la atención (importancia) de esta vida temporal, ni miedo a la muerte, tampoco Charisius será capaz de hacerle daño a ella en absoluto: porque mayor es el que ella ha recibido en su alma, si de hecho lo ha recibido.” - Los hechos de Thomas. Desde "El Nuevo Testamento apócrifo" Traducción y notas al inglés por Señor James Traducción del inglés al español Carlos Polanco 2013 Oxford: Imprenta de Clarendon, 1924 Introducción (por el traductor, el señor James R.) http://www.eldadoquebrado.com/Los-hechos-de-Tomas/body_los-hechos-de-tomas.html y <http://www.eldadoquebrado.com/Los-hechos-de-Tomas/Los-Hechos-de-Tomas.pdf>

virginidad es mucho más preferible que el matrimonio terrenal permitido sólo *por razón de la impureza del hombre caído*. El apóstol lo confirma también cuando después de reglamentar las relaciones sexuales dentro del matrimonio, concluye respecto a este: “Lo que os digo es una concesión, no un mandato.” (1 Cor 7: 6) Y aunque, como nota, no tiene precepto del Señor referido al celibato (1 Cor 7: 25), las palabras citadas de Jesús, como hemos visto, permiten afirmar que con los nacimientos carnales el Señor vincula la noción *de la muerte* (y, consiguientemente, del pecado), mientras que con la virginidad, la noción *de la vida*. . Lo confirma el rey David que percibe la unión sexual como una culpa:

“Mira que en culpa ya nací,” dice, “pecador me concibió mi madre.” (Sm 51: 7)

V

Entonces, el matrimonio bendecido por Dios tampoco fue el matrimonio carnal. Como ya fue dicho, según el apóstol Pablo, el matrimonio carnal es sólo una “concesión” al hombre, “por razón de su impureza”, para evitar las desordenadas relaciones sexuales que “combaten contra el alma”, pues desde que el hombre fue vestido en las “túnicas de piel” en su cuerpo transformado, es decir, en su carne y sangre se establecieron las pasiones y lujurias destructivas, exigiendo la satisfacción. Y cuando el hombre las satisface, se hace esclavo de propios instintos que, según Jesús y los apóstoles, “ahogan” en él la Palabra de Dios:

“Las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y las demás concupiscencias les invaden y ahogan la Palabra, y queda sin fruto.” (Mc 4: 19)

Así es el gran poder de las concupiscencias, que concentra la atención del hombre más en la satisfacción de las mismas que en la Palabra de Dios, lo que daña al alma, porque la misma es ninguna otra cosa que la Palabra de Dios. Justamente por eso el apóstol Pedro afirma que las apetencias carnales combaten contra el alma y pide que los seguidores de Jesús se abstengan de ellas:

“os exhorto”, dice, “a que, como extranjeros y forasteros, os abstengáis de las apetencias carnales que combaten contra el alma.” (1 P 2: 11)

Pero cuando el hombre desatiende la Palabra de Dios que es la Palabra del amor universal y se concentra sobre la satisfacción de las apetencias de su carne, entonces está cultivando su ego, el que es siempre hostil respecto a la otra creatura y provoca guerras y contiendas.

“¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros?”, pregunta el apóstol Santiago, “¿No es de vuestras pasiones que luchan en vuestros miembros? ¿Codiciáis y no poseéis? Matáis. ¿Envidiáis y no podéis conseguir? Combatís y hacéis la guerra. No tenéis porque no pedís.” (St 4: 1-2)

Como vemos, el apóstol vincula las pasiones -, se decir, las concupiscencias o apetencias de la carne - con los homicidios, pues son su resultado final. En otro lugar él lo dice directamente explicando la esencia homicida de la concupiscencia:

“la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte.” (St 1: 15)

Efectivamente, ¿qué es el pecado? El pecado es la desobediencia a la Ley de la Vida. Y, naturalmente, él que no la obedece, cae de la Vida, pues se resulta incompatible con ella.

En cuanto a la ley de Dios, esa fue dada a los pecadores, para enseñarles a abstenerse de las concupiscencias de la carne y así adquirir poder sobre ellas. **Por eso la Ley de Dios es santa, como santa también la ley de la familia que forma su parte y que**

está llamada a limitar las manifestaciones de los elementos carnales en el hombre atestiguando a la vez que Dios incluso de lo muerto saca algo saludable. Las concupiscencias y pasiones, desordenadas en su esencia, parecen atarse por la ley de la familia, cuya meta y la suprema predestinación es el amor que se manifiesta como el sentido de la responsabilidad por otros, como el desvelo por los integrantes de la familia. Esos constituyen el primer paso hacia el amor espiritual que se extiende sobre toda la Creación, hacia el desvelo por ella y por cada una creatura, como lo hace Dios en su Reino y como debería hacer Adán a quién Dios dio el mando sobre cada ser vivo en la tierra. Así que la Ley de la familia muestra, cómo Dios usa el ego dañino del hombre, para darle la primera noción sobre el amor. Por eso y sólo dentro de la familia Él permite al hombre cristiano tanto las relaciones sexuales como el nacimiento de los niños.

Ahí son los puntos principales de la ley.

“Por razón de la impureza, tenga cada hombre su mujer, y cada mujer su marido.” (1 Cor 7: 2)

Siendo conciente de la propensión natural del hombre a las relaciones sexuales desordenadas y su debilidad ante ellas, el apóstol limita las uniones sexuales con el marco de la familia, además, incluso dentro de la familia las reglamenta prescribiendo al hombre:

“Que el marido dé a su mujer lo que debe y la mujer de igual modo a su marido. No dispone la mujer de su cuerpo, sino el marido. Igualmente, el marido no dispone de su cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro sino de mutuo acuerdo, por cierto tiempo, para daros a la oración; luego, volved a estar juntos, para que Satanás no os tiente por vuestra incontinencia.” Y en el final no olvida añadir: “Lo que os digo es una concesión, no un mandato.” (1 Cor 7: 3-6)

Esa concesión asimismo supone la monogamia, porque en otro lugar preceptúa:

“Tened todos en gran honor el matrimonio, y el lecho conyugal sea inmaculado; que a los fornicarios y adúlteros los juzgará Dios.” (Hb 13: 4)

Aquí, de hecho, él se refiere a la inadmisión de otra Palabra o del otro Espíritu en la familia, porque eso podría arruinarla, ya que la mujer (el espíritu) fue tomada del varón (la Palabra) y por eso constituye su parte. Pues, cada palabra de Dios tiene su propio y único espíritu. Ahí es el sentido y la causa tanto de la monogamia cristiana como de la negación cristiana de la poligamia. Y si se cree que “la poligamia de los patriarcas y de los reyes no es todavía criticada de una manera explícita”,¹⁶ es por la ausencia de un concepto claro respecto a la esencia de la Santísima Trinidad y también porque los acontecimientos bíblicos en la mayoría de los casos se entienden literalmente y no como parábolas.

Ya que el pecado entró en el hombre a través de su mujer, es decir, a través de su espíritu, entonces por la solidez de la familia la Ley exige que la mujer se someta a su marido partiendo de aquella correspondencia que ellos constituyen en el mundo espiritual, pues, como ya fue dicho, el marido fue hecho como la imagen de Dios y la mujer, como su semejanza, y no de otra creatura. El sometimiento de la mujer al marido simboliza el sometimiento del hombre a Dios, porque el hombre creado se compara, como ya fue dicho muchas veces en otras oportunidades, con la esposa del Señor:

“Tu esposo es tu Hacedor,” dice Él por la boca del profeta Isías, “Yahveh Sebaot es su nombre.” (Is 54: 5)

16. Catecismo de la Iglesia Católica. II parte: La celebración del misterio cristiano. II sección: Los siete sacramentos de la Iglesia- Capítulo tercero- Los sacramentos al servicio de la comunidad. Artículo 7. El matrimonio en el orden de la creación. 1610

De lo mismo se tratan también las siguientes palabras del apóstol Pablo:

“El hombre no debe cubrirse la cabeza, pues es imagen y reflejo de Dios; pero la mujer es reflejo del hombre. En efecto, no procede el hombre de la mujer, sino la mujer del hombre. Ni fue creado el hombre por razón de la mujer, sino la mujer por razón del hombre. He ahí por qué debe llevar la mujer sobre la cabeza una señal de sujeción por razón de los ángeles. Por lo demás, ni la mujer sin el hombre, ni el hombre sin la mujer, en el Señor. Porque si la mujer procede del hombre, el hombre, a su vez, nace mediante la mujer. Y todo proviene de Dios.” (1 Cor 11: 7-12)

El cubrir la cabeza es un signo del sometimiento. El varón no debe hacerlo, porque es la imagen o la gloria de Dios, a Quien nada supera. Al contrario, el velo sobre la cabeza de la mujer simboliza el sometimiento del hombre a Dios, que en este sentido significa la fidelidad indisoluble, pues la mujer, siendo ayudante de Dios, es espíritu que aviva sólo en la unión con Dios, es decir, está sometido a una forma determinada, fuera de la cual es destructivo. Por este motivo las relaciones entre el marido y la mujer – como entre la palabra determinada y del espíritu que le corresponde – deben ser un reflejo del amor mutuo entre la Inteligencia Superior y el Espíritu Santo, para que en la consecuencia de este amor nazca o se manifieste la Palabra de la Vida, o la Palabra Viviente. Por la misma razón también los apóstoles enseñaban a los maridos y a las mujeres a amar uno al otro, como a sí mismos.

“Que cada uno ame a su mujer como a sí mismo;” dice el apóstol Pablo, “y la mujer, que respete al marido.” (Ef 5: 33)

Hay que notar que aquí el texto griego en lugar del verbo “respetar” usa el verbo “temer”. Así dice:

“Empero también vosotros todos uno por uno, cada cual a su mujer así ame como a sí mismo; y la mujer *que tema* al marido.”

Seguramente, los traductores españoles de la Biblia de Jerusalén quisieron suavizar las palabras del apóstol adaptándolas a la ideología del mundo. Pero en realidad la palabra “temer” no se refiere a algo humillante para la mujer, porque aquí se trata del hombre caído que no sabe el valor del amor, pues el hombre perfecto que conoce el amor verdadero, no tiene temor. Pero la caída del hombre que simboliza a la esposa del Señor, enturbió la imagen de Dios. Por eso su recuperación está vinculada con el sufrimiento. De ahí es el sufrimiento de Jesucristo – del Hijo, o de la Esposa de Dios. Y cuando el apóstol dice: “Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada” (Ef 5: 25-27), sobreentiende las cualidades de este amor, a saber: su espíritu de sacrificio que supone un sufrimiento salvador que se simboliza por los dolores del parto de la mujer. “El engañado no fue Adán,” dice el apóstol Pablo, “sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión. Con todo, se salvará por su maternidad mientras persevere con modestia en la fe, en la caridad y en la santidad.” (1 Tm 2: 14-15)

Así que, en realidad, lo que la salva a la mujer (o al hombre), no es el nacimiento de los hijos, sino el sufrimiento relacionado con él. Este es que redime su pecado, hace que el hombre recupere la imagen de Dios a través del sacrificio de las concupiscencias de su carne, lo que equivale a hacerse morir para la vida terrenal. Pues, como un niño nace a través del dolor para la vida temporal, también a través del dolor renace el hombre para la vida eterna.

El matrimonio terrenal teniendo en su base la imagen – aunque alterada – de la Santísima Trinidad, debe ser indisoluble, porque, como ya fue dicho, a cada palabra (varón) corresponde sólo un espíritu (mujer) inherente a ella, el espíritu que participó en

su creación. Como dice el Señor, **“lo que Dios unió no lo separe el hombre.”** (Mt 19: 6) Con este mandato del Señor está vinculado también el siguiente del apóstol Pablo:

“En cuanto a los casados, les ordeno, no yo sino el Señor: que la mujer no se separe del marido, mas en el caso de separarse, que no vuelva a casarse, o que se reconcilie con su marido, y que el marido no despida a su mujer.” (1Cor 7: 10-11)

Todo esto muestra que la importancia de la Ley (Palabra) para el espíritu es igual que la importancia del marido para la mujer, pues a los ojos de Dios ellos siendo distintos seres forman una persona. Por eso su separación es equivalente a la destrucción de esa persona que constituye la imagen de la Santísima Trinidad. Tal destrucción es semejante a la destrucción del hombre a través de su imagen que realizan los hechiceros, cuando en una muñeca hecha a imagen de alguien clavan agujas mortíferas. Por esa razón toda la Sagrada Escritura combate las adulteraciones e infidelidades, pues si el hombre en poca cosa no logra conservar su dignidad humana, ya nunca podrá alcanzar aquel estado de la santidad, para el cual fue creado, y esto significa que ya nunca se hará heredero de la Vida, a menos que se arrepienta en sus hechos y deje de pecar.

Por lo demás, debido a la mortalidad del hombre terrenal la Ley le permite un segundo matrimonio.

“La mujer está ligada a su marido mientras él viva;” dice el apóstol Pablo, “mas una vez muerto el marido, queda libre para casarse con quien quiera, pero sólo en el Señor. Sin embargo, será feliz si permanece así según mi consejo; que también yo creo tener el Espíritu de Dios.” (1 Cor 7: 39-40)

Así, la familia es el primer paso hacia la purificación que lleva al hombre de regreso al paraíso. Por eso la familia es santa. Su destrucción es equivalente a la rebelión contra Dios que es la Inteligencia Suprema, o contra la Ley de la Vida y contra aquella imagen en la que se basa esa Ley.

En cuanto al celibato y a la virginidad, ellos están predestinados para los más perfectos de los hombres, que justamente por su perfección se encuentran fuera de la Ley ya grabada sobre sus corazones, tanto que vivir sin la Ley ya no pueden. Cuando la Iglesia Católica adoptó la ley sobre el celibato de los sacerdotes, sin duda, partía de las presentadas arriba consideraciones sobre la virginidad, tanto más que también el apóstol Pablo exhortaba a sus hermanos a celibato diciendo:

“Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, **que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios:** tal será vuestro culto espiritual. **Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente,** de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto.” (Rom 12: 1-2)

Si el celibato y la virginidad son preferibles para el Reino de Dios, antes de todo son justificados para los sacerdotes, pues, como dice el mismo apóstol, “El casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer; está por tanto dividido. La mujer no casada, lo mismo que la doncella, se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu. Mas la casada se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido.” (1 Cor 7: 33-34)

Mientras que los sacerdotes están llamados a dar a conocer a los hombres su predestinación no sólo por la palabra, sino también por su ejemplo.

Así son el significado del matrimonio y la predestinación de la familia. Sus raíces, como vemos, son muy profundas y están vinculadas con la esencia de la Santísima Trinidad. Al hombre pecador es difícil entenderlas, porque, como dice el apóstol Pablo, “efectivamente, los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el espíritu, lo espiritual.” (Rom 8: 5) Mientras tanto “los misterios de la verdad”, según

el apóstol Felipe, “manifiestos están a manera de modelos e imágenes” (Ev. sg. Felipe 124). Son accesibles sólo para aquellos, quienes, como dice Sirácida, no se mostrarán remisos para aplicar “su alma a meditar la ley del Altísimo”. Pues la sabiduría de todos los antiguos rebusca, a los profecías consagra sus ocios, conserva los relatos de varones célebres, en los repliegues de las parábolas penetra, busca los secretos de los proverbios y en los enigmas de las parábolas insiste.” (Si 39: 1-3)

La comprensión del foso, en el que ha caído el hombre como la consecuencia de su violación de la Ley de la Vida y de toda su defenestración de ella es de gran importancia para él, porque le ayudaría a hacer una elección correcta en la prueba que pasa sobre la tierra.

Al índice

Veneración de las reliquias de los santos

La desviación de la enseñanza de Jesucristo referida al *alma* y al *cuerpo carnal*, presentada en los capítulos anteriores y la que se manifiesta antes de todo en la percepción del cuerpo de la resurrección y, en relación con el mismo, en la percepción de la eucaristía, de la Santísima Trinidad y del matrimonio bendecido por Dios, naturalmente, debería llevar la Iglesia terrenal **hacia el mas marcado y demostrativo paganismo en su lecho, a saber: hacia la así llamada veneración de las reliquias de los santos**. En los capítulos anteriores he tocado de paso ese asunto. Pero ahora lo consideraré más detalladamente y sólo desde el punto de vista teológico, sin detenerme especialmente en la historia del asunto, ya que de la última escribieron muchos y, particularmente, los protestantes.

Entonces, ¿Que son las reliquias? Representan la misma carne mortal que se queda en la tierra después de que el alma de su portador se despide de ella. En otros términos es un cadáver que tarde o temprano (depende de las condiciones físicas en las cuales se encuentre) se convierte en polvo. Justamente por eso a la carne mortal Job la llama “casas de arcilla, ellas mismas hincadas en el polvo” que “para siempre perecen” (Job 4: 19-20) y el apóstol Pablo la define como “tienda”, “nuestra morada terrestre” que se desmorona:

“Sabemos,” dice el, “que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios: una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos.” (2 Cor 5: 1)

Bajo la *tienda* o *nuestra morada eterna* el apóstol se refiere al alma primitiva del hombre a la que el profeta Isaías a su vez la llama “ropas de salvación” o “manto de justicia” (Is 61: 10) del hombre, mientras que la carne mortal compara con la *tumba*. Pronunciando en el espíritu las palabras del Señor, referidas a los hijos de Dios, él nos dice que estos “**habitan en tumbas y en antros hacen noche**; que comen carne de cerdo y bazofia descompuesta en sus cacharros” y “que dicen: «Quédate ahí, no te llegues a mí, que te santificaría.» Estos son humo en mi nariz, fuego que abrasa siempre.” (Is 65: 4-5)

Y el motivo, por lo que el profeta lo llama *tumba* o *antro* el cuerpo visible del hombre, se aclara de la afirmación del apóstol Pablo que “**mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor**” (2 Cor 5: 6) y por eso “**preferimos salir de este cuerpo para vivir con el Señor.**” (2 Cor 5: 8)

Así que se resulta que es nuestro cuerpo mortal el que nos aleja del Señor y, consiguientemente, de la Vida, ya que el Señor ha dicho: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14: 6). En otros términos la carne mortal es aquella cortina que abarca nuestras “ropas de salvación”, o nuestro “manto de justicia” y nos impide “vivir con el Señor”

Como vemos, aquí se habla de dos cuerpos del hombre. Distinguiendo y contraponiéndolos - el mortal y “las ropas de salvación” o, de otra manera, el carnal y el espiritual, - el mismo apóstol dice: “hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual.” (1 Cor 15: 44) Y diciendo así, bajo el cuerpo natural, según el sentido, se refiere al cuerpo exterior y visible del hombre, mientras que bajo el espiritual, a su alma. Además, al indicar que “se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual”. (1 Cor 15: 44), él nos hace entender que para que resucite el cuerpo espiritual, el natural debe deshacerse, es decir, morir. Por eso definiendo a ese cuerpo exterior y mortal como “hombre exterior”, y al cuerpo espiritual como “hombre interior”, él continúa:

“Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día. En efecto, la leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna, a cuantos no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues **las cosas visibles son pasajeras, mas las invisibles son eternas.**”(2 Cor 4: 16-18)

Aquí el apóstol la resurrección del hombre la vincula claramente tanto con la renovación y transformación precisamente de su cuerpo interno que es su alma como con el desmoronamiento de su cuerpo exterior, el que en otro lugar lo presenta como pecador, diciendo:

“Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior,” dice, “pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros.” (Rom 7: 22-23)

En la santidad del apóstol Pablo nadie duda. Pero incluso él, al ver “la ley del pecado” viviendo en su propia carne, como dice, *golpeaba su cuerpo y lo esclavizaba.* (1 Cor 9: 27)

Y he ahí, los cuerpos de los santos, en los que también vivía la ley del pecado, la Iglesia después de la muerte de los mismos convierte en *santas reliquias*, ignorando las palabras del apóstol que muestran que el cuerpo que se transforma, no es la reliquia, como piensan los eclesiásticos, sino el hombre interior, o el cuerpo interior, o espiritual, del hombre, es decir, su alma. Ella es la que se libera de la carne mortal y se presenta en toda su belleza primordial. Y por eso es evidente que al venerar las reliquias de los santos los sacerdotes y sus rebaños veneran, de hecho, al hombre exterior, es decir, su cuerpo exterior visible y temporal, o la carne, la misma que según el apóstol Pedro está predestinada a la condena junto con el espíritu que en ella habita.

“Por eso”, dice él, “hasta a los muertos se ha anunciado la Buena Nueva para que, **condenados en carne según los hombres, vivan en espíritu según Dios.**”(1 Pedro 4: 6) Y esa condena consiste en la total desaparición del cuerpo exterior del que todavía el profeta Isaías decía:

“Una voz dice: «¡Grita!» Y digo: «¿Qué he de gritar?» - **«Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba, en cuanto le dé el viento de Yahveh (pues, cierto, hierba es el pueblo). La hierba se seca, la flor se marchita, mas la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.**”(Is 40: 6-8)

Lo mismo repitió el apóstol Pedro diciendo:

“Toda carne es como hierba y todo su esplendor como flor de hierba; se seca la hierba y cae la flor; pero la Palabra del Señor permanece eternamente. Y esta es la Palabra: la Buena Nueva anunciada a vosotros.” (1 Pedro 1: 24-25)

Y como esa “hierba”, según Jesucristo, “hoy es y mañana se echa al horno” (Mt 6: 30), así también el cuerpo exterior o carnal del hombre está sujeto a la eliminación, para que se revele el hombre interior, o su cuerpo interior.

Resulta que sosteniendo el culto de las reliquias de los santos la Iglesia está cultivando lo sujeto a la destrucción, es decir, está cultivando al hombre exterior, mientras que la santidad del hombre, según el apóstol Pablo, consiste justamente en el lograr esclavizarlo a este hombre, o carne, exterior, es decir, en el lograr mortificar la carne como la “apariencia de este mundo que pasa” (1 Cor 7: 31). Por eso la demasiada afición a la carne denuncia la demasiada afición del hombre a este mundo, justamente por la cual el apóstol Pablo reprochó a los galileos, diciéndoles:

“Ahora que habéis conocido a Dios, o mejor, que él os ha conocido, **¿cómo retornáis a esos elementos sin fuerza ni valor, a los cuales queréis volver a servir de nuevo?**”(Gal 4: 9) o “¿Tan insensatos sois? Comenzando por espíritu, ¿termináis ahora en carne? (Gal 3: 3)

Ese retorno “a los elementos sin fuerza ni valor” muestra que la Iglesia en lugar de estar muerta para el mundo, - como lo exigen los apóstoles afirmando que “cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte” (Rom 6: 3), - al contrario, santifica lo que está sujeto a la destrucción y, así, de hecho, se destruye para el Señor Quién al tomar sobre *su cuerpo exterior, o sobre su carne*, los pecados de los hijos de Dios, la sacrificó, y, además, lo hizo *no en* la ciudad de Jerusalén, sino *fuera* de sus paredes, mostrando así que “la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos: ni la corrupción hereda la incorrupción.” (1 Cor 15: 50). Lo hizo exactamente igual que lo hacían los israelitas en los tiempos del Antiguo Testamento, cuando en señal del mismo hecho la carne y la sangre del novillo al que sacrificaban por el pecado, las quemaban y derramaban “*fuera del campamento*” (Ex 29: 11-14)

Ignorando ese hecho o por la falta de su consideración no concediéndole la debida importancia, la Iglesia, como ya he notado en los capítulos anteriores, interpreta la carne mortal como aquella que resucitaría para la eternidad. Y por eso intenta conservar las reliquias de los santos distribuyendo sus partes entre las iglesias para su veneración. Con esto calla hasta el hecho que, según Jesucristo, el cuerpo resucitado a diferencia del mortal es asexual:

“«Estáis en un error, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios”, dijo El a los fariseos que le preguntaban respecto al matrimonio después de la resurrección. “Pues **en la resurrección, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo.** Y en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído aquellas palabras de Dios cuando os dice: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? **No es un Dios de muertos, sino de vivos.**»” (Mt 22: 29-32)

De ahí se concluye, primero, que Dios no es Dios de lo que debe morir, pues “para él todos viven.” (Lc 20: 38); y, segundo, que el cuerpo *proveído del sexo*, incluso de los santos, no es aquello cuerpo asexual que tenía el hombre antes de la caída y tendrá en el Reino de Dios. Como he escrito muchas veces en mis obras anteriores, la carne mortal representa aquella “túnica de piel” en la que Dios vistió el alma viva del Adán dividido, es decir, las almas del varón y de la mujer antes de echarlos del paraíso. Precisamente esas “túnicas de piel” son aquellos “recipientes del barro”, en los cuales, según el apóstol Pablo, llevamos el tesoro de la gloria de Dios, es decir, la imagen que nos fue dada desde comienzo como la imagen y semejanza de Dios:

“Pues,” marca el apóstol Pablo, “el mismo Dios que dijo: De las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo. Pero **llevamos este tesoro en recipientes de barro** para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros.” (2 Cor 4: 6-7) - “No de nosotros” significa no del varón y de la mujer, cuyos frutos son justamente los recipientes del barro, los que en uno de los apócrifos se determinan, además, como recipientes vacíos, cuya “aspiración” es convertirse en polvo.

“El nacido de mujer,” leemos en el, “¿cómo osará mantenerse en pie en tu presencia, si **fue amasado con arcilla, y su cuerpo será pasto de gusanos? No está hecho de roca, es un puñado de polvo.**”¹

Entonces, en la Santa Escritura se habla, de un lado, sobre el cuerpo creado por Dios, y, del otro lado, del que genera el hombre. Ese último es el que lo hace mortal, pues el hombre a través de sus engendros, de hecho, compite con Dios, o de otra manera, se contrapone a la Vida haciendo pasar lo ilusorio por lo real. Justamente por eso el salmista dice:

1. Regla de comunidad XI: 21-22: <http://antepasadosnuestros.blogspot.com.ar/2009/04/regla-de-la-comunidad-1qs-qumran.html>

“Por cierto, vanidad son los hijos de los hombres, mentira los hijos de varón: Pesándolos á todos igualmente en la balanza, Serán menos que la vanidad.” (Sal 62: 10. Reina Valera 1909)

Así que **las reliquias siendo restos de lo que fue engendrado con el semen del varón y que a los ojos de Dios es ninguna otra cosa que la vanidad y mentira, nunca son santos.** Atribuir a ellas santidad significa confundir el concepto de la Vida con el de la muerte. Tanto más que el Mismo Jesús, al sacrificar su cuerpo exterior para la salvación del hombre y convirtiéndose en el primer resucitado, nos mostró el sentido y la predestinación del ese mismo cuerpo carnal. Entonces, podemos hacer a las Iglesias la misma pregunta, que antaño en la sintonía completa con las palabras del apóstol Pablo, hizo a sus discípulos el apóstol Andrés viendo la alegría de ellos por su liberación del encierro:

“Por que es ese inmenso amor hacia la carne? O por que es esa inmensa afición a ella? De nuevo me piden ustedes ceder ante ella...” (Martirio del apóstol San Andres 60(11) de la versión rusa.)² - es decir, ante la liberación aparente, porque la verdadera liberación consiste en la liberación de la carne mortal en la que el hombre esta encarcelado y la que le aleja de Dios y de la Vida, y porque al alegrarse a lo que es aparente, aunque parezca real, es tentarlo, según la carne. Comparemos esas palabras con la siguiente replica de Jesús, cuando el apóstol Pedro al escuchar sobre la pasión próxima del Señor, se puso a reprenderle diciendo que no lo haga, en que Jesús le dijo:

“¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!” (Mt 16: 22-23)

Del mismo modo los pensamientos de la Iglesia que venera las reliquias de los santos no son los de Dios, sino los de los hombres. Resulta que al crear y sostener el culto de la carne condenada, o del cuerpo visible, ella venera lo que debe convertirse en polvo y así manifiesta su hipocresía. Pues de palabra proclama su espiritualidad, mas en realidad está propensa a la carne, deseando lo carnal y, consiguientemente, viviendo, según la carne, pues, como dice el apóstol, “los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el espíritu, lo espiritual. Pues las tendencias de la carne son muerte; mas las del espíritu, vida y paz, ya que las tendencias de la carne llevan al odio a Dios: no se someten a la ley de Dios, ni siquiera pueden; así, los que están en la carne, no pueden agradar a Dios.” (Rom 8: 5- 8) Y el apóstol Juan a su vez añade que “llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad.” (Jn 4: 23-24)

Parece que nada se puede añadir a esto. Sin embargo a despecho de la palabra clara de Dios y de toda lógica bíblica la Iglesia deseaba lo carnal ya a partir del siglo IV. Lo atestiguan las sanciones de los Concilios eclesiásticos. Por ejemplo, en el año 419 el Concilio de Cártago sancionó destruir todos los altares construidos en memoria de algún mártir, si en su base no yace su cuerpo o alguna de sus partes.³

Pero, claro, que no todos los cristianos estaban acuerdos con la veneración de las reliquias de los mártires y de otras sanciones de la Iglesia. Por eso más tarde, en el año 787, durante el séptimo Concilio Ecuménico (el segundo de Nicea) los desacuerdos fueron denominados como herejes. En su definición sobre las sagradas imágenes y la

2. Martirio del apóstol San Andrés. Мученичество апостола андрея 61(11), [Библиотека Наг-Хаммади](http://biblia.org.ua/apokrif/apocryph1/acts_andrey1.shtml.htm)
http://biblia.org.ua/apokrif/apocryph1/acts_andrey1.shtml.htm

3. Las sanciones del Concilio de Cártago. Según la traducción Rusa, № 94. [Правила Карфагенского собора № 94:
<http://krotov.info/acts/canons/0419karf.html>]

tradición (Sesión VII, Sanción III) el Concilio dice:

“Así, pues, quienes se atrevan a pensar o enseñar de otra manera; o bien a desechar, siguiendo a los sacrílegos herejes, las tradiciones de la Iglesia, e inventar novedades, o rechazar alguna de las cosas consagradas a la Iglesia: el Evangelio, o la figura de la cruz, o la pintura de una imagen, o una santa reliquia de un mártir; o bien a excogitar torcida y astutamente con miras a trastornar algo de las legítimas tradiciones de la Iglesia Católica; a emplear, además, en usos profanos los sagrados vasos o los santos monasterios; si son obispos o clérigos, ordenamos que sean depuestos; si monjes o laicos, que sean separados de la comunión.”⁴

Más adelante – ya después del desagregarse la Iglesia en los católicos y ortodoxos - el Concilio de Trento (1545-1563) en el capítulo “El purgatorio” (Sesión XXV) puso la nueva divisoria ya entre los acuerdos y desacuerdos instruyendo “a los fieles en que deben venerar los santos cuerpos de los santos mártires, y de otros que viven con Cristo, que fueron miembros vivos del mismo Cristo, y templos del Espíritu Santo, por quien han de resucitar a la vida eterna para ser glorificados, y por los cuales concede Dios muchos beneficios a los hombres; de suerte que deben ser absolutamente condenados, como antiguamente los condenó, y ahora también los condena la Iglesia, los que afirman que no se deben honrar, ni venerar las reliquias de los santos; o que es en vano la adoración que estas y otros monumentos sagrados reciben de los fieles; y que son inútiles las frecuentes visitas a las capillas dedicadas a los santos con el fin de alcanzar su socorro.”⁵

Por eso en el Código de Derecho Canónico. (Iglesia Católica Romana.) Capítulo IV. De los altares. Canon 1237, § 2. se dice: “Debe observarse la antigua tradición de colocar bajo el altar fijo reliquias de Mártires o de otros Santos, según las normas litúrgicas.”⁶

Pero comencemos de lo que ni Jesús, ni los apóstoles en ningún lugar, ni en los libros canónicos del Nuevo Testamento, ni en los apócrifos dicen que hay que honrar y venerar las reliquias de los santos y colocarlas bajo el altar fijo. Sólo una vez se habla de algo parecido en el Antiguo Testamento, pero como una maldición hecha por Josué después de la destrucción de Jericó:

“¡Maldito sea”, dice, “delante de Yahveh el hombre que se levante y reconstruya esta ciudad (de Jericó)! ¡Sobre su primogénito echará su cimiento y sobre su pequeño colocará las puertas!” (Jos 6: 26)

Sin embargo Jericó fue reconstruido en los tiempos de Ajab, rey de Israel.

“En su tiempo”, leemos en el Primer libro de los Reyes, “Jiel de Betel reedificó Jericó. Al precio de Abirón, su primogénito, puso los fundamentos, y al precio de su hijo menor Segub, puso las puertas, según la palabra que dijo Yahveh por boca de Josué, hijo de Nun.” (1Rey 16: 34)

En mi libro “Los seis días de la Creación y el Día séptimo” he mostrado que en el lenguaje bíblico reconstruir Jericó contrapuesto a Jerusalén significa nuevamente convertirse en esclavo de la carne y entrar en la maldición, es decir, “construir” sobre la

4. 7. II De Nicea. 787. Magisterio del C.E II de Nicea VII ecuménico (contra los iconoclastas) Definición sobre las sagradas imágenes y la tradición SESION VII, Sanción III.: http://www.mercaba.org/CONCILIOS/C_07.htm

5. Sacrosanto, ecuménico y general Concilio de Trento (1545-1563). El purgatorio. Sesión XXV:

<http://www.mercaba.org/CONCILIOS/Trento13.htm#LA%20INVOCACI%20VENERACI%20Y%20RELIQUIASDE%20LOS%20SANTOS,Y%20DE%20LAS%20SAGRADAS%20IMGENES>

6. http://www.documentacatholicaomnia.eu/03d/1983-01-25,_Absens,_Codex_Iuris_Canonici,_ES.pdf

muerte. Además de eso, en la Sagrada Escritura no hay ninguna otra indicación de la construcción sobre las reliquias.

No obstante, la Iglesia insiste en el culto de las santas reliquias. Y lo hace, de hecho, ignorando todas las indicaciones del Nuevo Testamento citadas arriba y referidas a lo que “El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada.” (Jn 6: 63).

El argumento principal que la Iglesia propone defendiendo ese culto es un fragmento del Antiguo Testamento que cuenta de un muerto que al caer sobre los huesos del cadáver del profeta Eliseo resucitó. Así es el fragmento:

“Eliseo murió y le sepultaron. Las bandas de Moab hacían incursiones todos los años. Estaban unos sepultando un hombre cuando vieron la banda y, arrojando al hombre en el sepulcro de Eliseo, se fueron. Tocó el hombre los huesos de Eliseo, cobró vida y se puso en pie.” (2 Reyes 13: 20-21)

Pero el fragmento citado la Iglesia lo considera fuera del contexto, sin admitir que todo el relato sobre los profetas Elías y Eliseo es criptográfico. A ellos he dedicado un capítulo entero en mi libro “Los seis días de la Creación y el Día séptimo”. Por eso aquí sólo precisaré que las personas de estos dos profetas se correlacionan como el espíritu y el alma de Dios y anticipan la llegada de Jesucristo y de Juan el Bautista, su Precursor. Notemos, cómo Eliseo define al profeta Elías y a sí mismo. Cada vez que el profeta Elías - que se dirige primero a Betel (la Casa de Dios), después a Jericó (la casa de la Muerte) contrapuesta a Jerusalén y, al final, hacia el río Jordán, - le propone a Eliseo quedarse donde está y no seguir con él, Eliseo siempre le contesta: “Vive Yahveh y vive tu alma, que no te dejaré.” (2Rey 2: 2,4,6)

Así que el profeta Eliseo se define claramente como el alma de Yahveh, mientras que a Elías lo ve como a Yahveh Mismo. Pero ser el alma de Dios significa ser su cuerpo espiritual, igual que lo es la Iglesia de Jesús. Desde ese punto de vista parecen muy significativos dos detalles del relato sobre esos dos profetas. El primer detalle es cuando el Carro y caballos de Israel llevaron a Elías a los cielos, su espíritu reposó sobre Eliseo (2 Rey 2: 15) y el segundo detalle es el camino de regreso de Eliseo que pasando nuevamente el río Jordán se dirigió primero a Jericó y después a Betel, trazando así todo el camino de la Iglesia. Es interesante también que Joás, rey de Israel, al visitar a Eliseo que estaba muriendo “lloró sobre su rostro diciendo: «¡Padre mío, padre mío, carro y caballos de Israel!»” (2Rey 13: 14)

Otra indicación latente que el dicho relato se refiere a la Iglesia la vemos en las palabras de Sirásides que dice del profeta Elías: “Felices aquellos que te vieron y que se durmieron en el amor, que nosotros también viviremos sin duda”, mientras que refiriéndose al profeta Eliseo admite que “Nada era imposible para él, hasta en el sueño de la muerte profetizó su cuerpo. Durante su vida hizo prodigios, y después de su muerte fueron admirables sus obras.” (Si 48: 11, 13-14)

Ahora comparemos esas palabras con las de Jesucristo:

“¡Pero dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Pues os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron.” (Mt 13: 16-17) y las siguientes: “sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.” (Mt 16: 18)

Recordemos también que después de la muerte de Jesús su obra la continuó Su Iglesia. Lo que el relato sobre los profetas Elías y Eliseo de algún modo se refiere a la venida del Señor y de Su Precursor atestigua también el hecho que Jesús Mismo reconoció en Juan el Bautista al profeta Elías llamándolo *Ángel de Dios*:

“Este es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino. «En verdad os digo que no ha surgido entre los

nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él.⁷ Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. Pues todos los profetas, lo mismo que la Ley, hasta Juan profetizaron. **Y, si queréis admitirlo, él es Elías, el que iba a venir. El que tenga oídos, que oiga.**” (Mt 11: 10-15) y en otro lugar:

“Ciertamente, Elías ha de venir a restaurarlo todo. **Os digo, sin embargo: Elías vino ya, pero no le reconocieron sino que hicieron con él cuanto quisieron. Así también el Hijo del hombre tendrá que padecer de parte de ellos.**” (Mt 17: 11-12)

Por eso no es casual que cuando Jesús moribundo clamó: “¡Elí, Elí! ¿léma sabactaní?», esto es: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27: 46-47), pues el sentido de la parábola les fue inalcanzable. Por la misma razón Jesús repetía muchas veces: “Quien tenga oídos para oír, que oiga” o “Quien pueda entender, que entienda.”

Entonces, los santos padres no deberían argumentar la veneración de los santos sacramentos por la resurrección del muerto que tocó los huesos del profeta Eliseo, ya que este episodio es una alegoría referida a la futura Iglesia de Jesucristo – la única que reaviva al hombre para la Vida eterna, por la que murió Jesús. Como he dicho muchas veces, la consideración literal del texto bíblico lleva a la confusión y al callejón sin salida. Además, todos los argumentos que trae la Iglesia para fundamentar el culto de las santas reliquias, se basan simplemente en el deseo de milagros. Pero la fe verdadera no los necesita, porque la fe supone la Ley de la Vida escrita sobre el alma, - la Vida que ella presiente al nivel del conocer, sean o no sean milagros. En cuanto a lo que piensa el Señor de los buscadores de milagros, se ve de sus palabras ya citadas por mí en el artículo sobre la Eucaristía que ahora quiero repetir: “**¡Generación malvada y adúltera! Una señal pide (...)**” (Mt 12: 38-39) o “**Si no veis señales y prodigios, no creéis.**” (Jn 4: 48)

7. El es más pequeño en el Reino de los Cielos donde habitan sólo los hijos de Dios, porque es nacido de mujer. Aquí se habla de Juan en la carne.

Al índice

Fornicio en la Iglesia

Respecto al problema del homosexualismo

*Conozco tu conducta: tus fatigas y paciencia;
y que no puedes soportar a los malvados y que
pusiste a prueba a los que se llaman apóstoles
sin serlo y descubriste su engaño. (Ap 2: 2)*

La ausencia de la claridad en el concepto teológico sobre el cuerpo humano, de la que hablé en el capítulo “Confusiones respecto al cuerpo de la resurrección”, inevitablemente llevó al hombre a la veneración excesiva de su cuerpo exterior, incluso, en cierto sentido, a su adoración. Como consecuencia, en algunas confesiones cristianas se mostró una clara tendencia a la revisión de la ley moral prescrita en los Antiguo y Nuevo testamentos de la Biblia. En particular, la revisión se refiere al problema del “amor” homosexual, cuyos partidarios ya comenzaron a penetrar en la Iglesia originando en ella una crisis religiosa y moral.

Ahora para nadie es un secreto ni el hecho de la bendición de las uniones del mismo sexo -tanto en una considerable parte de las Iglesias luteranas y reformadas como en las Iglesias que pertenecen a la comunidad anglicana-, ni el hecho de la ascensión de las personas que practican homosexualismo y lesbianismo al rango de sacerdotes y obispos en algunas de ellas, por ejemplo, en la Iglesia episcopaliana de los Estados Unidos que pertenece a la comunidad anglicana y desde el 2010 se dirige por Mary Douglas Glasspool, abiertamente lesbiana. Y este proceso a pesar de la protesta de muchos de los teólogos de las mismas Iglesias, tiene una tendencia a la difusión. Sus brotes intentan penetrar incluso en la Iglesia católica, cuya enseñanza oficial declara:

“Los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados” (Congregación para la Doctrina de la Fe, Decl. *Persona humana*, 8). Son contrarios a la ley natural. Cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una verdadera complementariedad afectiva y sexual. No pueden recibir aprobación en ningún caso.”¹

Y por eso la misma propone a los homosexuales una vida de castidad salvadora.

Como se sabe, uno de estos brotes es el libro “La Iglesia y el homosexual” publicado en 1976 en Boston.² En él su autor John J. McNeil, un sacerdote jesuita, declara que cualquier orientación sexual es don de Dios y debe ser aceptada con el agradecimiento. Aunque la Congregación para la Doctrina de la Fe condene su libro y a él lo excluya de la Compañía de Jesús, él no se queda el único defensor de tal opinión. Casi al mismo tiempo con él Curran Charles, un sacerdote católico,³ criticando en sus publicaciones la enseñanza oficial de la Iglesia católica, exige “innovaciones” en ella también en lo que se refiere al problema del homosexualismo. Y a pesar de que en 1986 la misma Congregación para la Doctrina de la Fe (presidida por el cardenal Josef Ratzinger) lo

1. Catequismo de la Iglesia católica. Cap II, art. 6: IV. Castidad y homosexualidad (§§ 2357-2359)

http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p3s2c2a6_sp.html#IV%20Las%20ofensas%20a%20la%20dignidad%20del%20matrimonio . Véase también “Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre la atención pastoral a las personas homosexuales.” Roma, desde la sede de la Congregación para la doctrina de la fe, 1° de octubre de 1986.

<http://es.catholic.net/sexualidadybioetica/340/1312/articulo.php?id=6760>

2. McNeil John J. The Church and the Homosexual. Boston: Beacon Press, 1976.

3. Curran Charles E. Loyal Dissent: Memoir of a Catholic Theologian. Georgetown University Press, 2006.

privó del derecho a enseñar en la Universidad Católica de América, él sigue declarando a sí mismo católico y a la vez continúa defendiendo sus puntos de vista.

Además de la Iglesia católica oficial, la práctica del homosexualismo y del lesbianismo también la consideran como un pecado todas las Iglesias ortodoxas, la Iglesia apostólica armenia, La Convención Bautista del Sur y algunas otras confesiones cristianas. Argumentando sus puntos de vista esas Iglesias insisten en lo que los órganos sexuales del hombre y de la mujer están predestinados por la naturaleza para la procreación, por eso el homosexualismo no es otra cosa que una deformación concupiscente y peligrosa. La semejante posición suya, sin embargo, no impide a los homosexuales penetrar también en el ambiente de estas Iglesias causando en ellas unos escándalos sexuales que periódicamente sacuden a sus fieles.

Como resultado, la Iglesia de Jesús en la tierra hoy está pasando por un conflicto interno muy grave, cuyas raíces yaciendo en la gran profundidad se condicionan por las concesiones de las tendencias sociales, que la Iglesia hacía al acomodarse a las nuevas prioridades, es decir, intentando habituarse al genio que dictaba el mundo carnal. Paradójicamente lo hacía para no perder su rebaño, aun a costa de la desviación del recto camino cristiano. Así, a lo largo de los siglos la Iglesia se alejaba más y más de Jesucristo yendo hacia precisamente aquella misma “carne” que Él crucificó legando, además, que la “crucifiquen” también todos sus seguidores para merecer la resurrección a la Vida verdadera. Y ahora esa misma carne – lamentablemente, no sin ayuda de la Iglesia – nuevamente adquirió un gran poder sobre el hombre y quiere someterlo bien a sus instintos haciéndolos pasar por las leyes naturales. El argumento principal de los que practican el homosexualismo y lesbianismo consiste en lo que la orientación sexual del hombre es predeterminada genéticamente y no representa su elección, - por eso no puede considerarse como un pecado.

Observemos, sin embargo, que el homosexualismo es, en realidad, una mutación genética. Y las mutaciones genéticas, como se deduce de los experimentos hechos con los animales, en dado caso pueden ser -y más probablemente son- los resultados de las perversiones sexuales cometidos por alguien en la generación familiar. Sus consecuencias pueden manifestarse en los desordenes genéticos de algunos de sus descendientes carnales – prójimos o lejanos - sin afectar visiblemente a los otros.

Esos desordenes se vinculan con las alteraciones de la Ley de Dios. Según la Biblia que forma base de la fe cristiana - y, consiguientemente, de las Iglesias denominadas como cristianas, - el concepto del “hombre” incluye sólo dos especies: al varón y a la mujer. Su unidad fue ideada como aquel recipiente que el Señor había creado para su morada. Y aunque después del caer el hombre esa unidad se dividió en sí misma, sigue personificando -incluso en una forma alterada- el misterio de la unión de Dios con el hombre.⁴ El objetivo de la Ley dada al hombre carnal es remediar esa alteración primordial y cuando la Ley no se cumple, eso ocurre por la inversión de las prioridades del hombre, cuando él contrapone a la Palabra de Dios el deseo de su carne – en este caso el deseo sexual que se convierte en una prioridad para él. Pero su constante satisfacción muy pronto tanto en el varón como en la mujer causa hartazgo y sus carnes comienzan a exigir y buscar cada vez nuevas formas para calmar sus lujurias. Así el heterosexualismo natural pasa al homosexualismo, a la bestialidad y a las otras aberraciones. Todas estas se consideran pecados, precisamente porque provocan mutaciones genéticas y desordenes mentales que destruyen la vitalidad de la constitución humana y por eso son en su esencia equivalentes al homicidio tanto al

4. Véase de esto en mi libro “Los seis días de la creación y el día séptimo”, Libro.I, Partes 1 y 2: “Adán en el paraíso” y “La caída”.

nivel espiritual como al nivel físico. Significa que el precepto “no matarás” no sólo se refiere a la prohibición de matar al otro, sino también a la prohibición de matar a sí mismo. Así, cualquier pecado es mortal, incluyendo el homosexualismo. Uno de los puntos de la ley de Moisés particularmente de este dice:

“No te acostarás con varón como con mujer; es abominación.” (Lev 18: 22)

Y un poco más abajo añade exigiendo hasta medidas extremas para los practicantes del homosexualismo:

“Si alguien se acuesta con varón, como se hace con mujer, ambos han cometido abominación: morirán sin remedio; su sangre caerá sobre ellos.” (Lev 20: 13)

Pero si el Antiguo Testamento se muestra tan categórico respecto a los homosexuales, el Nuevo Testamento a todos los pecadores les da un chance para la salvación, que consiste en la aceptación del sacrificio de Jesucristo y en la relacionada con ella *renuncia* a todo tipo de prácticas desordenadas. En este sentido es muy significativo el fragmento bien conocido del Evangelio según Juan, donde los defensores de la Ley, que sorprendieron a una mujer en flagrante adulterio, dicen a Jesús:

“Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?”

Y cuando Él contesta:

“Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”,

ellos, como nos cuenta el apóstol,

“al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio. Incorporándose Jesús le dijo: «Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?» Ella respondió: «Nadie, Señor.» Jesús le dijo: «Tampoco yo te condeno. Vete, **y en adelante no peques más.**»”(Jn 8: 4-11)

La frase “y en adelante no peques más” significaba que no sigas más a las pasiones de la carne, sino somételas a la voluntad de Dios, incluso cuando eso te haga padecer en la carne. Ya después del autosacrificio del Señor el apóstol Pedro así describe la requerida transformación de los creyentes:

“Ya que Cristo padeció en la carne, armaos también vosotros de este mismo pensamiento: quien padece en la carne, ha roto con el pecado, **para vivir ya el tiempo que le quede en la carne, no según las pasiones humanas, sino según la voluntad de Dios.** Ya es bastante el tiempo que habéis pasado obrando conforme al querer de los gentiles, viviendo en desenfrenos, liviandades, crápulas, orgías, embriagueces y en cultos ilícitos a los ídolos.” (1 P 4: 1-3)

Y si el apóstol Pedro se refiere aquí a todos los pecados sin especificar el homosexualismo, el apóstol Pablo tanto el homosexualismo como el lesbianismo define como “pasiones infames” y su origen directamente vincula con el desorden mental:

“...se ofuscaron en sus razonamientos –dice él - y su insensato corazón se entenebreció: **jactándose de sabios se volvieron estúpidos**, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles. **Por eso Dios los entregó a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que**

deshonraron entre sí sus cuerpos; a ellos que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador, que es bendito por los siglos. Amén. Por eso los entregó Dios a pasiones infames; pues sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza; igualmente los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se abrasaron en deseos los unos por los otros, cometiendo la infamia de hombre con hombre, recibiendo en sí mismos el pago merecido de su extravío.”(Rom 1: 21-27)

Ese “pago merecido de su extravío” recibido “en sí mismo” del que habla el apóstol se refiere justamente a las desviaciones genéticas, mencionadas arriba, cuales aparecieron como consecuencia de la corrupción de la carne que guerrea contra la Ley de Dios, prescrita, según el apóstol Pablo, precisamente para los pecadores con el fin de que aprendan a dominar las pasiones de su carne y dando lugar al espíritu de Dios, preparen de este modo su propia salvación.

“Ya sabemos – dice él - que la Ley es buena, con tal que se la tome como ley, teniendo bien presente que la ley no ha sido instituida para el justo, sino para los prevaricadores y rebeldes, para los impíos y pecadores, para los irreligiosos y profanadores, para los parricidas y matricidas, para los asesinos, adúlteros, homosexuales, traficantes de seres humanos, mentirosos, perjuros y para todo **lo que se opone a la sana doctrina**, según el Evangelio de la gloria de Dios bienaventurado, que se me ha confiado.” (1 Tm 1: 8-11)

De ahí se ve también que la Ley se basa en *la sana doctrina*, mientras que los homosexuales nombrados junto con los otros pecadores se determinan como *opponentes a esta sana doctrina*. Por eso a aquellos que obran contra la sana doctrina el apóstol los iguala a los *injustos* que no pueden heredar el Reino de Dios:

“¿No sabéis acaso – dice él en otro lugar - que los injustos no heredarán el Reino de Dios? ¡No os engañéis! Ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces heredarán el Reino de Dios.” (1 Cor 6: 9-10)

En su relato sobre los últimos tiempos el profeta Esdras así describe las consecuencias de la propagación del homosexualismo llamándolo por el nombre de la tristemente conocida ciudad Bíblica Sodoma habitada por los homosexuales (Gen 19: 5):

“El mar sodomítico arrojará a los peces y dará voces por la noche, las cuales muchos no comprenderán, mas todos las oirán; y habrá caos por muchos lugares, y se desatará el fuego con frecuencia, y las bestias del campo transmigrarán, y las mujeres en menstruación parirán monstruos; y en las aguas dulces se encontrará sal, y todos los amigos se pelearán entre sí.” (4 Esdras 5: 7-9)

Esas palabras del profeta atestiguan precisamente las mutaciones genéticas que proceden de la corrupción del hombre y exponen al peligro del exterminio a toda la Creación de Dios. Por eso, según la Sagrada Escritura, el Señor no tendría ninguna otra salida excepto salvando a pocos justos aniquilar a toda la humanidad en el fuego. Su fin se describe en la Biblia del siguiente modo:

“Entonces Yahveh hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte de Yahveh.” (Gen 19: 24)

Este “castigo” es tanto evidente como simbólico y también no es casual, pues las pasiones destructivas del hombre asemejan al fuego que quema su carne por dentro y por fuera. Además, el “castigo” se refiere a la vez a los tiempos y al final de los tiempos. Actúa tanto al nivel humano como al nivel de los países y de toda la humanidad. Por eso el relato bíblico sobre Sodoma y Gomorra supone todos esos niveles y se ha dado al hombre *como enseñanza*.

“Quemaste con el fuego y azufre a los sodomitas arrogantes – leemos en el tercer libro de los Macabeos - que abiertamente hacían mal y los **pusiste de ejemplo para los descendientes.**” (3 Mac 21: 5) ⁵

Lo mismo afirma también el apóstol Judas diciendo:

“Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, que como ellos fornicaron y *se fueron tras una carne diferente*, padeciendo la pena de un fuego eterno, **sirven de ejemplo.**” (Jud 7)

La ciudad Sodoma también aquí se menciona simbólicamente. En general es menester notar que la Biblia en su esencia está construida sobre la contraposición de dos “ciudades” que corresponden a dos estados del hombre y de la humanidad. Una de ellas se llama *Jerusalén* y supone el aspecto puro e incorrupto del hombre vivo y de la humanidad viva, y la otra - dependiendo del sentido que lleva -, ora se llama *Egipto*, ora Sodoma, ora *Babilonia*, y simboliza al hombre y a la humanidad muertos en sus pecados, es decir, contrarios a la Vida. Precisamente por eso en el Apocalipsis de Juan se dice que los cadáveres de esta humanidad muerta se dejarán

“en la plaza de la Gran Ciudad, que simbólicamente se llama Sodoma o Egipto, allí donde también su Señor fue crucificado.”(Ap 11: 8)

Lo dicho significa que los pecadores que no se arrepintieron, se quedarán fuera de la Vida. Y como la Vida, tirando por largo, está vinculada con el concepto “hombre”, lo mismo significa también la ausencia del hombre. En otros términos, *Sodoma* que simboliza la corrupción moral de la humanidad; igual que *Egipto* que simboliza la riqueza material de la civilización humana, su fuerza física y científica; igual que la *Babilonia* que simboliza la humanidad confundida por el gran número de las diferentes concepciones del mundo que se chocan y se contraponen entre sí, nunca se llenarán de Vida y, como predice el profeta Jeremías, en ellas nunca más vivirá el hombre.

“Cual la catástrofe de Sodoma y Gomorra y sus vecinas - dice Yahveh - donde no vive nadie, ni reside en ellas ser humano.” (Jr 49: 18)

Aquí se habla del mundo en el cual el Señor fue crucificado, del mundo carnal o físico, del cual se puede salvarse sólo después de “crucificar” su carne que lleva en sí misma todos los instintos desordenados y mortales. Este es el mundo ajeno al Señor Quién dijo: “no soy de este mundo”. El dicho mundo se ha llamado *Sodoma*, porque aunque el pecado de sodomía representa sólo una de las lujurias destructivas de la carne, simboliza a la vez toda la anormalidad de cualquier pecado para con tanto al objetivo de la Creación, que se cumpla en el día séptimo, como al aspecto que la humanidad (Adán)

5. Traducción del ruso. [«Ты сожг огнем и серою Содомлян, поступавших надменно, явно делавших зло, и поставил их в пример потомкам»] Vease: Библия (Синодальный перевод), 1983 Изд-во «Жизнь с Богом» Брюссель, 3 Кн.Маккавеев 2: 5.

tenía en el primer día antes de su caída -, a propósito, permitida por Dios para que el hombre pasando por todas las pruebas relacionadas con ella, elija concientemente la pureza y santidad que desde el principio fueron predestinadas para él. Pero mientras eso ocurra, el hombre, por el designio de Dios, debe vivir en un ambiente peligroso, mortífero e impropio a él. Y para que pueda sobrevivir en tales condiciones, el Señor lo transformó vistiéndolo en las “túnicas de piel”. Esas “túnicas de piel” sirven tanto para la prueba como para la defensa de su alma de todo tipo de daños. A la vez las mismas le dan un chance de salvación del que él podría aprovecharse, si desea, a fin de que su alma creada para la vida eterna no muera junto con su cuerpo mortal.

Así que, aunque sea chocante hasta para las personas más justas, quienes, sin embargo no se dan cuenta en la esencia y la escala de la caída humana, hay que reconocer que este mundo *es maldito* por la causa de la caída del hombre, como lo he dicho ya muchas veces. De esa maldición Dios dice directamente a Adán:

“Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, *maldito sea el suelo por tu causa*: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás.” (Gen 3: 17-19)

Jesucristo al venir en carne nos recordó esa verdad bien olvidada por entonces, cuando dijo:

“No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo - la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas - no viene del Padre, sino del mundo.” (1Jn 2: 15-16)

O cuando declaró:

“Mi Reino no es de este mundo.” (Jn 18: 36)

Y lo repitió en otro lugar diciendo:

“Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.” (Jn 8: 23)

Además, al sacrificar su cuerpo visible Él mostró al hombre el camino de la salvación de este mundo de las ilusiones rotas y de la vuelta al mundo de los vivos a través de la “crucifixión” de su carne, es decir, a través de la renuncia a las lujurias carnales y deseos vinculados con este mundo caído. Diciendo en otros términos, Él nos mostró que para alcanzar el mundo de los Vivos, es *necesario morir para los elementos de este mundo*. Como dice el apóstol,

“...los que son de Cristo Jesús, **han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias. Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu.**” (Gal 5: 24-25)

En relación con todo esto preguntémonos: ¿se puede decir que los clérigos que practican homosexualismo “crucificaron su carne con sus pasiones y sus apetencias”? ¿Si obran ellos y si viven, según el espíritu, cuando se dedican a la defensa de las exigencias homosexuales de su carne y a la implanta de su legitimidad en la conciencia

de los muchedumbres, cuando ignoran o malinterpretan los dichos de los apóstoles citados arriba? Pues el apóstol Pablo reprochando a los que creyéndose ser cristianos siguen siendo adeptos de los elementos terrenales y de la lógica terrenal, decía:

“Una vez que habéis muerto con Cristo a los elementos del mundo ¿por qué sujetaos, como si aún vivierais en el mundo” (Col 2: 20)

La misma pregunta podríamos hacer a los clérigos que practican homosexualismo y, como se ve, están muy “sujetos a los elementos del mundo”, porque no han “muerto con Cristo” y no quieren mortificar su carne, como lo exige el apóstol diciendo:

“mortificad vuestros miembros terrenos: fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y la codicia, que es una idolatría.” (Col 3: 5)

Ciertamente son idólatras, porque la idolatría no es otra cosa que el servicio a la carne. Pero ya que este mundo se caracteriza precisamente por el servicio a la carne, o al cuerpo externo, el apóstol, para que nadie lo confunda con el mundo Divino, marca que la enseñanza cristiana no es de este mundo:

“...os hago saber, hermanos, que **el Evangelio anunciado por mí, no es de orden humano**, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo. (...) Mas, cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles, al punto, **sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre.**” (Gal 1: 11-12, 15-16)

Con esta declaración él muestra también que los intereses de la sangre y de la carne, sobre los cuales está construido este mundo son contrarios a los intereses del Espíritu de Dios que recibieron los apóstoles, y que no se los puede confundir. Es por eso que el apóstol Pablo indica la presencia de dos espíritus principales: del espíritu de este mundo y del espíritu de Dios. En otro lugar bien distinguiéndolos él así repite la misma idea:

“Y nosotros **no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios**, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también **hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales. El hombre naturalmente** ⁶ **no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas.** En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo.” (1 Cor 2: 12-16)

Así que la Palabra de Dios no se entiende por la “sabiduría humana” orientada a la carne, como intenta hacer el hombre carnal (o natural), mientras que la sabiduría de Dios viene del Espíritu Divino. Por eso enseñándonos a discernir y distinguir a esos espíritus los apóstoles se dirigen sólo por “la mente de Cristo”.

“Las obras de la carne – dice el apóstol Pablo refiriéndose al espíritu de la carne - son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de

6. Aquí, según el sentido, sería más correcto traducir “el hombre *natural*”, ya que este se contrapone al “hombre de espíritu”

Dios. En cambio el fruto del Espíritu - continúa refiriéndose al Espíritu de Dios - es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley.” (Gal 5: 19-23)

o en otro lugar hablando del “fruto de la luz” que es el mismo fruto del Espíritu de Dios:

“el fruto de la luz – dice - consiste en toda bondad, justicia y verdad”. (Ef 5: 9)

Siendo atento a todo lo citado uno no logra entender, ¿cómo argumentan su pertenencia al cristianismo quienes a la Palabra de Dios contraponen las exigencias homosexuales (u otras) de su carne y aun más, cuando lo hacen los clérigos y obispos de la Iglesia que lleva el nombre de Jesucristo en tanto que el Señor exige *la santidad* de sus seguidores?

“Esta es la voluntad de Dios – dice el apóstol Pablo: - **vuestra santificación; que os alejéis de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa poseer su cuerpo con santidad y honor, y no dominado por la pasión, como hacen los gentiles que no conocen a Dios.**” (1 Tes 4: 3-5)

¿Cómo, entonces, ellos administran la Iglesia, cuando los apóstoles exigen de los eclesiásticos no tratarse con las personas que se quedan en la Iglesia sin arrepentirse de sus pecados y continuando pecar?

“Al escribiros en mi carta que no os relacionarais con los impuros, - explica el apóstol Pablo - no me refería a los impuros de este mundo en general o a los avaros, a ladrones o idólatras. De ser así, tendríais que salir del mundo. ¡No!, os escribí **que no os relacionarais con quien, llamándose hermano, es impuro, avaro, idólatra, ultrajador, borracho o ladrón. Con éstos ¡ni comer!** Pues ¿por que voy a juzgar yo a los de fuera? ¿No es a los de dentro a quienes vosotros juzgáis? A los de fuera Dios los juzgará. **¡Arrojad de entre vosotros al malvado!**” (1 Cor 5: 9-13)

Es sorprendente, que a pesar de estas y muchas más indicaciones del Señor y de los apóstoles, los que practican homosexualismo siguen insistiendo en sus derechos de ser sacerdotes de la Iglesia cristiana, hasta encabezarla y bendecir las uniones homosexuales. Es evidente que bajo el nombre de Jesucristo ellos construyen su propia iglesia, la iglesia del “hombre viejo” que, como marca el apóstol Pablo,

“se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias.” (Ef 4: 22)

Y lo hacen *a pesar de* la llamada del apóstol

“a despojar(se), en cuanto a (su) vida anterior, del hombre viejo” (Ef 4: 22),

a pesar de su advertencia que

“ningún fornicario o impuro o codicioso - que es ser idólatra - participará en la herencia del Reino de Cristo y de Dios.” (Ef 5: 5);

a pesar de lo que los cristianos, según él, están llamados a ser

“irreprochables e inocentes, hijos de Dios sin tacha en medio de una generación tortuosa y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo” (Flp 2: 14-15).

A pesar de todo esto ellos se obstinan a continuar viviendo, según las costumbres de la “generación tortuosa y perversa” y en lugar de ser antorchas en el mundo, lo hunden

más y más en la oscuridad de la ignorancia. Mientras tanto los apóstoles verdaderos renuncian a todo tipo de los instintos desordenados de la carne y así de los muertos se transforman a los vivos.

“Y a vosotros – dice el apóstol Pablo - **que estabais muertos en vuestros delitos y pecados**, en los cuales vivisteis en otro tiempo según el proceder de este mundo, según el Príncipe del imperio del aire, el Espíritu que actúa en los rebeldes... entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo en medio de las concupiscencias de nuestra carne, siguiendo las apetencias de la carne y de los malos pensamientos, destinados por naturaleza, como los demás, a la Cólera... Pero Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos ama, estando muertos a causa de nuestros delitos, **nos vivificó juntamente con Cristo** - por gracia habéis sido salvados - y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios.” (Ef 2: 1-8)

De esas palabras del apóstol sigue la conclusión, que los sacerdotes que practican homosexualismo, siguen siendo “muertos a causa de sus delitos”; que ellos no reconocieron el sacrificio de Cristo o no lo entendieron; que viven, “según el Príncipe del imperio del aire, el Espíritu que actúa en los rebeldes” y no según Jesucristo, y por eso no son “vivificados juntamente con Cristo”. Y aunque, como he dicho, tienen un chance de salvación que consiste en la abstención de las lujurias, lo que hacen es sólo intentan a consolidar su pecado en la Iglesia.

Sin embargo, hay que marcar nuevamente que todo lo dicho no se trata sólo a los que practican homosexualismo, sino a todos los pecadores, sea cual sea su pecado, pues todos han llamados a la santidad y abstención. El humanitarismo del hombre en su sentido alto se manifiesta justamente con el aferrarse a la adquisición del poder sobre sí mismo, sobre su cuerpo, con el sometimiento de su cuerpo a la razón Divina. **La gracia salvadora de Cristo sólo entonces toca al hombre, cuando él, reconociendo sus pecados y arrepintiéndose de ellos deja de pecar**, ya que Jesús tomó en sí Mismo sólo aquellos pecados que uno comete antes de conocerlo a Él y su Palabra. “Vete, y en adelante no peques más”, dice Él a todos, cuyos pecados subió consigo a la cruz. Pero si el hombre insiste en sus concupiscencias aun después de conocerlo a Él y su Palabra, entonces, como dice el apóstol,

“más les hubiera valido no haber conocido el camino de la justicia que, una vez conocido, volverse atrás del santo precepto que le fue transmitido. Les ha sucedido lo de aquel proverbio tan cierto: «el perro vuelve a su vómito» y «la puerca lavada, a revolcarse en el cieno».” (2P 2: 21-22)

Al portarse así, el hombre de hecho anula para sí mismo el significado del sacrificio del Señor y por eso su gracia salvadora no le concierne, él deja de ser un seguidor del Señor, incluso si de palabra se denomina cristiano. Pues el cristiano en esencia es un pecador transformado o vivificado. Precisamente como tales se reconocieron a sí mismos también los apóstoles.

“También nosotros – dice el apóstol Pablo - **fuimos en algún tiempo insensatos, desobedientes**, descarriados, esclavos de toda suerte de pasiones y placeres, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y aborreciéndonos unos a otros. **Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó**, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por

medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna.” (Tito 3: 3-7)

Todos nosotros fuimos antaño “esclavos de toda suerte de pasiones y placeres”, pero al conocer a Cristo comenzamos a odiar el pecado, pues pecar significa obrar contra la Ley de la Vida establecida por Dios. Uno no puede decir que cree en el Creador y al mismo tiempo no obedecer a su Ley. De esto se concluye que para salvarse es necesario ahondarse en la Palabra de Dios, buscar su esencia y de ningún modo ajustarla a las exigencias de la carne. Sólo la Palabra (Jesucristo) de la mente Suprema (del Padre) puede salvar al hombre, porque ella es el pan verdadero de su Vida.

“No seáis insensatos, - dice el apóstol, - sino comprended cuál es la voluntad de Señor. No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor.” (Ef 5: 17-19)

Pero no se puede “cantar y salmodiar en corazón al Señor”, sin entender la esencia de su Palabra. Mas cuando la misma se hace el patrimonio del hombre, entonces cualquier palabra que él pronuncie y cualquier acción que realice sería un “cantar y salmodiar al Señor”.

Lamentablemente, un gran número de los sacerdotes llamados por el Cristo a llevar a los cristianos *no por el camino de este mundo, sino contra él*, los llevan contrariamente por el camino de este mundo y no contra él, porque no entienden del todo la esencia de la Palabra del Señor, porque, además de un conocimiento superficial de los Evangelios, del catequesis y de algunos salmos, muy poco es que saben y lo más triste es que no quieren saber. Siendo llevados por el espíritu de la carne, ellos constantemente caen en el cepo que esta les pone. Y a pesar de la ausencia de la fuerza que necesitan para un buen servicio, llegan a ser “sacerdotes” totalmente ignorando, de hecho, que los apóstoles insisten en lo que los servidores de Cristo deben ser intachables:

“El episcopo, **como administrador de Dios, debe ser irreprochable** – dice el apóstol Pablo; - no arrogante, no colérico, no bebedor, no violento, no dado a negocios sucios; sino hospitalario, amigo del bien, sensato, justo, piadoso, **dueño de sí. Que esté adherido a la palabra fiel, conforme a la enseñanza, para que sea capaz de exhortar con la sana doctrina** y refutar a los que contradicen.” (Tito 1: 7-9)

Pero ¿acaso sería “capaz de exhortar con la sana doctrina” un sacerdote que no se profundiza en la esencia de la Palabra de Dios? ¿Cómo puede servir a Dios, si él, al contrario, duda de la sana doctrina *como de la doctrina disconforme con las realidades de este mundo* o simplemente no la acepta y en vez de “refutar a los que la contradicen”, prefiere apoyarlos o, en el mejor caso, callar confundido por la falta del entendimiento? ¿Cómo uno puede servir a Dios, si oponiéndose a la llamada del apóstol Pablo a “despojarse de las obras de las tinieblas y revestirse de las armas de la luz”, intenta, al contrario, justificar su devoción a “lujurias y desenfrenos” y los cuidados de la carne convierte en las preocupaciones “para satisfacer sus concupiscencias” (Rom 13: 12-14)?

La abstención que el Señor exige de los sacerdotes, es insoportable para tales y hasta escandaloso, pues no perciben *que* están llamados a salir de la esclavitud mortal de la carne; *que* el que anda tras el mundo, anda contra Dios y por eso, como dijo el Salvador, “el amor del Padre no está en él”. Ellos no quieren reconocer que su unción, igual que cualquier otra, exige privaciones:

“Los atletas se privan de todo, - dice el apóstol Pablo; - y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Así pues, **yo corro, no como a la ventura**; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, sino **que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo**; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado.” (1 Cor 9: 25-27)

Aquí el apóstol Pablo destaca que su unción consiste en las acciones impropias a este mundo, es decir, en la privación de todo y en la esclavización de su cuerpo, sin las cuales no se puede conseguir la salida del estado de maldición, en el cual mantienen al hombre justamente las concupiscencias de su carne.

Lo mismo repite también el apóstol Pedro diciendo:

“Pues su divino poder nos ha concedido cuanto se refiere a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento perfecto del que nos ha llamado por su propia gloria y virtud, por medio de las cuales nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina, **huyendo de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia.**” (2 P 1: 3-4)

Entonces, ¿Cuál es el objetivo de los sacerdotes que practican homosexualismo y lesbianismo o de los adeptos de otras lujurias: huir “de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia” o vivir en esta corrupción?

Cada uno hace su propia elección. Y si esta elección contradice a la enseñanza de Jesucristo y de los apóstoles, entonces que llame su “iglesia” como quiere, excepto cristiana. Tales “sacerdotes” hacen recordar las palabras de uno de los himnos de Qumrán, cuyo autor al describir, de hecho, el estado de las iglesias encabezadas precisamente por los semejantes apóstoles falsos decía a Dios:

“...los proyectos de Belial son de réprobos. Ellos son simplemente calculadores. Cuando te buscan es por su interés, no por tu verdad. Sus planes brotan de una raíz de absintio y de veneno. Arrastrados por la dureza de su corazón, caminan a tontas. Pretenden encontrarte en medio de sus ídolos. Continúan tomando como guía justamente lo que ya los está llevando a la ruina. Pretenden encontrarte guiándose por la palabra de los profetas de mentira, de esos que no hacen otra cosa que proferir desvaríos, con labios balbuceantes, en una lengua extranjera. Hablan a tu pueblo; **pretenden con su astucia desvalorizar tus gestas. No quisieran oír tu voz ni dar oídos a tu palabra. Frente a la evidencia dijeron: ¡No es cierto! De tu camino patente [afirmaron]: ¡No es así!** ¿Qué respuesta les darás, mi Dios? Con tu poder los castigarás, sus crímenes e idolatrías recibirán su merecido, en sus propias trampas caerán.” (Himnos de Qumrán 8: Col IV: 12-18)⁷

Además contra lo mismo advierten asimismo los apóstoles, con cuyas palabras respecto a los últimos tiempos concluyo este capítulo.

“Ten presente que en los últimos días sobrevendrán momentos difíciles; los hombres serán egoístas, avaros, fanfarrones, soberbios, difamadores, rebeldes a los padres, ingratos, irreligiosos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, disolutos, despiadados, enemigos del bien, traidores, temerarios, infatuados, **más amantes de los placeres que de Dios, que tendrán la apariencia de piedad, pero desmentirán su eficacia.** Guárdate también de ellos. A éstos pertenecen esos que se introducen en las casas y conquistan a mujerzuelas cargadas de pecados y agitadas por toda clase de pasiones, **que siempre están aprendiendo y no son capaces de llegar al pleno conocimiento de la verdad. Del mismo modo que Jannés y Jambrés se**

7. <http://antepasadosnuestros.blogspot.com.ar/2009/05/los-himnos-de-qumran-1qh-qumran.html>

enfrentaron a Moisés, así también estos se oponen a la verdad; son hombres de mente corrompida, descalificados en la fe. Pero no progresarán más, porque su insensatez quedará patente a todos, como sucedió con la de aquéllos.” (2 Tim 3: 1-9)

Al índice

Acerca del «mataj» que se practica en la Iglesia Apostólica Armenia

*Al Angel de la Iglesia de Pérgamo escribe: ... Sé dónde vives: donde está el trono de Satanás. Eres fiel a mi nombre y no has renegado de mi fe... Pero tengo alguna cosa contra ti: mantienes ahí algunos que sostienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balaq a poner tropiezos a los hijos de Israel **para que comieran carnes inmoladas a los ídolos**....Así tú también mantienes algunos que sostienen la doctrina de los nicolaítas. Arrepíentete, pues; si no, iré pronto donde ti y lucharé contra éstos con la espada de mi boca.¹*

(Ap 2: 12-16)

Ya son casi 2000 años que la Iglesia Apostólica armenia propaga dentro de su pueblo la Palabra de Jesucristo y gracias a ella la Palabra y su ley moral definieron la concepción del mundo de muchos de los armenios. Pero las afecciones tocaron también a ella. Además de las que padecen la Iglesia Católica y la Ortodoxa, le es propia a ella una confusión más, muy típica, la que es responsables del estado medio cristiano y medio pagano de la mayor parte del pueblo armenio. Esa confusión es el sacrificio de los animales, o el así llamado “mataj”. Hoy corriendo, como siempre, el riesgo de exponerme a los ataques de los clérigos armenios, pero confiando firmemente tanto en la certeza de la Palabra del Señor como en su misericordia, vuelvo a este tema no con el fin de dañar a la Iglesia, sino para intentar a sanarla recurriendo a la razón y al corazón de sus autoridades.

El “Mataj”, o el sacrificio de los animales, es una vetusta tradición del pueblo armenio que, como se cree, viene desde los tiempos del Antiguo Testamento. A menudo se hace directamente en el patio de la iglesia, donde hasta existe un lugar especialmente adaptado para este procedimiento. Los eclesiásticos armenios lo explican como una de las particularidades de la Iglesia Apostólica armenia, cuyo sentido principal ven en **la donación del animal al Señor y en la misericordia con los pobres** (porque, según la costumbre, la carne del animal sacrificado se distribuye entre los pobres). Y a pesar de que las Iglesias hermanas consideren el “mataj” como un resto del judaísmo, del paganismo y de la barbarie, la Iglesia armenia sigue insistiendo en lo que el “mataj” es una costumbre profundamente humana y cristiana de su pueblo, que permite a los creyentes expresar su amor a Dios y demostrar la misericordia ayudando a los pobres. Justificándolo por los relatos bíblicos acerca de los sacrificios hechos por Abel, Noé, Abrahán, Isaac y otros patriarcas, eclesiásticos armenios alegan incluso de Jesucristo, Quien, como dicen, **durante la Cena comió la carne del cordero pascual, en la que ven el mismo “mataj” preceptado por Moisés.**²

En fin, como vemos, el “mataj” se presenta como una “donación al Señor”.

Pero veremos, ¿si quiere el Señor semejantes donaciones?

En otra ocasión ya he escrito que el Señor aun por la boca de los profetas había

¹ Las citas bíblicas corresponden a: *Biblia de Jerusalén. Nueva edición revisada y aumentada* (Bilbao: 1998). Aquí y en todas las citas bíblicas la negrita es mía.

² Dr. de Teología, obispo Eznik Petrosian “Santa Iglesia apostólica Armenia”, Diócesis de la Iglesia apostólica armenia del Sur de Rusia, Krasnodar, 1998, parte III, cap. II, párrafo 8 (en ruso: Др. Богословия, епископ Езник Петросян «Святая Армянская Апостольская Церковь» Южно-русская епархия Армянской Апостольской церкви, Краснодар, 1998, часть III, гл. II, § 8)

manifestado la deformación del concepto de los sacrificios en la conciencia de los hombres:

“Aunque yo escriba para él las excelencias de mi ley”, decía Él a través del profeta Oseas, “por cosa extraña se las considera. Ya pueden ofrecer sacrificios en mi honor, y comerse la carne! **Yahveh no los acepta**” (Os 8: 12-13).

Así el Señor nos dice directamente que no acepta los sacrificios sangrientos. Y lo repite por la boca del profeta Isaías diciendo:

“¿A mí qué, tanto sacrificio vuestro? - dice Yahveh. - **Harto estoy de holocaustos de carneros y de sebo de cebones; y sangre de novillos y machos cabríos no me agrada, cuando venís a presentaros ante mí. ¿Quién ha solicitado de vosotros esa pateadura de mis atrios?** No sigáis trayendo oblación vana: el humo del incienso me resulta detestable. Novilunio, sábado, convocatoria: no tolero falsedad y solemnidad. Vuestros novilunios y solemnidades aborrece mi alma: me han resultado un gravamen que me cuesta llevar. Y al extender vosotros vuestras palmas, me tapo los ojos por no veros. Aunque menudeéis la plegaria, yo no oigo. **Vuestras manos están de sangre llenas**” (Is 1: 11-15).

En las palabras citadas el Señor expresa toda la repugnancia que le causan esos sacrificios sangrientos, mientras que por la boca del profeta Jeremías una vez más confirma que nunca los preceptuó:

“Así dice Yahveh Sebaot, el Dios de Israel”, leemos en el libro del profeta. “**Añadid vuestros holocaustos a vuestros sacrificios y comeos la carne. Que cuando yo saqué a vuestros padres del país de Egipto, no les hablé ni les mandé nada tocante a holocausto y sacrificio**” (Jer 7: 21-22).

Es decir, en el día, cuando el Señor sacó a sus hijos del Egipto, no les mandó a hacer sacrificios sangrientos. Y aun más, en otro lugar muestra al hombre lo absurdo de sus holocaustos y ofrecimientos carnales, diciendo:

“No tengo que tomar novillo de tu casa, ni machos cabríos de tus apriscos. **«Pues más son todas las fieras** de la selva, las bestias en los montes a millares; conozco todas las aves de los cielos, **más son** las bestias de los campos. **«Si hambre tuviera, no habría de decírtelo, porque mío es el orbe y cuanto encierra. ¿Es que voy a comer carne de toros, o a beber sangre de machos cabríos?»**” (Salm 50: 9-13)

Ciertamente, ¿acaso todo lo que hay en el mundo y lo que el hombre ofrece a Dios no le pertenece al Creador? ¿Acaso necesita nuestro Señor que el hombre le ofrezca lo que no le pertenece, sino pertenece al Señor mismo? ¿Acaso creó Dios a todo animal para alimentarse con su carne y beber su sangre?

Lo que el Señor quiere, lo aclara El Mismo por la boca de los profetas.

“**Yo quiero amor, no sacrificio**”, dice El por la boca del profeta Oseas, “**conocimiento de Dios, más que holocaustos**” (Os 6: 6). Y cuando el profeta Miqueas pregunta a sí mismo: “- « ¿Con qué me presentaré yo a Yahveh, me inclinaré ante el Dios de lo alto? ¿Me presentaré con holocaustos, con becerros anales? ¿Aceptará Yahveh miles de carneros, miríadas de torrentes de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi delito, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?»”, - el Señor le responde: “- **«Se te ha declarado, hombre, lo que es bueno, lo que Yahveh de ti reclama: tan sólo practicar la equidad, amar la piedad y caminar humildemente con tu Dios.»**” (Miq 6: 6-8).

Lo mismo confirma por la boca del profeta Isaías:

“**Lavaos, limpios,**” dice, “**quitad vuestras fechorías de delante de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda. Venid, pues, y disputemos** - dice Yahveh -: Así fueren vuestros pecados como la grana, cual la nieve

blanquearán. Y así fueren rojos como el carmesí, cual la lana quedarán. **Si aceptáis obedecer, lo bueno de la tierra comeréis. Pero si rehusando os oponéis, por la espada seréis devorados**, que ha hablado la boca de Yahveh.” (Is 1: 16-20)

De los fragmentos presentados se queda claro que el Señor quiere sacrificios espirituales y el cumplimiento de sus preceptos y no los ofrecimientos carnales. Se ve también que los sacrificios mencionados en la Biblia “desde los tiempos de Abel, Noe, Abrahán, Isaac y otros patriarcas” fueron malentendidos, pues se consideraron y siguen considerándose, según la carne y no según el espíritu. Mientras tanto los mismos se referían a los sacrificios de los instintos animales del hombre, propios a su carne.

Las siguientes palabras del profeta Ezequiel - que también he citado en otra oportunidad - representan un ejemplo que claramente confirma el sentido alegórico de los sacrificios sangrientos: “Ofrecerás cada día en holocausto a Yahveh un cordero de un año sin defecto: lo ofrecerás cada mañana.” (Ez 46: 13).

Dejando al lado el precepto de Dios “no mataras” que se refiere a cada ser vivo - incluso a los animales que en la Biblia se llaman, igual que el hombre, “seres vivos” -, prestemos atención al hecho que nadie puede diariamente ofrecer en holocausto un cordero añal y, además, sin algún defecto. Pues el año tiene 365 días, lo que significa que el creyente 365 días seguidos debería tener a tal cordero, siempre añal y siempre sin defecto. Pero esto es imposible, incluso si dejemos al lado la estricta periodicidad de la reproducción de los animales y el bienestar desigual de los hombres. De ahí se hace evidente que los preceptos de Moisés respecto a los holocaustos y sacrificios se entienden mal y que en realidad se refieren a la liberación de los instintos carnales desordenados y malos pensamientos. Desde este punto de vista se ve que las palabras citadas significan que el Señor quiere todos los 365 días del año ver al hombre tan puro como es un cordero añal y sin defecto, lo que puede suceder sólo, si el hombre diariamente queme en si mismo cualquier pensamiento impuro y ahogue toda tentativa pecaminosa.

A la vez con eso se hacen comprensibles también las siguientes palabras de Jesucristo dirigidas al Padre Celestial, que nos transmite el apóstol Pablo:

“Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo - pues de mí está escrito en el rollo del libro - a hacer, oh Dios, tu voluntad!” (Hb 10: 4-7; Sal 40: 7-9).

Significa que el único sacrificio que el Señor quiso, es aquel que hizo Él Mismo, el sacrificio de la propia carne. Como nos informa el apóstol Pablo, la carne del Señor, siendo santa, era sólo “semejante a la del pecado” y su sacrificio fue para la condenación “del pecado en la carne” (Rom 8: 3), es decir, del egoísmo de la carne, de sus instintos desordenados y de sus pensamientos depravados. Por eso el mismo apóstol consideraba los sacrificios de los animales como una manifestación del paganismo, un sacrificio que se hace para los demonios, mientras que su consumo igualaba a la comunión con los demonios:

“Fijaos”, decía, “en el Israel según la carne. Los que comen de las víctimas ¿no están acaso en comunión con el altar? ¿Qué digo, pues? ¿Que lo inmolado a los ídolos es algo? O ¿que los ídolos son algo? Pero si lo que inmolan los gentiles, ¡lo inmolan a los demonios y no a Dios! Y yo no quiero que entréis en comunión con los demonios. No podéis beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios.” (1 Cor 10: 18-21). Y en otro lugar:

“Mas si alguien os dice: «Esto ha sido ofrecido en sacrificio», no lo comáis, a causa del que lo advirtió y por motivos de conciencia.” (1 Cor 10: 28).

Se resulta que las autoridades eclesiásticas armenias ignoran esas palabras del apóstol, que, además, atestiguan lo absurdo de la afirmación que el Señor había comido la carne del cordero pascual.

Efectivamente, se sabe que durante la Cena en lugar del cordero pascual Jesús ofreció a Sí Mismo, cuando “tomó ...pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo.» Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: «Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados.” (Mt 26: 26-28).

Pero ¿cómo se puede comulgar al mismo tiempo a Dios y a los demonios?

Mas aun, afirmar que Jesús “comió la carne del cordero pascual”, **significa perder de vista la esencia de su sacrificio** que consistía también en lo que el cordero Pascual fue Él Mismo y no la carne del animal inmolado. Y cuando dijo “Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer” (Lc 22: 15), se refería a esa nueva Pascua que Él propuso y a la víspera de la cual en lugar del cordero sería sacrificado Él Mismo. En cuanto al comer su “carne”, significa comer el Pan de la Vida que es la Palabra del Señor.

De este modo Jesús advirtió que nadie debe comer la carne del animal sacrificado, **pues Él lo cambió por Sí Mismo. Él Mismo era el Cordero. Y continuar hacer sacrificios del cordero o de algún otro animal significaría anular el sacrificio hecho por el Señor.** Justamente por eso el apóstol dice:

“Purificaos de la levadura vieja, para ser masa nueva; pues sois ázimos. Porque nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado.” (1 Cor 5: 7).

Esas palabras atestiguan que al permitir los sacrificios animales la Iglesia armenia usa la “vieja levadura” y así no deja que aquellos parroquianos que acuden a los sacrificios de los animales, sean una “masa nueva”.

Pero la monstruosidad de tales sacrificios se revela también en el hecho que los que lo hacen, con la sangre del animal sacrificado dibujan la cruz del Señor en la frente de los invitados creyendo que de tal forma señalan la bendición de Dios. Entonces, a causa de la ignorancia de los preceptos del Señor presentados arriba, la sangre del Salvador nuevamente se cambia por la sangre del animal.

Este hecho también se condiciona por el mencionado convencimiento que Jesús había comido la carne del cordero pascual. Pero recordemos que el Señor no vivió hasta la Pascua y por eso tampoco podría comerla. Él fue crucificado en el viernes anterior a la Pascua, mientras que la Cena tuvo lugar en el jueves. Lo dice el apóstol Juan en su Evangelio que relata los acontecimientos relacionados con los últimos días de la vida terrenal del Señor más sucesivamente y claro que lo hacen los otros Evangelios. En él leemos:

“como era el día de la Preparación, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado - porque aquel sábado era muy solemne - rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y los retiraran.” (Jn 19: 30-35).

Así, el “mataj”, es decir, el derramamiento de la sangre de los animales, no se justifica por la misericordia con los pobres. Deseando agradar al Señor el hombre puede compartir con los pobres todo lo que tiene, pero sin derramar la sangre.

Por supuesto, los eclesiásticos armenios saben todo esto, pero no le dan mucha importancia como si “considerándolo por cosa extraña” (Os 8: 12). En resultados, aquellos que hacen semejantes sacrificios, sin darse cuenta desvalorizan el sacrificio de Jesús y entran en comunión con los demonios.

Es obvio que tales sacrificios sólo alejan de Jesucristo y, además, no enseñan respetar la vida. Al contrario, los mismos fomentan la crueldad, dureza del corazón, indiferencia

y la total arbitrariedad de la conducta, las que después se revelan también en las relaciones mutuas de los hombres.

Viendo todo esto me pregunto: ¿hasta cuando la Iglesia Armenia seguirá contraponiendo su voluntad a la de Dios? Cuando se repondrá y dejara, por fin, de conformarse con las demandas de la gente ignorante? ¿Cuándo encontrará en si misma el valor de terminar con esos vestigios paganos del pasado que entuban la esencia del sacrificio de nuestro Salvador? ¿Cuando hará que este sacrificio sea accesible para la comprensión del simple parroquiano?, quien ahora no entiende lo que hace y creyendo ser cristiano, sigue siendo el mismo pagano inconsciente que era antes de la llegada de Jesucristo.

Quizás, su transformación cambiaría algo en el destino trágico del pueblo armenio.

Al índice

Contrariedades en la enseñanza del San Serafín Sarovski y el monacato ortodoxo moderno.

Reflexiones alrededor de la predicación pronunciada por el archimandrita Jonás de Odesa¹

Entre las confesiones cristianas la ortodoxa es aquella, cuya enseñanza parece más auténtica. Gracias a ella, nació la imagen piadosa de Rusia, tan querida por todos los cristianos rusos y no rusos. En esta imagen se fundió una fe apasionada llena de virtud y bondad. Pero, lamentablemente, la dicha imagen en realidad se manifiesta muy raramente, pues proclamando el amor cristiano, la Iglesia ortodoxa no lo siente del todo. Su falta se revela en una acentuada hostilidad hacia los representantes de otras confesiones cristianas, a los que ella ni siquiera considera como sus hermanos en Cristo. Mientras tanto se sabe que la pertenencia a Jesucristo supone el amor a Dios y a sus creaturas, pues fue precisamente el amor que nos legó el Salvador —el amor a Dios, al prójimo e incluso a los enemigos de los cuales dijo:

“Amad a vuestros enemigos” (Mt 5: 44)².

Él Mismo dos veces manifestó tal amor. La primera vez, es cuando dijo a Pedro que había sacado su espada para protegerlo:

“Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñen espada, a espada perecerán.” (Mt 26: 52).

Y la segunda vez, es cuando pedía al Padre Celestial respecto a sus torturadores:

“Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.” (Lc 23: 34)

Así es el amor de Dios y así es el amor que Él quiere de nosotros. **Mas los que creemos pertenecer a Jesucristo no sólo no hemos aprendido a amar a los enemigos del Señor, sino tampoco conseguimos amar a sus amigos.** - Tales eran los pensamientos que me invadieron después de escuchar en Youtube el sermón del archimandrita Jonás de Odesa, ahora fallecido, o el testimonio de Elena, “la sierva de Dios, psicóloga”, filmado por la bendición del obispo Diomid de Anadyr y Chukotka, y otras semejantes declaraciones que manifiestan el desamor de muchos de los ortodoxos hacia los cristianos de otras confesiones. El archimandrita Jonás, por ejemplo, a todos los cristianos no ortodoxos reúne bajo el concepto hostil del “occidente”, contraponiéndolo sólo a los *hebreos y eslavos* que, según él, son los únicos que merecen la salvación, - ¡como si la salvación se definiera por la carne! Pero el problema no es que él crea así, sino que tal convención sea muy común entre los monjes y sacerdotes ortodoxos, la que, además, no sea una casualidad. Pues semejantes ideas fueron expresadas aun por el San Serafín Sarovski, un eremita canonizado por la Iglesia

1. <http://www.youtube.com/watch?v=UYK0XZ4hiAI>

2. Todas las citas bíblicas sin indicación de la versión pertenecen a la Biblia de Jerusalén.

ortodoxa rusa.³ A juzgar por las memorias de Motovilov,⁴ quién anotó sus conversaciones con Sarovski, el santo dijo todavía con más “aspereza”:

Los **hebreos y los eslavos** son los dos pueblos de los destinos divinos, los recipientes y testigos del Señor, sus arcas incorruptibles, mientras que **los demás pueblos son como la saliva que el Señor escupe de su boca** [Las negritas son mías].⁵

De ahí Elena, “la sierva de Dios”, presidida por los monjes ortodoxos, manda al infierno a todos los cristianos no ortodoxos que en su imaginación forman el “occidente”, pues la mencionada idea se ha arraigado muy profundamente en la conciencia de muchos de los parroquianos ortodoxos.

Uno quisiera preguntarles, ¿si a esa “saliva que el Señor escupe de su boca” al infierno se refieren también tales occidentales, como *Mozart*, *el autor del “Réquiem”*, cuya fuerza salvadora hasta hoy eleva las almas de los hombres hacia Dios, incluso las almas de los cristianos ortodoxos; como *Bach con sus inspiradísimas cantatas*, sobre las cuales se educaron generaciones enteras de los cristianos, incluso de los ortodoxos; como *Pergolesi que escribió el Stabat Mater de una fuerza increíble*, - todos son católicos, - y muchos otros junto con los habitantes del “occidente”, transformados por la Iglesia Católica o Protestante, los que en su vida siempre se dirigían y se dirigen por el amor a Jesucristo venido en carne? Así ¡todo el “occidente” es medido con el mismo rasero, sin hacer diferencia y sólo porque no es ortodoxo y, hay que pensar que, según ellos, no representa ni a los hebreos, ni a los eslavos! Con esto -ya sin hablar del hecho que en la Sagrada Escritura figura sólo el nombre de los hebreos, a los cuales, a propósito, los monjes ortodoxos entienden, según la carne- los mismos no se dan cuenta en lo que son víctimas de un engaño estratégico y que “juzgan” a pesar del siguiente legado del Señor:

No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis se os medirá. ¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu ojo? ¿O cómo vas a decir a tu hermano: “Deja que te saque la brizna del ojo”, teniendo la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano. (Mt 7: 1-5) o

Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra (Jn 8: 7).

Tan celosamente contando briznas en los ojos de sus hermanos en Cristo y tirando piedras contra ellos ¿acaso piensan los monjes ortodoxos que son inocentes,

3. Sería justo decir que el Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa durante un largo tiempo no quería canonizar al eremita Sarovski, pero al final lo hizo cediendo a la voluntad del emperador ruso Nicolás II. Sobre la historia de la canonización del eremita se puede leer en el artículo de S.L. Firsov. El problema de la superación del mediastino. –Véase: Las celebraciones de Sarovskiy del año 1903. Informe en la V conferencia histórica de Sarovskiy, dedicada al centenario de la canonización del San Serafín Sarovskiy [С. Л. Фирсов, Санкт-Петербург ПРОБЛЕМА ПРЕОДОЛЕНИЯ «СРЕДОСТЕНИЯ»: САРОВСКИЕ ТОРЖЕСТВА 1903 ГОДА. Доклад на V-й Саровской исторической конференции, посвященной 100-летию канонизации преподобного Серафима Саровского. 2003 г]

4. Motovilov Nikolay Aleksandrovich (1809 — 1879), un príncipe y hacendado ruso que anotó las conversaciones del padre Serafím Sároovski.

5. «Евреи и славяне суть два народа судеб Божих, сосуды и свидетели Его, ковчеги нерушимые; прочие же народы как бы слюна, которую извергает Господь из уст Своих» (См. Великая Дивеевская тайна. (Антихрист и Россия) - Приложение ко второму тому книги "Неизвестный Нилус". - Издание Православный паломник", М. 1995, стр.429-433. – El gran secreto de Diveev (Anticristo y Rusia)

despreciando, además, la siguiente enseñanza del Señor?:

Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal; pero el que llame a su hermano "imbécil", será reo ante el Sanedrín; y el que le llame "renegado", será reo de la gehenna de fuego. Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda (Mt 5: 22-24)

o la de los apóstoles:

Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él” (1 Jn 3: 15) y “Si alguno dice: ‘Amo a Dios’, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn 4: 20).

No obstante, en Rusia a menudo se puede observar la reacción negativa de no pocos parroquianos ortodoxos, envenenados por esas ideas, ante la entrada en la Iglesia ortodoxa de los representantes de otras confesiones cristianas y su incapacidad de entender que **el que también adora a Jesucristo venido en carne no puede considerarse como representante de otra religión.**

Parece que el desamor de tales “ortodoxos” hacia sus occidentales hermanos en Cristo, su acusación a ellos en todos los males se debe al hecho que con los santos sentimientos de los monjes se mezclan las pasiones carnales – y eso a pesar de las aclaraciones del apóstol Santiago quién dijo al respecto:

¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones que luchan en vuestros miembros? ¿Codiciáis y no poseéis? Matáis. ¿Envidiáis y no podéis conseguir? Combatís y hacéis la guerra. No tenéis porque no pedís. Pedís y no recibís porque pedís mal, con la intención de malgastarlo en vuestras pasiones (Stg 4: 1-3).

Parece que el Señor se refirió a ellos, cuando dijo por la boca del profeta Oseas:

Aunque yo escriba para él las excelencias de mi ley, por cosa extraña se las considera (Os 8: 12),

porque malinterpretan los preceptos del Señor, o mejor dicho, interpretan, según la carne y no según el espíritu. Pero lo que más sorprende, es que así, según la carne, juzgan precisamente los ortodoxos que creen que su confesión es la más espiritual – y, hay que admitir que en cierto sentido es así, porque, como he dicho en otra oportunidad, si la enseñanza de la Iglesia católica revela más el aspecto humano de Jesucristo, la ortodoxa, al contrario, se concentra más en su aspecto divino, - aunque en esencia ambas iglesias completan una a otra, ya que cada una de ellas acepta que Jesús reúne en Sí Mismo tanto a Dios como al hombre, es decir, lo divino y lo humano.

Pero elevando unas razas carnales y humillando las otras, los monjes ortodoxos descubren en si mismos al “hombre viejo” y olvidan, primero, que, según el apóstol Pablo, para los que

“se despojaron del hombre viejo con sus obras” y se revistieron “del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su

Creador”, “no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos”,

y, segundo, el llamado de desechar toda

“cólera, ira, maldad, maledicencia y palabras groseras”, de no “mentir unos a otros”; de revestirse según los “elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, de soportarse unos a otros y perdonarse mutuamente, si alguno tiene queja contra otro,” como lo hizo el Señor. (Col 3: 8-13)

Esas palabras del apóstol evidencian que cuando aquél que se considera cristiano, tiene una idea preconcebida acerca de los otros pueblos o razas, no es aún un “*hombre nuevo*”, ya que no despojó todavía del “*hombre viejo con sus obras*” y, consiguientemente, no es en esencia un cristiano.

Pero hay que notar que ese egoísmo racial no sólo es propio a la ortodoxia rusa, sino también a la griega que, sin embargo, a diferencia de la rusa cree que Dios ama sólo a los griegos y no a los eslavos, como creen Serafím Sárovski y sus partidarios. Hay muchos testimonios de la altanería griega. Citaré sólo uno de ellos que pertenece al sacerdote ruso Dmitriy Poznanskiy, el autor del artículo “Sobre el etnofiletismo⁶ de los griegos”, donde escribe:

La jerarquía griega estimaba altamente ya sólo el hecho que es ninguna otra, sino la helénica. El helenismo le parecía un sinónimo de la “nobleza” y de la “libertad”. Grecia le parecía “un país luminoso y noble”, el hogar de las “ideas elevadas plenamente accesibles sólo a los griegos”. Filhelenos⁷ reconocían como lengua cultural sólo la griega, la instrucción entendían sólo en la forma de la escuela griega y del libro griego (...) hasta parecía que *querían identificar el concepto del hombre con el griego*.⁸

Se ve, entonces, que para los griegos tampoco podría ser ajeno el pensar que “los recipientes del Señor” son sólo los griegos. Con todo, ni los griegos ortodoxos, ni los eslavos ortodoxos no admiten que caen en una verdadera *autoadmiración pagana* que revela su interpretación alterada de la Palabra de Dios. Y se puede decir que fue precisamente por la misma autoadmiración que el San Serafím Sárovski en lugar de aprender la verdad de Dios a través del texto bíblico, buscó en el algo suyo -por ejemplo, su país- y por eso hasta alteró el sentido del fragmento bíblico referido a Gog y Magog, a quienes convirtió en su imaginación de las fuerzas hostiles a Dios en las fuerzas elegidas por Dios. Y lo hizo sólo porque en Gog a quién la Biblia define como el “*príncipe de Ros*” (Ez 39: 1- Septuaginta) quiso ver al rey de Rusia y de todos los eslavos. Exaltado por el egoísmo racial, él santo, particularmente, en su profecía sobre

6-7. Del griego.: ἔθνος + φιλία – pueblo, linaje, tribu y amor. Es decir; amor al pueblo, etc. Lo mismo se puede decir de la palabra “filhelenos” que es un término ruso que significa lo mismo, pero más especificado y referido a los helenos.

8. «Греческая иерархия высоко ставила одно то уже, что она никакая другая, а именно эллинская. Эллинизм ей представлялось синонимом “благородства” и “свободы.” Греция ей представлялась “светлой и благородной страной”, очагом “возвышенных идей, вполне доступных только грекам”. Филэллы признавали культурным языком только греческий, просвещение понимали только в форме греческой школы и греческой же книги.... казалось даже, что *хотели отождествлять понятие человека и грека*.» - Православно-аналитический сайт ПРАВАЯ.RU от 05.06.2006 Свящ. Дмитрий Познанский «Об этнофилетизме Константинополя» (26 мая 2005 г.). o véase: <http://www.pravaya.ru/look/3378>

el Anticristo, decía que

“Rusia junto con las demás tierras y tribus esclavos” “compondrá un mar o aquel enorme y universal océano de pueblos, al que el Señor desde los tiempos inmemoriales había definido por la boca de los profetas como el “temible e invencible reino de todas las Rusias, de todos los esclavos –el de Gog y Magog que a todos los pueblos hará temblar”⁹

Esa declaración, además de contener un error en la transmisión de las palabras del Señor, como ya he notado, es interpretada contrariamente al sentido que tiene en la Biblia el dicho fragmento, donde Gog y Magog personifican el ejército de Satanás, que el Señor totalmente elimina. Este acontecimiento es descrito muy detalladamente en los capítulos 38-39 del libro de Ezequiel y brevemente, en el “Apocalipsis” de Juan donde leemos:

Quando se terminen los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a seducir a las naciones de los cuatro extremos de la tierra, a Gog y a Magog, y a reunirlos para la guerra, numerosos como la arena del mar. Subieron por toda la anchura de la tierra y cercaron el campamento de los santos y de la Ciudad amada. Pero bajó fuego del cielo y los devoró (Ap 20: 7-9).

Y más todavía. Según Motovílov, después el San Serafím Sárovski con el mismo tono predice el reparto de toda la tierra por Rusia,- un reparto, en cuya consecuencia la misma adquiriría en su poder, como dice, “ciento ochenta millones”[sic]. – Aquí al desatender el hecho que la codicia de bienes millonarios y de la potencia terrenal no concuerda con la enseñanza de nuestro Salvador, pues representa la imagen del Egipto bíblico, el eremita incoherentemente presenta a Rusia como la única defensora de la fe cristiana.

A pesar de la evidente absurdez de sus declaraciones la semilla había sido arrojada y muchos se tentaron por ella.¹⁰

De la mencionada alteración de la enseñanza de Jesucristo hecha por el monje Serafím Sárovski, que se manifiesta tanto respecto a los “recipientes” de Dios como en su presentación de Gog y Magog, yo había escrito a los padres de la Iglesia ortodoxa rusa en 2003, pero nunca recibí alguna respuesta.

No obstante, la “respuesta” apareció en el 2004 en el artículo “*Lo que no pronunció el Santo Serafím. Sobre los mitos pseudo eclesiásticos*” escrito por Alejandro Strizhóv y

9. «прочими землями и племенами славянскими» «составит одно море или тот громадный вселенский океан народный, о коем Господь Бог издревле изрёк устами всех святых: «Грозное и непобедимое царство всероссийское, всеславянское – Гога и Магога, пред которым в трепете все народы будут», - Великая Дивеевская тайна. (Антихрист и Россия) - Приложение ко второму тому книги "Неизвестный Нилус". - Издание Православный паломник", М. 1995, стр.429-433
[El gran misterio de Divéev. (Anticristo y Rusia) – Anexo al T. 2 del libro “Nilus desconocido”, Ed. Pelegrino ortodoxo. M. 1995, pp. 429-433]

10. ...inclusive, por ejemplo, el monje-sacerdote (ἱεροσχημοναχός) Moisés (Bogoliúbov) que junto con D. Ulazovskiy y A. Iakovlev-Kozirev escribió el libro “Lucha con la bestia que sube del abismo: La vida o la muerte. La Santa Ortodoxia y el renacimiento económico de Rusia; Magia - un instrumento de la "gran política". Cómo rechazar el asalto oculto”. Moscú, 1996, [Иеросхимонах Моисей (Боголюбов), Д. Улазовский и А. Яковлев -Козырев «Схватка со зверем из бездны: Жизнь или смерть. Святое православие и экономическое возрождение России; Магия – орудие «большой политики». Как отразить оккультный штурм». М. 1996]

publicado por la Línea rusa de la Agencia Informativa Ortodoxa.¹¹ El autor *no pudo no reconocer* los evidentes despropósitos en la “enseñanza” del San Serafím Sarovski (precisamente aquellos que yo había indicado en mi carta), aunque los atribuyó a Motovilov y no al santo padre. Además, al reconocerlos no aclaró, por qué algunas comunicaciones de Motovilov las consideró como auténticas palabras del San Serafím Sárovski y las otras, como la invención del príncipe Motovilov. **Pero, sea como sea, lo que es más triste, es que este único artículo no tuvo ningún efecto positivo y las ideas falsas hasta hoy se propagan por muchos monjes y sacerdotes ortodoxos confundiendo a los creyentes respecto de las verdades divinas.**

Claro que la semejante alteración del contenido de la Palabra de Dios se debe, además, al concepto erróneo respecto al pueblo de Dios. El dicho concepto lleva a buscar ese pueblo entre las razas terrenales. En resumidas cuentas, unas de esas razas (por no decir una raza) se declaran recipientes de Dios, mientras que las otras se desprecian a pesar de la indicación clara del Apóstol Pablo que “*no hay acepción de personas en Dios.*” (Rom 2: 11) y a pesar del saber que el Señor nunca mira a la carne, sino a la calidad del alma y por eso bajo el recipiente de Dios entiende al alma creada por Él que en la tierra no se distingue visiblemente. Debo repetir aquí, cómo el Señor Mismo define este “recipiente” o esta “alma”:

De la cumbre de las peñas lo diviso, de lo alto de las colinas lo contemplo: es un pueblo que vive aparte; no es contado entre las naciones. ¿Quién contará el polvo de Jacob, quién numerará la polvareda de Israel? Muera mi alma con la muerte de los justos, Sea mi paradero como el suyo (Nm 23: 9-10).

Entonces, el pueblo, o el recipiente, de Dios no es contado entre las naciones, pues no se habla aquí de una determinada raza carnal, sino del alma creada por Dios que puede nacer en la carne de cualquier nación o raza terrenal y que se distingue por su inclinación hacia la justicia y el amor al Creador.

¿Acaso no lo saben los servidores y monjes ortodoxos? Entonces ¿adónde llevan a los que les confían, elevando a unas razas y humillando a otras y, si sabiendo (hay que pensar) la ley y la Palabra de Dios, no las cumplen o las alteran?

El apóstol Pablo refutando a tales personas decía:

Pero si tú, que te dices judío y descansas en la ley; que te glorías en Dios; que conoces su voluntad; que disciernes lo mejor, amaestrado por la ley, y te jactas de ser guía de ciegos, luz de los que andan en tinieblas, educador de ignorantes, maestro de niños, porque posees en la ley la expresión misma de la ciencia y de la verdad... pues bien, tú que instruyes a los otros ¡a ti mismo no te instruyes! Predicas: ¡no robar!, y ¡robas! Prohíbes el adulterio, y ¡adulteras! Aborreces los ídolos, y ¡saqueas sus templos! Tú que te glorías en la ley, transgrediéndola deshonras a Dios. Porque, como dice la Escritura, el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones. (Rm 2: 17-24).

¿No podríamos decir lo mismo de los monjes mencionados o de los sacerdotes que

11. Александра Стрижева «Чего не изрекал Преподобный Серафим. К вопросу о псевдоцерковном мифотворчестве», опубликованной в Православном информационном агентстве. Русская линия. – «Русское воскресение» от 4.02.2004

[Alejandro Strizhóv. Lo que no pronunció el Santo Serafím. Sobre los mitos pseudo eclesiásticos” Agencia informativa ortodoxa. Línea rusa. – “La resurrección rusa” de 04. 02.2004.]

predicando el amor, no aman y por eso enseñando a otros no los salvan, sino llevan a la perdición, pues difaman a Dios, asumiendo el juicio y predicando infierno a las creaturas de Dios que también vinculan su salvación con el nombre de Jesucristo. Así, un poco de hiel echa a perder mucha miel. Por eso a aquella parte de los fieles ortodoxos, que se hicieron víctimas de tales predicadores falsos, querría recordarles las siguientes palabras del apóstol:

Examinad qué es lo que agrada al Señor, y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien, denunciadlas.
(Ef 5: 10-11)

y desearles abandonar todo el desamor hacia los hermanos en Jesucristo, dejar de culpar a otros en sus desgracias y no olvidar también las siguientes palabras del apóstol:

Y ¿quién os hará mal si os afanáis por el bien? (1P 3: 13)

Al índice

Ambiciones en la Iglesia

Antaño nuestro Salvador Jesucristo venido en carne lanzó un desafío a las ambiciones del clero judío con venir al mundo en la familia de un simple carpintero. Como si fuera poco, prefirió nacer en un establo junto con los animales y no en los lujosos aposentos de los poderosos. Pero ¿quién de aquellas autoridades de las Iglesias modernas, que viven en los palacios opulentos, es más grande que Jesucristo, a Quién dicen adorar como al Creador del Universo; Quién vino a salvar al “pobre suplicante, al desdichado” (Sal 72: 12) y nos dijo que sus bienes no son de este mundo? Sería suficiente sólo echar una mirada a las residencias imponentes de algunas autoridades eclesiásticas, para ver el origen de bienes que les rodean, el grado de sus ambiciones crecidas en un suelo totalmente ajeno a Jesucristo y recordar el sentido profético de las siguientes palabras del apóstol Pablo:

“pues temo no sea que, como la serpiente engañó a Eva en su astucia, se corrompan vuestros pensamientos de la *simplicidad* y pureza la para con Cristo.” (Septuaginta en esp. 2 Cor 11: 3)¹

Fue precisamente la simplicidad y el desprecio de los bienes terrenales perecederos, lo que nos legó Jesús para merecer los bienes celestiales imperecederos:

“(…) anda,” decía él, “vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme.” (Mt 19: 21) “Pues, de igual manera, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío.” (Lc 14: 33)

Por eso de haber renunciado todo, el apóstol Pablo aclaró:

“(…) lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo” (Fil 3: 7-8)

Efectivamente, todo lo perecedero, todo lo que el mundo valora, él tuvo por basura y su ministerio apostólico comenzó siguiendo al precepto del Salvador:

“No os procuréis oro, ni plata, ni calderilla en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero merece su sustento.” (Mt 10: 9-10)

Siguiendo a este precepto de Jesús el apóstol Pablo enseñó:

“Mientras tengamos comida y vestido, estemos contentos con eso.” (1 Tim 6: 8),

Así, contentos con poco, vivían todos los apóstoles. Pero hasta ese poco ganaban con la labor de sus manos para no gravar a nadie. Como decía el mismo apóstol Pablo,

“(…) os mandamos, hermanos, en nombre del Señor nuestro Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que desordenadamente anduviere, y no según la doctrina que recibieron de nosotros. Que vosotros mismos sabéis cómo es menester imitarnos, pues no nos hemos desordenado entre

1. Habitualmente las citas bíblicas son tomadas de la Biblia de Jerusalén. En los casos cuando se usan otras versiones bíblicas, las mismas se indican directamente en el texto, junto con la cita, como en este caso: La Sagrada Biblia. Versión de la Septuaginta al Español. Pbro. Guillermo Jünemann Beckschaefer

vosotros; **ni gratuitamente pan comido de alguno, sino en fatiga y afán, noche y día trabajando, para no gravar a alguno de vosotros;** no, porque no tengamos potestad, sino porque a nosotros mismos **por ejemplar diésemos a vosotros que imitar.**” (Septag. 2 Tes 3: 6-9)²

En los “Hechos de los apóstoles” hay una información atestiguando que al decir “*trabajo*” los apóstoles lo entendían como trabajo físico y no sólo como predicaciones. Esa información se refiere a la llegada del apóstol Pablo a Corinto y a su instalación en la casa de unos judíos que salieron de Roma. Literalmente ahí se dice de él:

“y como era del mismo oficio, se quedó a vivir y a trabajar con ellos. El oficio de ellos era fabricar tiendas. Cada sábado en la sinagoga discutía, y se esforzaba por convencer a judíos y griegos.” (Hch 18: 3-4)

Eso significa que los días hábiles el apóstol dedicaba al trabajo con el cual “pagaba” el sustento que recibía de los que le dieron alojamiento, y los sábados, a las predicciones. Lo mismo hacían los otros apóstoles. Repletos del Espíritu Santo, ellos no desdeñaban ningún trabajo procurándose siempre dar a sus hermanos un modelo que imitar.

Sin embargo, contrariamente a los legados del Señor y de los apóstoles, muchas de las autoridades eclesiásticas obraron justamente al revés. De haber tomado el camino del servicio a Dios no sólo se rodearon de los tesoros terrenales, sino también “para una buena apariencia” se abastecieron a si mismos de unas residencias dignas a los reyes. Todos conocen, por ejemplo, la magnificencia del Vaticano, pero no todos saben de las no menos magníficas residencias de verano del Patriarca ortodoxo de Rusia, particularmente del patriarca actual Kirill quién aumentó el número de las residencias patriarcales con dos más – una cerca de Gelendzhik, en la costa caucásica del Mar Negro y la otra en Peredelkino, en las afueras de Moscú. Ambas residencias representan unos palacios fantásticos que parecen bajarse de las páginas de los cuentos de hada para que el patriarca pueda ya aquí, en la tierra vivir en las condiciones semejantes a las paradisíacas.



**Residencia del patriarca ruso
Kirill en Guelendzhik**



**Residencia del patriarca ruso
Kirill en Peredelkino**

De los papas y patriarcas no se quedan atrás muchos de los representantes de los

2. Aquí también preferí la versión de la Septuaginta al Español, porque ahí tenemos una traducción mejor de esta última oración. Al contrario en la Biblia de Jerusalén (igual que en las versiones de Reina –Valera) en lugar de la palabra “*potestad*”-que es lógicamente más correcta- tenemos una mala traducción por “derecho”. Efectivamente, los apóstoles no podrían hablar del derecho, sino de las obligaciones.

rangos un poco inferiores de la Iglesia, es decir, los cardinales, metropolitans, arzobispos, etc. que también viven en las condiciones del lujo real. Recordemos, por ejemplo, la morada de los arzobispos de Salzburgo o el palacio admirable de los metropolitans de Bucovina y Dalmacia en la ciudad Chernovcí (ahora la Universidad estatal de la misma ciudad) y muchas otras semejantes mansiones.



**Residencia de los metropolitans de Bucovina y Dalmatia
En la ciudad Chernovcí**

Habitualmente las autoridades eclesiásticas explican sus riquezas como donaciones de los fieles, que no les pertenecen siendo la propiedad de la Iglesia, - como si la grandeza de la Iglesia dependiera de sus riquezas materiales o si ellas la definieran. Pero igual, de todas esas “donaciones” se benefician justamente ellas, porque las usan como si fueran sus propiedades. Mientras tanto el apóstol decía al respecto:

“Yo de nadie codicié plata, oro o vestidos. Vosotros sabéis que estas manos proveyeron a mis necesidades y a las de mis compañeros. En todo os he enseñado que es así, trabajando, como se debe socorrer a los débiles y que hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: *Mayor felicidad hay en dar que en recibir.*” (Hch 20: 33-35)

Por supuesto, el recibimiento de tales donaciones o regalos por los sacerdotes no socorre a los débiles. Además, parece que para las autoridades eclesiásticas hay mayor *felicidad en recibir que dar* y menos, al pobre. Durante los siglos ellas ahorraban los tesoros terrenales y adornaban con ellos sus templos y palacios, esforzándose por impactar la imaginación del hombre simple y así poder mandarlo ocultando a la vez la ausencia en sus almas del espíritu puro cristiano. Los refinados interiores de sus palacios parecen ser creados para el regocijo mental y sentimental de sus moradores. En ellos no hay lugar para el pobre u oprimido y el suave resplandor del Espíritu Santo es



Una de las salas del Palacio del Vaticano



**Residencia del arzobispo de Salzburgo
Sala de audiencias**

sustituido por el brillo falso del oro y de la plata, con los cuales están orlados el mueble, las paredes, los techos de esos palacios ambiciosos y también la vestimenta de los “servidores” de la Iglesia. De modo que de la sencillez de Cristo ahí no hay nada.

Dicen que la belleza salvaría el mundo. Sin profundizarme en lo que, de cual mundo se habla, recordaré sólo las palabras del Señor pronunciadas por la boca del profeta Ezequiel y dirigidas a Satanás:

“Tu corazón se ha pagado de tu belleza, has corrompido tu sabiduría por causa de tu esplendor.”
(Ez 28: 17)

Efectivamente, cuando la belleza hecha de la mano humana sustituye la belleza espiritual, entonces la contemplación constante de su esplendor crea dentro de la Iglesia, así como dentro de cualquier otro instituto dirigente, una clase de élite artificial que se eleva sobre el simple creyente y a la que este ni siquiera puede acercarse. Viviendo como reyes, los representantes de esa élite sacerdotal se tratan sólo con los gobernantes de los pueblos. Lo más que puede esperar de ellos el simple creyente es contemplar a sus ídolos y adorarlos como a Cristo, estando en una multitud ante la cual ellos aparecen en los días festivos. Pues la vida en los palacios lujosos, rodeada de las obras maestras del arte mundial y de la biblioteca de rico fondo, las que en cierto sentido afinan el gusto carnal y el intelecto sensitivo del sacerdote, complace antes de todo a su ego y, así, en esencia, roba su alma, pues él, inevitablemente se eleva sobre los que por las veleidades de la suerte no tienen acceso a los semejantes regocijos mentales y corporales y, peor aún, comienza a sentir un desprecio respecto a ellos. Además, él pierde la capacidad de la compasión al pobre y se aleja así de Jesús. Todo esto junto con el andar con los poderosos de este mundo paulatinamente origina en él diferentes cultos, el principal de los cuales es el culto de su propia persona. Lo muestra, por ejemplo, el gran retrato del cuerpo entero del patriarca Kirill, colocado en su residencia de verano del mismo modo, como lo hacen los reyes de los pueblos. Las semejantes autoridades eclesiásticas no se avergüenzan vivir lujosamente incluso ante su rebaño que sufre privaciones, y aumentando riquezas (aunque sea bajo la égida de la Iglesia, cuyos tesoros, como se sabe, no deberían ser de este mundo) agrandan así sus propios pecados, pues el uso abundante de los bienes terrenales atribuye al crecimiento en ellos de los deseos lujuriosos. Como notaba el apóstol Pablo,



**Sala con el retrato de cuerpo entero del patriarca ruso Kirill
En su residencia en Peredelkino**

“Los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición. Porque la raíz de todos los males es el afán de dinero, y algunos, por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores.” (1 Tim 6: 9-10)

Los que están expuestos a la dicha tentación olvidan las siguientes palabras de Jesús referidas a los ricos:

“(…) un rico difícilmente entrará en el Reino de los Cielos. Os lo repito, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de los Cielos.” (Mt 19: 23-24)

Incluso si esa riqueza se encuentra bajo la égida de la Iglesia, ellos no podrán entrar en el Reino de los Cielos, porque los tesoros materiales son antagónicos a los tesoros del humanitarismo, pues al humanitarismo es propio compartir sus bienes con los necesitados, ocuparse del prójimo y débil, defender al oprimido y no gastar sus fuerzas para acumular bienes materiales, tanto más que, como nos recuerda el apóstol Pablo, Jesucristo no vino para salvar a los ricos e ilustres, sino a los que sufren en la tierra:

“¡Mirad, hermanos,” dice él, “quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y **ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es.** (...)” (1 Cor 1: 26-28)

Pero, como se ve, “lo fuerte” del mundo es demasiado atrayente para algunos representantes de la Iglesia, para que ellos se conformen con el vivir como lo necio, lo débil, lo plebeyo y lo despreciable del mundo. Les agrada más relacionarse con los nobles y sabios de este mundo formando con ellos una familia de los gobernantes terrenales. Es por eso que construyen residencias “dignas” de tales “familiares” adonde, como dicen los parroquianos confundidos, no sería vergonzoso invitar a los poderosos del mundo...

Mirándolos uno quiere redirigirles la misma pregunta que antaño en el apócrifo “Pastor de Hermas” (antes muy valorado por la Iglesia) fue dirigida a los que se llamaban cristianos:

“Sabéis que vosotros los siervos de Dios estáis viviendo en un país extranjero; porque vuestra ciudad está muy lejos de esta ciudad. Así pues, si conocéis vuestra ciudad, en la cual viviréis, ¿por qué os procuráis campos aquí, y hacéis costosas preparaciones, y acumuláis edificios y habitaciones que son superfluos? Por tanto, el que prepara estas cosas para esta ciudad no tiene intención de regresar a su propia ciudad. ¡Oh hombre necio, de ánimo indeciso y desgraciado!, ¿no ves que todas estas cosas son extrañas, y están bajo el poder de otro?” (Pastor de Hermas Parábola 1, [50])³

De veras. ¿Por qué los eclesiásticos procuran para si mismos campos aquí, hacen costosas preparaciones y acumulan edificios y habitaciones que son superfluos? Efectivamente, porque a pesar de que afirmen lo contrario, no piensan en ningún otro mundo, excepto en el terrenal. Y más aún, velando por sus vidas en este mundo, ellos, igual que los idólatras, rodean sus residencias y a sí mismos de numerosas guardias, armadas con la última tecnología, pues no confían su defensa al Espíritu Santo al que no ven. Toda su esperanza, al contrario, la ponen en el arma y la fuerza de sus hombres guardianes, como los asirios del libro de Judit, que se habían fiado

“en sus escudos y en sus lanzas, en sus arcos y en sus hondas, y no han reconocido que tú eres el Señor, quebrantador de guerras.” (Jd 9: 7)

¿Acaso podemos imaginarnos a los primeros apóstoles viviendo en los palacios y rodeados por la guardia? Ellos, siguiendo a los preceptos del Salvador, nunca la necesitaron, porque los albergaba y los guardaba el Espíritu Santo dándoles alojamientos y liberándolos de las prisiones, de las garras de leones, de todos sus perseguidores, porque ellos no tenían miedo a perder su vida por Jesús. Al contrario, lo consideraban como una gracia de Dios. Por eso cuando llegaba el tiempo del sufrimiento, lo recibían con la humildad y la fe, obrando justamente del modo que quería el Señor Quién dijo:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.” (Mt 16: 24-205)

Su servicio abnegado y acendrado dirigido por el Espíritu Santo dio a la Iglesia una fuerza vital para largo plazo. Pero los peseteros que paulatinamente comenzaron a penetrar en los inmaculados círculos eclesiásticos, al entregarse a la belleza externa o al confundirla con la espiritual prefirieron en lugar de adornar sus almas, adornar los templos, los palacios, las vestimentas, etc., según la costumbre humana, y así paso a paso corrompieron la Iglesia terrenal, de hecho, echando de ella al Espíritu Santo y cambiándolo por el esplendor externo. La causa de este cambio estaba en el no querer llevar su cruz, sino querer vivir aquí, en este mundo, gozando del poder terrenal y descontando las palabras de Jesucristo Quién declaró:

“El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí.” (Mt 10: 38).

3. Fuente: *Los Padres Apostólicos*, por J. B. Lightfoot. Editorial CLIE www.clie.es también:

<http://escrituras.tripod.com/Textos/Hermas.htm>

Deseando salvar tanto su vida en la tierra, como su poder y su riqueza terrenal ellos continuamente interpretan lo dicho por el Salvador en forma alterada o le dan un sentido solamente histórico; su cruz la llevan sólo de pico o como adorno sobre su vestimenta. En su soberbia se sientan sobre los tronos, como los reyes, y dominan a los creyentes violando los preceptos del Señor que había dicho:

“Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve.” (Lc 22: 25-26),

porque, como lo explicó el apóstol Pablo,

“(…) tanto el santificador como los santificados tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza de llamarles hermanos cuando dice: Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la asamblea te cantaré himnos.” (Hb 2: 11-12)

Lamentablemente, como vemos, no todos los sucesores de los primeros apóstoles tuvieron el coraje de seguir a estos preceptos. El servicio a sus hermanos en Cristo ellos paulatinamente convirtieron en un espectáculo con el lavado y beso simbólico de los pies de los representantes de su grey que se realiza a la víspera de las celebraciones pascuales. Pero en realidad sus “hermanos” simples muy a menudo ni siquiera pueden acercarse a sus “hermanos en Cristo” superiores. Hacerlo no les permite la interna jerarquía eclesiástica, privada de sencillez y llena de falsa humildad. Los representantes de esta jerarquía se mueven como unas estatuas andantes, plenas de ambición respecto a sus inferiores y servilismo respecto a sus superiores, la mano de los cuales besan como si fueran deidades, mientras que el simple creyente no les importa. Además, afectados por la acepción de personas y parcialidad, adoran a los que tienen dinero. A estos, cuando vienen a la Iglesia o a las reuniones eclesiásticas, siempre honran con los primeros puestos y mejores asientos, menospreciando a los pobres, aunque el apóstol Santiago legase lo contrario diciendo:

“Hermanos míos, no entre la acepción de personas en la fe que tenéis en nuestro Señor Jesucristo glorificado. Supongamos que entra en vuestra asamblea un hombre con un anillo de oro y un vestido espléndido; y entra también un pobre con un vestido sucio; y que dirigís vuestra mirada al que lleva el vestido espléndido y le decís: «Tú, siéntate aquí, en un buen lugar»; y en cambio al pobre le decís: «Tú, quédate ahí de pie», o «Siéntate a mis pies». ¿No sería esto hacer distinciones entre vosotros y ser jueces con criterios malos? Escuchad, hermanos míos queridos: **¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman? ¡En cambio vosotros habéis menospreciado al pobre! (...)**” (St 2: 1-6)

Obrando contrariamente a los preceptos del apóstol y en todo complaciendo al propio ego esos falsos apóstoles hacen recordar a aquellos fariseos de los cuales Jesús dijo:

“Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres; se hacen bien anchas las filacterias y bien largas las orlas del manto; quieren el primer puesto en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en las plazas y que la gente les llame "Rabbi". «Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar "Rabbi", porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos. Ni llaméis a nadie "Padre" vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar "Directores", porque uno solo es vuestro Director: el Cristo.” (Mt 23: 5-10)

Y más todavía, cuando alguien lo llamó a Jesús “Maestro bueno”, Él le respondió:

“¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios.” (Mc 10: 17-18).

Pero nosotros a todos los sacerdotes los llamamos “padre”, “maestro”, “director” (espiritual), colaborando así con la creación de los cultos y con el fortalecimiento de las ambiciones. Los templos adornados por el oro, la vestimenta bordada con el oro de los sacerdotes-celebrantes llevan a los simples de corazón a adorarlos como a ídolos y deidades. Los sacerdotes, sin avergonzarse dan la mano para que la besen los que se llaman sus hermanos en Cristo, y haciendo así confirman su estatuto de los ídolos, cuando aun el Antiguo Testamento nos prohibiera crearlos:

“No te harás”, decía, “escultura ni imagen alguna ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto, porque yo Yahveh, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y tengo misericordia por millares con los que me aman y guardan mis mandamientos.” (Ex 20: 4-6)

A pesar de esto los “apóstoles” falsos no sólo crean ídolos de las imágenes, sino también de los hombres vivos y muertos y de sus palabras. Considerándose maestros, directores espirituales, conocedores de la Palabra de Dios ellos la interpretan a merced propia, igual que los escribas, de los cuales Jesús decía:

“(…)Guardaos de los escribas, que gustan pasear con amplio ropaje, ser saludados en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y que devoran la hacienda de las viudas so capa de largas oraciones. Esos tendrán una sentencia más rigurosa.” (Mc 12: 38-40 o Lc 20: 46-47)

Más aún, crean una cadena de confusiones,⁴ forman escuelas sobre estas confusiones y por cordillera las pasan a sus discípulos como una verdad absoluta. Pero cuando ven a alguien que no forma parte de esta cadena falsa, hacen la misma pregunta respecto a él, que hacían los sacerdotes judíos respecto a Jesús:

“(…)¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? (...)” (Mt 13: 54-55)

Y después lo marcan como un hereje y blasfemo asemejándose, así, a aquellos “legistas” de quienes el Señor había dicho:

“¡Ay de vosotros, los legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! No entrasteis vosotros, y a los que están entrando se lo habéis impedido.” (Lc 11: 52)

Efectivamente, por el razonamiento carnal no se puede entrar en la ciencia, pues en tal razonamiento no mora el Espíritu Santo de Dios, que es libre y no depende ni de los hombres ni de las tradiciones teológicas creadas por ellos. Como dijo el apóstol Juan,

“El espíritu, donde quiere, espira, y su voz oyes, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va (...)” (Septuaginta Jn 3: 8)

Así que incluso un auditorio teológico no puede asegurar la presencia del Espíritu Santo de Dios, la que se revela sólo a través de la conducta del hombre y de su justicia.

4. Su raíz está en la confusión principal respecto del alma del hombre. Véase el capítulo “Confusiones respecto al cuerpo de la resurrección” en este mismo libro.

En cuanto a los hombres justos, el apóstol Pablo así los define:

“(…)no son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen: éstos serán justificados. En efecto, cuando los gentiles, que no tienen ley, cumplen naturalmente las prescripciones de la ley, sin tener ley, para sí mismos son ley; como quienes muestran tener la realidad de esa ley escrita en su corazón, atestiguándolo su conciencia, y los juicios contrapuestos de condenación o alabanza…” (Rom 2: 13-15)

Por eso el mismo apóstol destaca que todos sus hermanos apóstoles se habían conducido en el mundo

“(…) con la santidad y la sinceridad que vienen de Dios, y no con la sabiduría carnal, sino con la gracia de Dios.” (2 Cor 1: 12)

Y lo que los adornaba, no era el adorno exterior, ni las joyas colocadas sobre su vestimenta, sino su adorno estaba

“(…) en lo oculto del corazón, en la incorruptibilidad de un alma dulce y serena: esto es precioso ante Dios.” (1 Pedro 3: 3-4)⁵

Al mismo tiempo siendo conciente de la presunción de los hombres y su propensión a las tentaciones el apóstol Pablo advertía a sus hermanos en Cristo:

“Mirad que nadie os esclavice mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo.” (Col 2: 8)

Diciendo la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, el apóstol se refiere a las “verdades” falsas construidas sobre las opiniones de los sabios de este mundo que siempre parten de los intereses de la carne mortal desatendiendo la única verdad Divina que se funda sobre la Ley de la Vida, establecida por el Creador de la Vida y que se manifiesta sólo con la ayuda del Espíritu Santo de Dios. Pero cuando los sacerdotes adoran más a las autoridades terrenales, que la Palabra de Dios, entonces todo relacionado con el Espíritu Santo perciben con desconfianza y hostilidad. Como regla, tales no conocen profundamente la Palabra de Dios y siguen a ciegas a las tradiciones establecidas entre los hombres. Siendo concientes de su vulnerabilidad en la teología ellos siempre temen recibir preguntas difíciles de parte de sus parroquianos, a las que no podrían contestar. Por eso no se detienen ante ellos. En cambio con una cordialidad altanera dan de paso palmadas en sus hombros, haciéndoles entender así, que están apurados, que su tiempo y la alta teología no son para los simples creyentes. Y lo hacen, por supuesto, olvidando las siguientes palabras de Jesús o tergiversando su sentido:

“El mayor entre vosotros será vuestro servidor. Pues el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.” (Mt 23: 11-12)

Pero entre el clero hay también algunos que, al contrario, entienden bien la esencia de la Palabra de Dios y por eso están consientes del torcido camino que tomó la Iglesia, pero

5. Aunque eso fue dicho respecto a las mujeres, se refiere también a los hombres.

por el temor de ser excluidos de ella y perder los bienes que la misma les proporciona, cierran sus ojos sobre esos torceduras y no confiesan la Palabra preceptuada en su plena verdad, igual que aquellos magistrados, de los cuales el apóstol Juan decía:

“Sin embargo, aun entre los magistrados, muchos creyeron en él; pero, por los fariseos, no lo confesaban, para no ser excluidos de la sinagoga, porque prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios.” (Jn 12: 42-43.)

Así al amar más la gloria de los hombres que la gloria de Dios los semejantes eclesiásticos dominan sobre la herencia Divina, a despecho del legado del apóstol Pedro quien había dicho:

“A los ancianos que están entre vosotros les exhorto yo, anciano como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse. Apacentad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino *siendo modelos de la grey*. Y cuando aparezca el Mayoral, recibiréis la corona de gloria que no se marchita. De igual manera, jóvenes, sed sumisos a los ancianos; revestíos todos de humildad en vuestras mutuas relaciones, pues Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes” (1 Pedro 5: 1-5)

Y ¿Cuál es el modelo que proponen a su “grey” los soberbios pastores que viven en el lujo dominando a los que os ha tocado cuidar? Pues llamándose pastores, apóstoles, etc. ellos, de hecho, invitan a su grey a imitarles. Pero ¿acaso se puede imitar a los que blasfeman el hermoso Nombre de Jesucristo (St 2: 7) con el que se llaman?

Es cierto que con su boca a veces profesan a Jesús, pero sus obras están muy lejos de Él, como las de aquellos sacerdotes judíos de los cuales Jesús dijo:

“Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen.” (Mt 23: 3)

Y debo decir que así es en el mejor caso. En el peor caso, lo que dicen, lo dicen, según la costumbre humana, según el mundo al que se negó el Señor diciendo que ni Él ni su poder no le pertenecen. (Jn 8: 23). Y por eso son, realmente, de este mundo y lo aman a pesar de la advertencia del Salvador:

“No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo - la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas - no viene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre.” (1 Jn 2: 15-17)

Entonces, partiendo de esas palabras del apóstol podríamos decir que el amor del Padre no está en ellos y, consiguientemente, ellos no pertenecen a Jesús. Y aunque llevan su nombre, forman parte de quienes Él dijo:

“«No todo el que me diga: "Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial. Muchos me dirán aquel Día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" Y entonces les declararé: "¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad!"»” (Mt 7: 21-23)

En cuanto a la iniquidad, la misma consiste en el hecho de cambiar la verdad de la Palabra de Dios por la tradición humana basada siempre sobre la opinión interesada de alguien. Y lo que se refiere a las opiniones, existen tantas, cuanta gente hay en la tierra. Son precisamente las opiniones que chocándose, originan divisiones dentro de la Iglesia, y respecto de las cuales el apóstol Pablo decía:

“Os ruego, hermanos, que os guardéis de los que suscitan divisiones y escándalos contra la doctrina que habéis aprendido; apartaos de ellos, pues esos tales no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a su propio vientre, y, por medio de suaves palabras y lisonjas, seducen los corazones de los sencillos.” (Rom 16: 17-18)

Concluyendo quiero marcar que todo lo expuesto afecta mucho a las Iglesias y a sus fieles, cuyas faltas serían fatales para la cristiandad, si no existiera encima de todo la única Iglesia espiritual e invisible que no depende de ninguna institución terrenal y vive en la mente y en los corazones de los sinceros. Su parte, según el apóstol, forman los que se sirven mutuamente

“de buena gana, como quien sirve al Señor y no a los hombres; conscientes de que cada cual será recompensado por el Señor según el bien que hiciere: sea esclavo, sea libre.” (Ef 6: 7-8),

es decir, quienes son extremadamente responsables en su servicio y sirven al prójimo como si este fuera Dios Mismo. Tales, realmente, viven *ante la presencia de Dios*, mientras que aquellos a quienes refería este artículo, al contrario, parecen vivir más *ante la presencia de los poderosos de este mundo*.

¿Lo reconocerán algún día y se arrepentirán? Según el Apocalipsis de Juan, algunos lo harán y los otros no, no se arrepentirán “de sus obras” (Ap 16: 11), no dejarán “de adorar a los demonios y a los ídolos de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, que no pueden ver ni oír ni caminar.” (Ap 9: 20)

“¡Ay de ellos!,” dice de tales el apóstol Judas, “porque se han ido por el camino de Caín, y por un salario se han abandonado al descarrío de Balaam, y han perecido en la rebelión de Coré.” (Jd 11)

Al índice

Patria de los cristianos y las guerras cristianas

...si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles?” (Mt 5: 46-47)¹

La historia cristiana nunca realizó el verdadero personalismo cristiano, ella realizaba lo opuesto. Lo que inspiraba a los cristianos no era el Sermón de la Montaña, sino la fuerza y la gloria de los estados y naciones, la voluntad militante a la expansión. (Berdiaev. Problema del hombre) ²

Nos acostumbramos a vivir como hipócritas. Considerándonos cristianos en realidad no los somos o somos a medias, pues tomamos del cristianismo lo que nos gusta y lo que no nos gusta, lo ignoramos. Pero si aquel, quién se considera un cristiano -lo mismo que un representante del Pueblo de Dios-, es honesto, debe aceptar también que es un *extranjero y forastero* en esa tierra que desde la caída de Adán se encuentra bajo el poder del espíritu ajeno a Dios (es decir, ajeno a la vida), por el cual Jesús dijo de Si Mismo: “Yo no soy de este mundo” (Jn 8: 23) y “mi Reino no es de aquí.” (Jn 18: 36). Pero vino a este mundo para salvar a su rebaño, es decir, a su Pueblo que se pierde, como se pierden los granos de trigo entre las cizañas. El primero a quién la Sagrada Escritura llamó “*extranjero y forastero*” fue Abrahán, quién dijo: “Extranjero y **forastero** soy entre vosotros.” (Gen 23: 4) A sí mismo se llamó *forastero* también el rey David, el salmista, cuando a causa de la arbitrariedad en la tierra rogó al Señor diciendo:

“Abre mis ojos para que contemple las maravillas de tu ley. Un *forastero* soy sobre la tierra, tus mandamientos no me ocultes. Mi alma se consume deseando tus juicios en todo tiempo.” (Sal 119: 18-20) o cuando dijo: “Escucha mi súplica, Yahvé, presta oído a mi grito, no te hagas sordo a mis lágrimas. Pues soy un *forastero* junto a ti, un *huésped como todos mis padres*” (Sal 39: 13).

Bajo los “padres” se entienden los descendientes espirituales de Abrahán que a los ojos de Dios representan el Pueblo de Israel, es decir, de Dios que es Espíritu (Ra, Ruah) (Jn 4: 24; Is 44: 5). En este sentido ser *forasteros o extranjeros* en la Biblia significa encontrarse temporalmente en Egipto que simboliza al mundo caído. El profeta Esdras dice al respecto: “Oye, Israel, estas palabras; al comienzo fueron nuestros padres a Egipto, libertados fueron de allí. Y recibieron la ley de vida, la que no observaron, y la que también vosotros transgredisteis, después de ellos.” (4 Esdras 28-30)

Lo que se refiere a la mencionada transgresión, esta, como he dicho en los artículos anteriores, ocurrió, porque el concepto “israelitas” comenzó a entenderse, según la carne que es temporal. En otros términos, ese concepto comenzó a atribuirse a una raza carnal o a una nación terrenal. Entonces el Señor se encarnó y vino a la tierra como Jesucristo y todos los que le pertenecen por su espíritu, empezaron a llamarse cristianos – una definición de la “nueva creación” que se destaca por su espíritu y no por la carne.

“(…) en adelante, **ya no conocemos a nadie según la carne**”, dice el apóstol. “Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así. **Por tanto, el que está en**

1. Principalmente se usa la versión de la Nueva Biblia de Jerusalén. Revisada y aumentada. Bilbao 1998

2. Es la traducción de la autora de esta página web.

Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo.” (2 Cor 5: 16-17).

Así, en la “nueva creación” o en el “hombre nuevo” o entre los que representan la Iglesia de Jesucristo, según el mismo apóstol, ya “no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos.” (Col 3: 9-11), es decir, entre los verdaderos cristianos no existen distinciones nacionales o raciales (carnales), pues todos pertenecen a la única nacionalidad o raza de Jesucristo, a la *única patria* celestial que no es de este mundo y que se forma, como ya fue dicho, por los descendientes espirituales de Abrahán, recogidos de entre las diferentes naciones (en las cuales se encuentran dispersos, según su carne) y *restaurados, según el espíritu*. Por eso a la “nueva creación”, o a los cristianos, el apóstol Pedro los asimismo llama “*extranjeros y forasteros*”:

“Queridos”, dice, “os exhorto a que, como *extranjeros y forasteros*, os abstengáis de las apetencias carnales que combaten contra el alma” (1 Pedro 2: 11). Del mismo modo los llama también el apóstol Pablo mostrando, además, la filiación entre el concepto viejotestamentario “israelitas” y el concepto nuevotestamentario “cristianos”:

“En la fe murieron todos ellos”, dice él respecto a los israelitas, “sin haber conseguido el objeto de las promesas: viéndolas y saludándolas desde lejos y confesándose *extraños y forasteros sobre la tierra*. Los que tal dicen, claramente dan a entender que van en busca de una patria; pues si hubiesen pensado en la tierra de la que habían salido, habrían tenido ocasión de retornar a ella. Más bien aspiran a una mejor, a la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de ellos, de ser llamado Dios suyo, pues les tiene preparada una ciudad...” (Hb 11: 13-16).

Notemos que aquí el apóstol contrapone la patria terrenal (adonde no quisieron “retornar” los hijos de Dios) a la patria celestial, a la que denomina “mejor” mostrando así que esas patrias no deben confundirse.

Lo que significa ser *extranjeros y forasteros* en la tierra, nos aclara el apócrifo “Pastor de Hermes”, antaño venerado en la Iglesia igual que los libros canónicos. Reprochando, de hecho, a los cristianos por su hipocresía, el Pastor les dice:

“Sabéis que vosotros los siervos de Dios *estáis viviendo en un país extranjero*; porque vuestra ciudad está muy lejos de esta ciudad. Así pues, si conocéis *vuestra ciudad*, en la cual viviréis, ¿por qué os procuráis campos aquí, y hacéis costosas preparaciones, y acumuláis edificios y habitaciones que son superfluos? Por tanto, el que prepara estas cosas para esta ciudad no tiene intención de regresar a su propia ciudad. ¡Oh hombre necio, de ánimo indeciso y desgraciado!, ¿no ves que todas estas cosas son extrañas, y están bajo el poder de otro? Porque el señor de esta ciudad dirá: “No quiero que éste resida en mi ciudad; vete de esta ciudad, porque no te conformas a mis leyes.” Tú, pues, que tienes campos y moradas y muchas otras posesiones, cuando serás echado por él, ¿qué harás con tu campo y tu casa y todas las otras cosas que has preparado para ti? Porque el señor de este país te dice con justicia: “O bien te conformas a mis leyes, o abandonas mi país.” ¿Qué harás, pues, tú que estás bajo la ley de tu propia ciudad? ¿Por amor a tus campos y el resto de tus posesiones repudiarás tu ley y andarás conforme a la de esta ciudad? Vigila que no te sea inconveniente el repudiar tu ley; porque si quieres regresar de nuevo a tu propia ciudad, con toda seguridad no serás recibido [porque has repudiado la ley de tu ciudad], y se te excluirá de ella. Vigila, pues; como residente en una tierra extraña no prepares más para ti, como no sea lo estrictamente necesario y suficiente, y está preparado para que, cuando el señor de esta ciudad desee echarte por tu oposición a su ley, puedas partir de esta ciudad e ir a tu propia ciudad, y usar tu propia ley gozosamente, libre de toda ofensa.” (Pastor de Hermas- Pb 1[50]).³

3. Pastor de Hermas: *Los Padres Apostólicos*, por J. B. Lightfoot. Editorial CLIE www.clie.es también:

<http://escrituras.tripod.com/Textos/Hermas.htm>

Recordemos que Abrahán, Isaac y Jacob vivieron como *forasteros* en la tierra. Esperando entrar a la tierra prometida que es su patria celestial, ellos no construían casas en la tierra corrupta y vivieron en las tiendas que eran alojamientos temporales.

Refiriéndose al modo de vida de los cristianos, el apóstol Pablo dice: “Os digo, pues, hermanos: El tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen. Los que lloran, como si no llorasen. Los que están alegres, como si no lo estuviesen. Los que compran, como si no poseyesen. Los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa.” (1 Cor 7: 29-31).

El sentido de esas palabras se expresa aun más vivamente en la Epístola apócrifa a Diogneto, donde se describe la conducta de los verdaderos cristianos sobre la tierra. Según esa epístola, los cristianos

“residen en sus propios países, -* pero sólo como transeúntes;
comparten lo que les corresponde en todas las cosas como ciudadanos, - y soportan todas las opresiones como los *forasteros*.
Todo país extranjero les es patria,- y toda patria les es extraña.
Se casan como todos los demás hombres y engendran hijos; - pero no se desembarazan de su descendencia**.
Celebran las comidas en común, - pero cada uno tiene su esposa.
Se hallan en la carne, - y, con todo, no viven según la carne.
Su existencia es en la tierra, - pero *su ciudadanía es en el cielo*.
Obedecen las leyes establecidas, - y sobrepasan las leyes en sus propias vidas.
Aman a todos los hombres, - y son perseguidos por todos.
No se hace caso de ellos, - y, pese a todo, se les condena.
Se les da muerte, - y aun así están revestidos de vida.
Piden limosna, - y, con todo, hacen ricos a muchos.
Se les deshonra, - y, pese a todo, son glorificados en su deshonra.
Se habla mal de ellos, - y aún así son reivindicados.
Son escarnecidos, - y ellos bendicen;
son insultados, - y ellos respetan.
Al hacer lo bueno - son castigados como malhechores;
siendo castigados - se regocijan, como si con ello se les reavivara.”
(Epístola a Diogneto V)⁴

Esas palabras atestiguan que los verdaderos cristianos son personas totalmente privadas de la mismidad y codicia. En la tierra nada consideran suyo: ni la casa en la que viven, ni a la mujer e hijos que tienen, ni el país en el que nacieron en la carne, aunque lo traten mucho mejor que lo hacen los que no conocen ninguna otra patria. Todo esto se debe a la libertad e independencia interior que parten justamente de la conciencia de su peregrinaje temporal en la tierra y de sus preferencias de los valores espirituales y eternos. Con esta libertad nunca van en contra de su conciencia para obtener bienes temporales y satisfacer la carne. Por eso tarde o temprano, sin desearlo, acaban en un conflicto con la sociedad que vive, según otros principios, se hacen no deseables en ella y perseguidos, aunque es precisamente gracias a su altruismo que el mundo alrededor no se hunde en el caos total. La misma Epístola a Diogneto así explica su lugar en el mundo:

“Lo que el alma es en un cuerpo, esto son los cristianos en el mundo. El alma se desparrama

* Las guiones agregué, para destacar más las contraposiciones.

** ...como lo hacen, por ejemplo, los que abortan a sus hijos.

4. *Epístola a Diogneto*: <http://escrituras.tripod.com/Textos/Diogneto.htm>

por todos los miembros del cuerpo, y los cristianos por las diferentes ciudades del mundo. El alma tiene su morada en el cuerpo, y, con todo, no es del cuerpo. Así que los cristianos tienen su morada en el mundo, y aun así no son del mundo. El alma que es invisible es guardada en el cuerpo que es visible; así los cristianos son reconocidos como parte del mundo, y, pese a ello, su religión permanece invisible. La carne aborrece al alma y está en guerra con ella, aunque no recibe ningún daño, porque le es prohibido permitirse placeres; así el mundo aborrece a los cristianos, aunque no recibe ningún daño de ellos, porque están en contra de sus placeres. El alma ama la carne, que le aborrece y (ama también) a sus miembros; así los cristianos aman a los que les aborrecen. **El alma está aprisionada en el cuerpo, y, con todo, es la que mantiene unido al cuerpo; así los cristianos son guardados en el mundo como en una casa de prisión, y, pese a todo, ellos mismos preservan el mundo. El alma, aunque en sí inmortal, reside en un tabernáculo mortal; así los cristianos residen en medio de cosas perecederas, en tanto que esperan lo imperecedero que está en los cielos.**” (Epístola a Diogneto VI)

Cuando los cristianos hayan sacados de este mundo, el último se hundirá en el caos, pues como dice el apóstol, “el ministerio de la impiedad ya está actuando. Tan sólo con que sea quitado de en medio el que ahora le retiene, entonces se manifestará el Impío...” (2Tes 2: 7-8), es decir, el impío se manifestará, cuando el mundo perderá el alma que lo contiene.

Así, podemos decir, que los verdaderos cristianos representan el alma del mundo, o el eje horizontal de la Cruz Divina. Y aunque los cristianos residen en el mundo carnal, no son de este mundo.

Lo mismo nos dice también la Leyenda apócrifa del Rey Ábgaro⁵, donde los cristianos se comparan con los *viajeros y forasteros* que al pasar la *noche* en la tierra, regresan a sus casas que están en lugares, adonde se fue el Hijo, para preparar a cada uno de ellos lo que él merece.

Sin embargo, a pesar de todas estas indicaciones univocas de Jesucristo, de los profetas y apóstoles, los que se consideran cristianos, no solamente siguen distinguiendo unos a otros por la carne racial o por la nacionalidad; no sólo compran para sí mismos campos y construyen viviendas suntuosas atestiguando así que no conocen otra patria excepto la que está en la tierra, sino se amañaron también a dividirse entre ellos mismos y condecorarse mutuamente con la anatema. A estos el pastor los llama “necios, de ánimo indeciso y desgraciado”, porque de palabra se llaman cristianos, pero de hecho se quedan idólatras – un hecho que denuncia a la Iglesia que no tiene una teología profundamente desarrollada en la base de la Palabra de Dios y predestinada a ser una orientación para los clérigos respecto a todos los asuntos de la fe. El conocimiento que daría, además de otras cosas, no le habría permitido confundir la patria celestial con la terrenal. Esa confusión se manifiesta especialmente vivo en los tiempos de las guerras que rompen uno de los preceptos principales de Dios: “¡No matarás!” (Ex 20: 13).

Ese precepto es universal, prohíbe cualquier asesinato, incluso si se efectúa para salvar a sí mismo o para salvar a sus prójimos, pues en realidad “se salva” el cuerpo mortal lo que de todos modos morirá, mientras que el alma eterna sufre un daño irreparable, porque si el hombre rompe el legado de Dios para salvar su vida, él, según la Palabra de Jesús, la pierde:

“... quien quiera salvar su vida, la perderá”, dice el Señor, “pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.” (Mt 16: 25)

5. Leyenda del Rey Ábgaro, la versión siríaca en ruso: *Е.Н.Мещерская. Легенда об Авгаре. М.: Наука, 1984. С. 185-203.*

<http://krotov.info/acts/04/3/0399avgar.html>

Además, el problema del mal no se resuelve por la salvación de una carne a través de la matanza de otra carne. La semejante “salvación” sólo aumenta el mal, pues el último no más que reside en la carne mortal y siendo un espíritu impuro no se elimina con el arma física. En relación con esto se queda claro, por qué Jesucristo mandó no empuñar nunca la espada, incluso, cuando se lo hace para “defender” al Señor Mismo, Quién, a propósito, no necesita ayuda de nadie.

“Vuelve tu espada a su sitio” dijo Jesús al apóstol que “echó mano a su espada, la sacó e, hiriendo al siervo del Sumo Sacerdote, le llevó la oreja”, “porque todos los que empuñen espada, a espada perecerán. ¿O piensas que no puedo yo rogar a mi Padre, que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles?” (Mt 26: 51-53). Y tocando la oreja del siervo la curó (Lc 22: 49-51)

La misma idea se repite en el Apocalipsis de Juan, donde el Señor dice:

“Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto” Y se concluye, refiriéndose a los cristianos: “Aquí está la paciencia y la fe de los santos” (Ap 13: 10 V. Reina Valera 1960). O en otro lugar:

“...Mantente fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida” (Ap 2: 10).

Todo lo dicho Él aclara de la siguiente manera:

«Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra: al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla vete con él dos. A quien te pida da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda. «Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.» (Mt 5: 38-48).

Eso significa que si nosotros al defender a nuestros hermanos por la carne y la sangre *matamos* a los enemigos, obramos como idólatras que no saben la Ley y por eso no podemos pretender algún día adquirir la imagen divina, porque Dios “hace salir su sol sobre malos y buenos”; porque al no obedecer a la Palabra del Señor demostramos que nos amamos más a nosotros, que a Dios, y juzgamos a pesar de que nos se ha dicho: “No juzguéis, para que no seáis juzgados.” (Mt 7: 1)

No obstante, la historia terrenal del cristianismo se manifestó justamente con guerras sangrientas que la Iglesia no sólo bendecía, sino en cuales también participaba, hasta a veces la misma las emprendía justificando las pasiones idólatras que hervían en el pueblo, con la defensa del Señor, de la fe y de la Patria a la que declaraba “santa”. Tal fue la consecuencia del compromiso con el mundo en el que entró la Iglesia adquiriendo la imagen del poder estatal que “vela” por la patria terrenal. Y así fue tanto en la antigüedad como es hoy. Se lo atestiguan las enseñanzas de las Iglesias.

Entre los ortodoxos rusos es común creer que el mal se elimina a través de las guerras, aunque estas se consideren lamentables. Lo dicen, por ejemplo, tales autores como Vl. Rogoza quién escribió el artículo “¿Por qué la ortodoxia rusa cree que las matanzas y guerras son enteramente admisibles?”⁶ o el arcipreste Al. Grigoriev, el autor de la obra

6. Владимир Рогоза «Почему русское православие считает убийства и войны вполне допустимыми?»:

<http://shkolazhizni.ru/archive/0/n-14047/>

“La Sagrada escritura sobre la guerra y sobre el servicio militar”⁷ o el diacono P. Pajomov en su artículo “La ortodoxia y la guerra: pues ¿se debe o no defender su patria?”⁸ etc.

Todas esas obras atestiguan que procurando reconciliar los desacuerdos entre la Palabra de Dios y las necesidades militares en la tierra, la Iglesia intenta “teológicamente” justificar las últimas y poniendo “orden sobre orden, regla sobre regla” (Is 28: 10), de hecho, contrapone su palabra a la de Dios. Y lo hace alterando el sentido de la Palabra de Dios, según su parecer. Así, Vl. Rogosa impugnando las palabras de Jesucristo respecto a no empleo de la violencia ante la maldad, cita a los filósofos ortodoxos que consideran esas palabras de Jesús erróneas. Por ejemplo, cita a L.P. Krasavin, quien escribe: “Esa enseñanza se opone a la verdad cristiana, antes de todo porque propaga la inacción, mientras que el cristianismo llama al amor activo y la inacción la considera como pecado”. Con esto él olvida que el amor activo no perjudica a nadie y que la actividad cristiana consta sólo de la actividad o acción espiritual. O, por ejemplo, cita a I.A. Iliin quien dedicó al problema por lo menos dos obras (“Sobre la resistencia al mal a través de la violencia” o “La principal contradicción moral de la guerra”), en las cuales destacó que lo que pertenece al hombre no es el derecho, sino el deber acudir a la fuerza, es decir, a la violencia, por supuesto, si la misma “se resulte la única salida o la menos injusta”.

Entonces, aun cuando estos escritores se llamen a si mismos filósofos cristianos, van claramente contra la Palabra de Cristo, la que explican o corrigen, según su parecer. Y lo hacen no sólo los filósofos, sino también muchos de los clérigos ortodoxos. El mismo Vl. Rogosa propone bastantes ejemplos revelando la posición de algunos de los padres de la Iglesia y de los sacerdotes respecto al asunto en cuestión. Particularmente, él cita las palabras de Alexio (de Simán), el metropolitano de Leningrado, quién en los primeros días de la Segunda Guerra Mundial se dirigió a todos los creyentes ortodoxos con las siguientes palabras:

“La guerra es un acto horrible y funesto para aquellos, quienes la emprenden sin necesidad, sin justicia y con la sed del saqueo y de la esclavización. Pero la guerra es también un acto santo para aquellos, quienes la emprenden por la necesidad, para defender la verdad, y la Patria. En este caso los que se toman el arma, realizan una verdadera hazaña y si sufren una herida o pierden su vida por sus consanguíneos, por su Patria, van tras los mártires hacia la corona eterna e incorrupta” Y dirigiéndose a los soldados él exclamó: “Nosotros bendecimos su hazaña militar y firmemente creemos que el Señor de las fuerzas está con ustedes en esta sagrada lucha y que a su noble impulso dará su ayuda y su fuerza milagrosa”.

Así, el metropolitano olvida que cada parte tiene su propia “verdad” e iguala a los soldados caídos por la patria terrenal con los mártires que dieron su vida por el Señor. Tampoco está conciente que, de hecho, repite la convocatoria de los generales paganos que alientan a sus soldados a la lucha y los animan a defender los intereses de sus “consanguíneos”, es decir, de aquellos, con quienes están vinculados por la carne y sangre. Mientras tanto los “consanguíneos” no siempre son prójimos por el espíritu, ya que unos son honestos y fieles y los otros son ladrones, traidores y homicidas y por eso no pueden subsistir juntos. Con todo, los semejantes clérigos declaran santa la patria

7. Священное Писание о войне и воинском служении. – статья протоиерея Ал. Григорьева:

<http://www.pravoslavie.ru/jurnal/1324.htm>

8. Диякон Петр Пахомов «Православие и война: так надо ли защищать своё отечество?»

http://ruskline.ru/analitika/2010/09/14/pravoslavie_i_vojna_tak_nado_li_zawiat_svoe_otchestvo/

terrenal - justamente aquella en la que los verdaderos cristianos se sienten *extranjeros y forasteros*, pues sus pensamientos están con la patria celestial.

Lo dicho no se trata sólo de la Iglesia Ortodoxa rusa, sino concierne también a otras Iglesias y antes de todo a la Iglesia Apostólica Armenia que tampoco suele considerar las sagradas escrituras desde el punto de vista del espíritu que las engendró, pues muy frecuentemente lo hace desde el punto de vista terrenal. Veremos, por ejemplo, el artículo “La Iglesia Apostólica Armenia en defensa de la Patria”, escrito por L. Melik-Shajnazarian.⁹ En el mismo el autor considera como un mérito de la Iglesia Armenia el hecho de estar a lo largo de su historia en la vanguardia del movimiento nacional del pueblo armenio, cumpliendo los deberes tanto del poder espiritual como del poder estatal, y admira a los sacerdotes y diáconos armenios que defendían su patria metiéndose a la batalla con el arma en las manos y gritando: “Dios está con nosotros”.

Pero preguntémosnos: ¿cuál es la patria por la cual la Iglesia bendice a los cristianos a matar y morir? ¿Cuál es a la que la llama santa? ¿la terrenal o la celestial? ¿Qué verdad defiende? ¿En qué Dios llama a confiar, si es la patria terrenal a la que declara santa y si es el bienestar terrenal, lo que aspira? ¿A quienes llama prójimos? Y las contraposiciones raciales o nacionales, ¿no son, acaso, manifestaciones del puro paganismo? Pues Dios no hace tales contraposiciones, sino dice al revés:

“... si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles?” (Mt 5: 46-47). Conformemente con esto podemos agregar: si defendéis sólo a tus consanguíneos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles?

Pero las iglesias no se hacen tales preguntas. En total acuerdo con la especulación pagana, ellas, según la costumbre humana, tratando de conciliar la Palabra de Dios con las exigencias del poder terrenal y justificar la necesidad del uso de la violencia, dividen las guerras en justas e injustas. La Iglesia Ortodoxa o la Iglesia Armenia, como vimos, consideran justas las guerras en defensa de la patria terrenal a la que declaran santa, mientras que en las pasiones que las provocan, ven simplemente una “ira justa”. Y lo que se refiere a la Iglesia Católica que organizó las cruzadas en defensa del Santo Sepulcro, declaró justas también las guerras en defensa de Jesucristo y de santos lugares cristianos, estableciendo los siguientes elementos tradicionales de su legitimidad:

«Se han de considerar con rigor las condiciones estrictas de una *legítima defensa mediante la fuerza militar*. La gravedad de semejante decisión somete a ésta a condiciones rigurosas de legitimidad moral. Es preciso a la vez:

- Que el daño causado por el agresor a la nación o a la comunidad de las naciones sea duradero, grave y cierto.
- Que todos los demás medios para poner fin a la agresión hayan resultado impracticables o ineficaces.
- Que se reúnan las condiciones serias de éxito.
- Que el empleo de las armas no entrañe males y desórdenes más graves que el mal que se pretende eliminar. El poder de los medios modernos de destrucción obliga a una prudencia extrema en la apreciación de esta condición....».¹⁰

9. Левон Мелик Шахназарян «Армянская Апостольская Церковь на защите Родины»

<http://www.hayadat.ru/new/?n=2&p=5&pp=22>

10. Véase: Historia de la Iglesia. Epoca Medieval. Sexta parte: El siglo XII, capítulo I: Las cruzadas. Desde la primera cruzada hasta 1204. - Doctrina tradicional de la “guerra justa”. Catecismos y Summa teológica: - *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2309 [Tercera parte. La vida en Cristo. Segunda sección. Los diez mandamientos. Capítulo segundo. «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Estos antiguos postulados se han preservado su legitimidad hasta hoy. Lo demuestra, por ejemplo, el artículo “Matar en defensa propia y guerra justa” escrito por el Padre Jorge Loring, el sacerdote jesuita, autor de “Para Salvarte”, donde leemos:

“Al prójimo **se le puede matar** en tres casos: en la guerra justa, en defensa propia y en la justa aplicación de la pena de muerte. El mandato divino "No matarás" significa que nadie puede matar sin motivo y sin razón. Pero hay circunstancias en las que hay una justificación.”

Más adelante él dice respecto a la defensa propia:

“En **defensa propia** se puede matar cuando alguien quiere matarnos injustamente, o hacernos un daño muy grave en nuestros bienes, equivalente a la vida; si no hay otro modo eficaz de defenderse. No es necesario esperar a que él nos ataque. Basta que nos conste que él tiene un propósito decidido de matarnos, y sólo está esperando el momento oportuno para hacerlo; y no hay otro modo de salvar la vida que adelantarse y atacar primero. Esto en el terreno moral, independientemente de la ley civil. Lo que se permite en defensa propia se autoriza igualmente en pro del prójimo injustamente atacado. La caridad fraterna puede obligar a esto, pero no a exponer la propia vida, a no ser que se trate de parientes cercanos o esté uno obligado por contrato (guardias, policías)”¹¹

Como vemos, aquí también la palabra de Dios, se corrige o se interpreta, según las necesidades terrenales y carnales. Y se lo hace con total desprecio del hecho que cada carne tiene su propio concepto de la justicia y que en las guerras llamadas “justas” las Iglesias siempre defienden algo terrenal justificando esa defensa por la “ira justa”. Mientras tanto los apóstoles afirman, que *cualquier* ira, siendo una manifestación de pasiones paganas, invariablemente lleva al derramamiento de la sangre en la tierra, lo que en ningún caso no se justifica desde el punto de vista de la Palabra de Dios. Por eso el apóstol exige: “desechad [...] todo esto: cólera, ira, maldad, maledicencia y palabras groseras, lejos de vuestra boca. No os mintáis unos a otros. Despojaos del hombre viejo con sus obras” (Col 3: 8-9), porque “Dios no nos ha destinado para la cólera, sino para obtener la salvación por nuestro Señor Jesucristo” (1Tes 5: 9).

Y aunque las palabras del apóstol no reciben la merecida atención, para un cristiano sincero debe estar claro, que toda justificación del uso de la violencia es un intento de ennoblecer las pasiones de la carne que no pueden someterse a la Palabra de Dios y, de hecho, reemplazan la Santa Patria celestial por la “santa” patria terrenal. Tras estos intentos en realidad se esconden las fuerzas del mal “que actúan en los rebeldes” (Ef 2: 2). Justamente por ellas se dirigen aquellos filósofos y teólogos que intentan justificar la violencia. A ellos haría que preguntar: ¿si se consideran a sí mismos mayores de Jesucristo Quién teniendo el poder llamar a su disposición legiones de ángeles, por la edificación nuestra prefirió soportar uno tras otro todos los escarnios a Él y con su muerte mostrar a todo el mundo el único verdadero camino de la salida del mundo del mal? Pero los que no entienden eso, contrariamente, a menudo suelen citar las siguientes palabras de Jesús referidas a la espada: “Pues ahora, el que tenga bolsa que la tome y lo mismo alforja, y el que no tenga que venda su manto y compre una espada” (Lc 22: 36). Basándose en estas palabras del Señor o quitando del contexto lógico de la

Artículo 5. El quinto mandamiento. III. La defensa de la paz. Evitar la guerra]. Doctrina tradicional de la “guerra justa”. Catecismos y Summa teológica: http://mercaba.org/FICHAS/IGLESIA/HT/indice_historia_iglesia.htm

11. P. Jorge Loring *Matar en defensa propia y guerra justa*. - Catholic. Net. | Fuente: Para Salvarte: <http://es.catholic.net/sexualidadybioetica/350/1784/articulo.php?id=6275>

Sagrada Escritura las siguientes: - “No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada.” (Mt 10: 34) -, ellos procuran convencer a los creyentes a derramar la sangre de los enemigos con el fin de vivir tranquilo en la tierra, aunque se ha dicho, que Cristo “murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” (2 Cor 5: 15). Con esto ellos no se dan cuenta de la futilidad de cualquier tipo de violencia porque la misma no destruye el mal y, consiguientemente, los resultados de las guerras son temporales e ilusorios. Además, las guerras conciernen a los reyes y gobernantes terrenales y no a la Iglesia, cuya arma debe ser plenamente espiritual y dirigida contra las fuerzas espirituales y no terrenales. Cada hombre, por poco sea imparcial, entiende que en las citas mencionadas Jesús no habla del arma física, sino de la Palabra de Dios que, como nos transmite el apóstol, “es viva... y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón.” (Hb 4: 12).

Al principio los apóstoles no entendieron las palabras de Jesús y justamente por eso Pedro intentó a defenderlo con la espada física, aun sin darse cuenta, que de los asuntos del mundo espiritual se puede hablar en la tierra sólo a través de las alegorías. Para que más adelante ya nadie confunda los objetos y fenómenos espirituales mencionados en la Palabra de Dios, con los objetos y fenómenos físicos y terrenales, el apóstol Pablo aclara:

“¡No!, las armas de nuestro combate no son carnales, antes bien, para la causa de Dios, son capaces de arrasar fortalezas. Deshacemos sofismas y toda altanería que se subleva contra el conocimiento de Dios y reducimos a cautiverio todo entendimiento para obediencia de Cristo.” (2 Cor 10: 4-5).

Entonces, está claro que la verdadera Iglesia no lucha contra los recipientes de carne y de sangre, que son nada por sí mismos, sino *contra* el espíritu que se instaló en ellos, el que no se elimina con la espada física; lucha *contra* aquel a quién el apóstol llamó “Príncipe del imperio del aire, el Espíritu que actúa en los rebeldes...” (Ef 2: 2) y con quien se puede luchar sólo con la Palabra de Dios convertida en carne y sangre del hombre.

“Revestíos de las armas de Dios”, dice el apóstol, “para poder resistir a las acechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas. Por eso, tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneiros firmes. ¡En pie!, pues; ceñida vuestra cintura con la Verdad y revestidos de la Justicia como coraza, calzados los pies con el Celo por el Evangelio de la paz, abrazando siempre el escudo de la Fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno. Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos,” (Ef 6: 11-18).

De ahí podemos concluir, cuáles son las armas de Dios. La primera es “**la cintura ceñida con la Verdad**” que, como aclara el apóstol Pedro, se refiere a “*los lomos de espíritu*” (1 Pedro 1: 13); la segunda es “**el escudo de la Fe**”, es decir, la defensa que no se perfora por ninguna arma; la tercera es “**la coraza de la Justicia**”, o la coraza “*de la fe y de la caridad*” (1 Tes 5: 8) que representan la base de la justicia; la cuarta arma se refiere a “**los pies calzados con el Celo por el Evangelio de la paz**” que simbolizan la acción de los cristianos; la quinta es “**el yelmo de la salvación**” o “*la esperanza de salvación*”, (1 Tes 5: 8) y la sexta, es “**la espada del Espíritu**” que se refiere a la *Palabra de Dios*. A todo este “arsenal” el apóstol Pablo lo llama “las armas de la luz”

(Rom 13: 12) o las armas de los hijos “del día” (1 Tes 5: 8). Son las mismas que han mencionado también los profetas. Por ejemplo, el profeta Isaías al contar sobre la futura guerra del Cristo con el mundo, decía de Él:

“Se puso la justicia como coraza y el casco de salvación en su cabeza. Se puso como túnica vestidos de venganza y se vistió el celo como un manto.” (Is 59: 17).

De las mismas armas leemos también en el Apocalipsis de Juan:

“De su boca sale una espada afilada para herir con ella a los paganos; él los regirá con cetro de hierro; él pisa el lagar del vino de la furiosa cólera de Dios, el Todopoderoso.” (Ap 19: 15) o “Arrepiéntete, pues; si no, iré pronto donde ti y lucharé contra éstos con la espada de mi boca.” (Ap 2: 16).

Entonces, ¿qué es, según las escrituras, lo que deben hacer, los verdaderos cristianos, cuando alguien atenta contra su vida, su bienestar, su familia, sus propiedades, sus prójimos, su patria, etc.?

Jesucristo les deja la única salida: soportar, si es necesario, todo hasta el fin confiando sólo en la Palabra de Dios, pues *los tesoros de los cristianos no son de este mundo*. Y destaca: “Aquí está la paciencia y la fe de los santos”. (Ap 13: 10 V. Reina Valera 1960).

“«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo», aclara en otro lugar, “tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.” (Mt 16: 24-25).

“Negarse a sí mismo” significa servir sólo a la Palabra del Señor que es superior a cualquier afecto carnal, incluso al afecto a la patria terrenal, porque si uno es cristiano, ya es muerto para la vida terrenal y su nacionalidad o rasa es Cristo Mismo que salva a través del amor. En cuanto a las nacionalidades o rasas terrenales, estas corresponden al concepto del prójimo, al que se debe amar después de Dios. Y lo que se refiere a “tomar su cruz” y seguirle al Señor, a pesar de lo que los evangelios lo relacionen con las penas e injusticias que deben llevarse con paciencia, muchos de los eclesiásticos lo entienden literalmente y llevan las cruces en forma de banderas y pancartas en las batallas. En consecuencia, como ha notado el gran filósofo ortodoxo N.Berdiaev,

“La historia cristiana nunca realizó el verdadero personalismo cristiano, ella realizaba lo opuesto. Lo que inspiraba a los cristianos no era el Sermón de la Montaña, sino la fuerza y la gloria de los estados y naciones, la voluntad militante a la expansión.” (Berdiaev. Problema del hombre).

De lo dicho sigue la conclusión que la mayoría de los que se creen cristianos, se quedan medio paganos.

Mientras tanto aun en el Antiguo Testamento tenemos un ejemplo de la verdadera proeza cristiana, - que, a propósito, una vez más manifiesta la identidad de la enseñanza del Antiguo y Nuevo Testamentos. Se trata del segundo libro de Macabeos donde hay un relato sobre una madre que luchaba por las almas de sus siete hijos rogándolos no renunciar la verdad de Dios aunque lo exigiera el cruel rey pagano que los venció, incluso si por eso tendrían que sacrificar su vida terrenal.

“Animaba a cada uno de ellos en su lenguaje patrio”, leemos en el, “y, llena de generosos sentimientos y estimulando con ardor varonil sus reflexiones de mujer, les decía: «Yo no sé cómo aparecisteis en mis entrañas, ni fui yo quien os regaló el espíritu y la vida, ni tampoco organicé yo los elementos de cada uno. Pues así el Creador del mundo, el que modeló al hombre en su nacimiento y proyectó el origen de todas las cosas, os devolverá el espíritu y la vida con misericordia, porque ahora no miráis por vosotros mismos a causa de sus leyes.»..... Se inclinó sobre él y burlándose del cruel tirano, le dijo en su lengua patria: «Hijo, ten compasión de mí que te llevé en el seno

por nueve meses, te amamanté por tres años, te crié y te eduqué hasta la edad que tienes (y te alimenté). Te ruego, hijo, que mires al cielo y a la tierra y, al ver todo lo que hay en ellos, sepas que a partir de la nada lo hizo Dios y que también el género humano ha llegado así a la existencia. No temas a este verdugo, antes bien, mostrándote digno de tus hermanos, *acepta la muerte, para que vuelva yo a encontrarte con tus hermanos en la misericordia.*» (2 Mac 7: 21-23, 27-29)

¿Qué le daba fuerzas a esa madre? Efectivamente, fue una fe profunda que equivale al conocimiento de la verdad de la vida. La mencionada Epístola a Diogneto explica bien la raíz de tales ánimos diciendo:

“(...)entonces condenarás el engaño y el error en el mundo; cuando te des cuenta que la vida verdadera está en el cielo, cuando desprecies la muerte aparente que hay en la tierra, cuando temas la muerte real, que está reservada para aquellos que seran condenados al fuego eterno que castigará hasta el fin a los que sean entregados al mismo. Entonces admirarás a los que soportan, por amor a la justicia, el fuego temporal, y los tendrás por bienaventurados (...)” (Epístola a Diogneto X)

Eso fue lo que le daba fuerzas y por eso a pesar de la exhortación del rey pagano para que convenza a sus hijos de aceptar las leyes del mundo pagano y así pueda conservar sus vidas terrenales, les rogaba que se sacrificuen por la verdad de la Vida que está en los cielos y así eviten la segunda muerte, más horrorosa, - aquella la que menciona el Ángel de Dios diciendo: “el vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda.” (Ap 2: 11).

Fue por la misma razón que el apóstol había dicho:

“Pero lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo” (Fil 3: 7-8)

Está claro que todo lo dicho en este artículo no se trata de no defender a sus prójimos, sino de cómo hacerlo y como lo debe hacer la Iglesia. Su área es la Palabra y el Espíritu. Precisamente con ellos debería defender a sus parroquianos inculcándoles la fe en la justicia suprema, y no con el arma física, cuya porte equivale al regreso a Egipto. Tanto más que no hay nada más poderoso y demoledor que la Palabra de Dios y el Espíritu que la contiene. Pero esa verdad se entiende únicamente por la Fe. Como nos recuerda el apóstol Pablo, los hijos de Dios “por la fe, sometieron reinos, hicieron justicia, alcanzaron las promesas, cerraron la boca a los leones; apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, curaron de sus enfermedades, fueron valientes en la guerra, rechazando ejércitos extranjeros” (Hb 11: 33-34).

Si el cristiano toma el arma para derramar la sangre del enemigo con el fin de conservar su propia vida, su propio bienestar, su patria, sus familiares, etc., lo hace sólo por la falta de la fe y así obra como un verdadero pagano que desconoce la Ley de la Vida.

Es muy doloroso el hecho que siendo llamada a educar la fe en las personas, la Iglesia en muchas ocasiones la destruye provocando un daño irreparable en sus parroquianos que a su vez comienzan a confundir los conceptos espirituales con los terrenales. La raíz de esta alteración está en el hecho que al llamarse pastores muchos de los clérigos no llevan en sí mismos “el morir de Jesús” (2 Cor 4: 10), sus ojos están abiertos sólo para este mundo en que quieren gobernar olvidando a menudo que es el mundo

contrario al Señor. Bendicen las armas y hasta ellos mismos muestran su disposición a participar en los combates no espirituales.



Es de tales el salmista había dicho antaño:

“Me arrebató el furor por los impíos que abandonan tu ley.” (Sal 119: 53).

Realmente, ellos no recuerdan o no saben que sólo es el pagano quién se defiende matando, mientras que el Hijo de Dios vence con el Espíritu. Y por más que parezca absurdo desde el punto de vista de los intereses terrenales renunciar a todo sin preocuparse mucho de su propia vida en la tierra, para el “hombre nuevo” en Cristo es indispensable. Mas cuando la Iglesia rompe el legado “no matarás” o cuando altera el significado de este precepto, siempre procede **“naturalmente”, es decir, “no capta las cosas del Espíritu de Dios”, pues resulta que “son necedad para (ella). Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas.”** (1 Cor 2: 14). Así se revela su doblez e hipocresía que desacreditan todo el mundo cristiano. El apóstol Pablo decía de tales: “todos buscan sus propios intereses y no los de Cristo Jesús.” (Flp 2: 21). Los sacerdotes y profetas, igual que en los tiempos del profeta Isaías, “erraron con el vino, y con sidra se entontecieron; el sacerdote y el profeta erraron con sidra, fueron trastornados por el vino; se aturdieron con la sidra, erraron en la visión, tropezaron en el juicio.(...) La palabra, pues, de Jehová les será mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá; hasta que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, enlazados y presos..” (Is 28: 7 y 13; Reina-Valera 1960)

Son aquellos de los cuales Jesús había dicho:

“Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres.» (Mt 15: 7-9). Y también: “Muchos me dirán aquel Día: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos

demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?"Y entonces les declararé: "¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad!"” (Mt 7: 22-23)

A tales de sus representantes con toda justicia podríamos atribuir también las siguientes palabras del apóstol: “Tú que te glorías en la ley, transgrediéndola deshonras a Dios. (...) el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones.” (Rom 2: 23-24)

*

a)

[http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=http%3A%2F%2Fantikor.com.ua%2Farticles%2F28876-](http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=http%3A%2F%2Fantikor.com.ua%2Farticles%2F28876-jurij-chernomorets-rossijskoe-pravoslavie-diskreditiruet-vse-pravoslavie&ei=sLf1VMjGBPaUsQStioLgCA&psig=AFQjCNFSnbRjDkHSv2275shR4oFgJv0Jmg&ust=1425475888157398)

[jurij-chernomorets-rossijskoe-pravoslavie-diskreditiruet-vse-pravoslavie&ei=sLf1VMjGBPaUsQStioLgCA&psig=AFQjCNFSnbRjDkHSv2275shR4oFgJv0Jmg&ust=1425475888157398](http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=http%3A%2F%2Fantikor.com.ua%2Farticles%2F28876-jurij-chernomorets-rossijskoe-pravoslavie-diskreditiruet-vse-pravoslavie&ei=sLf1VMjGBPaUsQStioLgCA&psig=AFQjCNFSnbRjDkHSv2275shR4oFgJv0Jmg&ust=1425475888157398)

b)

[http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=http%3A%2F%2Fwww.forosperu.net%2Ftemas%2Fpapa-francisco-rabino-y-lider-musulman-se-dan- emotivo-abrazo.618044%2Fpagina-](http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=http%3A%2F%2Fwww.forosperu.net%2Ftemas%2Fpapa-francisco-rabino-y-lider-musulman-se-dan- emotivo-abrazo.618044%2Fpagina-4&ei=9mv3VKu6CsawggSKhYKgBQ&psig=AFQjCNEkWMY_iaZuR4KGvvWCToOFTJqIvQ&ust=1425587574229215)

[4&ei=9mv3VKu6CsawggSKhYKgBQ&psig=AFQjCNEkWMY_iaZuR4KGvvWCToOFTJqIvQ&ust=1425587574229215](http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=http%3A%2F%2Fwww.forosperu.net%2Ftemas%2Fpapa-francisco-rabino-y-lider-musulman-se-dan- emotivo-abrazo.618044%2Fpagina-4&ei=9mv3VKu6CsawggSKhYKgBQ&psig=AFQjCNEkWMY_iaZuR4KGvvWCToOFTJqIvQ&ust=1425587574229215)

c)

http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=http%3A%2F%2Fcensor.net.ua%2Fnews%2F322071%2Fza_antiukrainskuyu_deyatelnost_kievsovet_lishil_moskovskiyi_patriarhat_lgot_po_oplate_zazemlyu&ei=R2r3VJaDDerdsASliIGIBA&psig=AFQjCNGKSAUU-SrFs15t0iPaffkMuvjweA&ust=1425587143317754

[i=R2r3VJaDDerdsASliIGIBA&psig=AFQjCNGKSAUU-SrFs15t0iPaffkMuvjweA&ust=1425587143317754](http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=http%3A%2F%2Fcensor.net.ua%2Fnews%2F322071%2Fza_antiukrainskuyu_deyatelnost_kievsovet_lishil_moskovskiyi_patriarhat_lgot_po_oplate_zazemlyu&ei=R2r3VJaDDerdsASliIGIBA&psig=AFQjCNGKSAUU-SrFs15t0iPaffkMuvjweA&ust=1425587143317754)

d)

[http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=https%3A%2F%2Ffalsasbanderas.wordpress.com%2F2012%2F07%2F09%2Fel-banco-del-vaticano-en-el-principal-accionista-de-la-mayor-industria-de-armamentos-en-el-mundo-pietro-beretta%2F&ei=fGz3VPXUFcm8ggSIsYDgBw&psig=AFQjCNFy-](http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=https%3A%2F%2Ffalsasbanderas.wordpress.com%2F2012%2F07%2F09%2Fel-banco-del-vaticano-en-el-principal-accionista-de-la-mayor-industria-de-armamentos-en-el-mundo-pietro-beretta%2F&ei=fGz3VPXUFcm8ggSIsYDgBw&psig=AFQjCNFy-gTIGaucdVAwkq3BzqjUCc22yw&ust=1425587708494201)

[gTIGaucdVAwkq3BzqjUCc22yw&ust=1425587708494201](http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=https%3A%2F%2Ffalsasbanderas.wordpress.com%2F2012%2F07%2F09%2Fel-banco-del-vaticano-en-el-principal-accionista-de-la-mayor-industria-de-armamentos-en-el-mundo-pietro-beretta%2F&ei=fGz3VPXUFcm8ggSIsYDgBw&psig=AFQjCNFy-gTIGaucdVAwkq3BzqjUCc22yw&ust=1425587708494201)

Al índice

¿La Iglesia que no sabe?...

Hace pocos años en mi página web reflexioné brevemente acerca de una producción del programa “Hora clave” de la televisión argentina, que conducía el señor Mario Grondona (07.09.09) y que fue dedicada a dos sacerdotes jóvenes que trabajaban en las villas cumpliendo su servicio. El sr. Grondona, evidentemente, por no encontrar alguna explicación religiosa de las desgracias – aparentemente injustificables – que ocurren en la tierra, los preguntó manifestando sus dudas, *si siguen creyendo en Dios después de haber sumergido en tanta pobreza y desgracia*. Contestaron rápido, pero de una manera insegura y no convincente. Después, poniendo en evidencia la insuficiencia de su fe y de su conocimiento de la Palabra de Dios uno de ellos agregó *que lo que les ayuda a mantener su fe es la fe de los mismos villanos*.

En aquel tiempo me sorprendió tanto la pregunta que revelaba un total desconocimiento de la Palabra del Señor como la respuesta, porque ambas manifestaron una espera de cambios favorables justamente en este mundo que crucificó a Jesús, del que Él renegó diciendo que su Reino no es de aquí. Pero lo que más me impactó fue la ausencia de la fe en los sacerdotes, pues para mantener su fe necesitaban la fe de sus parroquianos. Y quedé pensativa: ¿en que consiste, entonces, su sacerdocio, y qué lugar ocupa la Palabra de Dios en su vida? ¿Por qué estos, sin ninguna duda, buenos muchachos, no lograron ni fundamentar, ni defender su fe explicando claramente el motivo de su creencia a pesar de todas las desgracias que ocurren en la tierra?

Y ahora, pasando años me hago de nuevo la misma pregunta reflexionando ya sobre la respuesta dada por la autoridad suprema de la Iglesia Católica a una niña de 12 años durante su reciente viaje a Filipinas, que con un goce maligno se publicó por muchas páginas de Internet de la siguiente manera:

“Bergoglio no pudo responder a una pregunta que le hizo una niña de 12 años en Filipinas.

Fue esta que le hizo la niña:

““Hay muchos niños abandonados por sus propios padres, muchos víctimas de muchas cosas terribles como las drogas o la prostitución. **¿Por qué Dios permite estas cosas, aunque no es culpa de los niños?** y **¿Por qué tan poca gente nos viene a ayudar?**”.

Francisco, emocionado ante las palabras de los niños, dejó de lado el discurso que tenía preparado y pidió permiso a los presentes para improvisar en castellano uno completamente nuevo. “La realidad que me plantearon fue superior a lo que había preparado”, se excusó.

“Ella hoy ha hecho **la única pregunta que no tiene respuesta**” y no le alcanzaron las palabras y tuvo que decir las con lágrimas”

Esta vez, sin embargo, el hecho de no tener respuesta ya no me sorprendió mucho, porque sólo manifestó lo que sigo diciendo a lo largo de este libro sobre las afecciones de la Iglesia. Mas lo que hace en particular, es desacredita la fe cristiana que se presenta sin raíces y colgada en el aire. Efectivamente, si el Pontífice no sabe la razón de su fe, entonces ¿quién la sabe?

No obstante la respuesta sí, existe y está en la razón de la fe cristiana, que hace mucho que no se considera adecuadamente por ser incómoda para la Iglesia que entró en un profundo compromiso con el mundo corrupto. Y como consecuencia de este compromiso aparecen eclesiásticos que no saben la razón de su fe, ora la saben, pero no están concientes de ella, ora sabiendo no quieren aclararla por la misma incomodidad. Sea como sea, la Sagrada Escritura la revela muy a menudo y antes de todo en el

Génesis, cuando habla *de la maldición de la tierra* por la culpa de Adán, de su estado de expulsión del paraíso que durará *hasta el fin de los tiempos*; se revela también en las indicaciones de los profetas y los reyes, referidas al dueño del mundo, en que cayó el hombre; y asimismo en los textos del Nuevo Testamento, por ejemplo, en la parábola sobre el hijo pródigo; en el Apocalipsis profetizando la nueva tierra y el nuevo cielo, etc., etc. – En fin, toda la Biblia está hablando de la razón de lo que pasa, del pozo mortal, en el cual había caído el hombre y por qué; y también de cómo, cuando y quién podría salir de él. A todo esto he dedicado mi libro “Los seis días de la Creación y el día séptimo”. Indirectamente lo he mostrado incluso en este libro actual referido a las afecciones de la Iglesia terrenal. Lamentablemente, aunque la dicha razón es evidente, los servidores de las Iglesias no la ven. La conocen, pero no asumen todo su significado, pues oír, oyen, pero no entienden, mirar, miran, pero no ven, igual que aquellos judíos de los cuales el Señor dijo: “en ellos se cumple la profecía de Isaías: “Oír, oiréis, pero no entenderéis, mirar, miraréis, pero no veréis.” (Mt 13: 14)

Son muchos los que se creen católicos (o protestantes) y al mismo tiempo esperan cambios favorables justamente en la vida terrenal que conocen y que parece ser la única en la que creen de verdad. Y cuando no ven esos cambios o cuando se les quita algo que aman, comienzan a dudar y pierden su fe. Viviendo en la tierra afectada por los dolores y la muerte no se dan cuenta, no admiten que viven en un mundo maldito desde los tiempos de Adán y se decepcionan de la fe, se enojan con el Creador y cargan toda la culpa sobre Él, sin acordarse del hecho que les había propuesto la vida y la muerte a elección. Y eligieron y siguen eligiendo la muerte. Creyendo conseguir la vida por sí mismos, por su propia ciencia y sus instituciones “justas”, no piensan en lo que los criterios de la justicia de los hombres dañados por la mismidad, no coinciden. **En otros términos, el hombre se alejó de Dios queriendo hacer todo, según su propia voluntad, sin darles caso a las consecuencias, y eso le fue concedido.** Entró en el mundo de los egos que constantemente se chocan entre sí y lo harán hasta el fin de los tiempos. Sabiendo eso nadie debería olvidar que todo lo que pasa en su vida es la consecuencia de su elección, porque prefirió su voluntad que no va más allá de los intereses de cada uno, y desdeñó la de Dios, que aspira el bien de toda la creatura, incluso el de los animales y de las plantas. El hombre del mundo –del que Jesucristo dijo que *no es suyo*– ni siquiera imagina, cuan lejos está del mundo de Dios y cuan profundo es su compromiso con lo que le impide volver a sus raíces esenciales. Confunde la maldición con el paraíso y aspira reconciliarlo con la muerte. Queriendo vivir en el mundo de su voluntad, cree poder cambiarlo y por eso habla incesantemente de la necesidad de cambiar el mundo sin admitir toda la falsedad de la premisa, pues el paraíso no se consigue con los cambios externos. Al contrario, se basa en el cambio interno de todos los hombres, **porque no puede existir un paraíso rodeado de miseria ajena, incluso si la miseria sea de un solo hombre o la de un solo animal.** Pero el mencionado cambio interno de toda la humanidad no está en el poder del hombre nacido en la mismidad, sino sólo en el poder de Dios.

En lo dicho nada es nuevo, y la confusión de los mundos es la consecuencia de las lagunas en la memoria del hombre cristiano, que se forman **por no hacer inferencias válidas de la Palabra de Dios** o por dejarlas en descuido. El hombre se decepciona de Jesucristo, porque su venida no ha traído un cambio visible, aunque el Señor nada había prometido respecto a este mundo, a menos que hasta su segunda venida. El explicó que el hombre puede salvarse sólo después de haber logrado su purificación interna que *no se logra sin sacrificios y sufrimientos y sin pasar por la muerte*, los que le permiten sobrellevar una transformación corporal que consiste en la liberación de sus “túnicas de piel”, o de su carne mortal, y en la revelación de su ser interior. Y si este ser interior

resulta ser la gloria de Dios, entonces, ya libre de la maldición, podrá habitar en las condiciones completamente distintas en la nueva tierra y bajo el nuevo cielo, de los cuales nos habla el Apocalipsis de Juan. (Ap 21: 1)

Pero ¿quién debe saber y defender la Palabra de Jesucristo y la fe mejor que los sacerdotes? Sin embargo, vemos dondequiera, que los servidores de la Iglesia no logran hacerlo cuando surge la necesidad, porque, como ya dije, no reflexionan suficientemente sobre la Palabra del Señor, que siendo una fuente del conocimiento insaciable, requiere la constancia en su estudio. Ciertamente, ¿no es la Palabra clara la que deben llevar al mundo los sacerdotes, incluso, cuando esa claridad *choca* con la realidad terrenal? Y si no la tienen, es por la misma confusión de los conceptos *carne* y *alma*, de la que hablé en este libro y la que condiciona la mencionada espera de los cambios favorables justamente en este mundo.

Por supuesto, todo esto es difícil explicar a una niña de 12 años, pero no es imposible. Se podría hacerlo, por ejemplo, de la siguiente manera:

Lo primero que debes saber y en lo que debes creer, es que la vida en esta tierra es una prueba temporal que pasan todos los hombres por distintas maneras, asignadas por Dios a cada uno, según la razón Divina. Unos la pasan a través del bienestar relativo y los otros, a través del sufrimiento. Cuando el hombre muere, se termina la prueba, pero no la vida que se continúa ya en otras condiciones, cuya calidad depende del cómo el hombre había pasado la prueba que le fue asignada.

Y lo segundo que debes saber es el ¿por qué? el hombre pasa esa prueba. La pasa, porque una vez desobedeció a su Padre que es el Creador de la Vida eterna y, así, rompió con ella. Prefirió construirla por sí mismo y el Padre le permitió hacerlo, sabiendo que cuando se sumerja en las consecuencias mortales de su desobediencia, puede entender la razón del Padre y volverse a Él.

Por eso la liberación de todos los males que afectan la tierra está dentro de cada uno dependiendo de su entender, y se logra sólo espiritualmente, es decir, cuando el hombre - pase lo que pase en su vida terrenal - logra conservar su humanitarismo que se manifiesta en la bondad, en la sincera misericordia y en la fidelidad a la verdad.

Por eso recuerda que nunca estás sola y los ojos de tu Padre celestial están fijados en ti, en tus pensamientos, en tus palabras, en tu conducta, y, si eres buena cumpliendo sus preceptos, Él te protegerá mientras estas aquí y te salvará en el último día de tu existencia temporal para darte la verdadera Vida llena de felicidad y la que no tendrá fin.

Parece muy simple y evidente. Y sin embargo los sacerdotes sabiéndolo como si no lo sepan y creyendo en la Sagrada Escritura como si no crean en ella. Por eso no encuentran respuesta.

Y no se trata sólo de los servidores de la Iglesia Católica, sino también de los de las otras Iglesias. La causa siempre es la misma: las reglas humanas “corren” a un lado la Palabra del Señor, de hecho, descuidándola. Por eso los buscadores de la verdad que hacen preguntas a los sacerdotes, o los mismos sacerdotes que las hacen a sus superiores, a menudo se quedan sin respuesta, pero no sin consecuencias, porque al no recibir ninguna aclaración para sus inquietudes, muchos de ellos *confundiendo la Palabra de Jesús con la enseñanza de la Iglesia corrompida* piensan que él que no tiene respuesta es Jesús y pensando así lo abandonan.

Últimamente cada vez es mayor el número de los cristianos y sacerdotes, tanto católicos como ortodoxos, que renuncian la fe cristiana y se convierten al budismo o al Islam. Uno de ellos, por ejemplo, ex-sacerdote y profesor de la seminaria ortodoxa de la ciudad de Kursk (Rusia), explicando el motivo de su conversión al Islam dijo que muchas cosas en la enseñanza de la Iglesia no estaban claras para él y cuando pedía a otros sacerdotes que las aclararan, no recibía ninguna respuesta. Tampoco la encontró en

los libros ortodoxos. Lo único que consiguió con su insistencia fue la desconfianza del clero ortodoxo. Entonces se decepcionó del cristianismo y prefirió convertirse al Islam.¹

No importa, si fue sincero en su relato o no, el hecho es que las Iglesias, por considerar *parcialmente* la Palabra de Jesús, pierden la esencia de la misma y por eso tampoco la saben los sacerdotes preparados por ellas. Los mismos haciéndose malos pastores, de verdad, no pueden dar una respuesta clara y no confusa referida a su fe. Pero sus rebaños la necesitan. Los simples cristianos siendo ocupados diariamente por el conseguir su pan de cada día, en su mayoría no tienen posibilidad de profundizarse en la Palabra del Señor, imprescindible para su salvación. Los que deben estudiarla son los sacerdotes, y estudiarla constantemente, porque la Palabra de Dios no es un simple relato que se puede memorizar y después repetirlo automáticamente innumerables veces. No, la Palabra de Dios es tan profunda, como el Creador Mismo, por lo que el proceso de su revelación es infinito. Así que cuanto más el sacerdote se profundiza en ella, tanto más útil es para la salvación de su rebaño.

Sin embargo los sacerdotes en su mayoría no lo hacen, fallan al Señor. Y en su falla llegan a veces a la ignorancia directa o a la tergiversación del sentido de las claras profecías de los profetas y apóstoles.

Las recientes declaraciones de las autoridades de las Iglesias Católica y Ortodoxa, referidas a la futura implantación del chip bajo la piel de la mano o del frente humano son una muestra viva de lo dicho. *Esas declaraciones representan la culminación natural de todas las afecciones de la Iglesia terrenal, descritas hasta aquí, y pertenecen, de un lado, al Papa Francisco y, del otro lado, al Arcipreste Dmitry Smirnov, jefe del Departamento Sinodal del Patriarcado de Moscú de interacción con las Fuerzas Armadas y Agencias Policiales.* Ambas autoridades eclesiásticas encuentran beneficiosa esa implantación, por lo que, de hecho, reniegan o desvalorizan la siguiente indicación unívoca del Apocalipsis de Juan referida a los hechos del enemigo del Señor y de los hombres:

“Y hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se hagan una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar nada ni vender, sino el que lleve la marca con el nombre de la Bestia o con la cifra de su nombre. ¡Aquí está la sabiduría! Que el inteligente calcule la cifra de la Bestia; pues es la cifra de un hombre. Su cifra es 666.” (Ap 13: 16-18)

No obstante el Pontífice católico refiriéndose a la mencionada implantación del chip electrónico bajo la piel de la mano o del frente de todos los hombres sin el cual en el cercano futuro nadie podrá ni comprar, ni vender nada, dijo por ahora en una conversación verbal:

“Hemos examinado las Escrituras a fondo y de manera concluyente que podemos decir que no hay nada que indique que los chips RFID son satánicos de todos modos. En todo caso, estos dispositivos son una bendición de Dios mismo, concedido a la humanidad para resolver muchos de los males del mundo.”²

La misma idea sale de la boca de Dmitry Smirnov, el mencionado arcipreste de la Iglesia Ortodoxa Rusa – una Iglesia que antes llevaba años advirtiendo a sus fieles contra los chips venideros a los que igualaba con la marca de Satán indicada en el Apocalipsis de Juan. Y ahora de repente - y al mismo tiempo que el Papa Francisco - a través del mencionado arcipreste también parece despacharse a favor de ellos. Pues,

1. <https://www.youtube.com/watch?v=V8EK7udooV4>

2. <http://nuevoordenmundialreptiliano.blogspot.com.ar/2014/05/el-papa-francisco-apoya-el-chip-rfid-de.html>

<http://www.historymaker.com.ar/papa-francisco-da-su-apoyo-publico-a-la-implantacion-del-microchip-rfid.html> y otros

cuando una de las fieles, refiriéndose por el momento sólo a los nuevos pasaportes electrónicos con el chip implantado en ellos, le pregunta, si equivaldría su aceptación a la renuncia a Jesucristo, él comienza con compararla indirectamente con los “dementes que siempre temen a algunas cosas”, mientras que la necesidad de esos pasaportes justifica de la siguiente manera:

“Sin ese pasaporte ustedes no podrán recibir su pensión, y, tal vez, después se habrán hecho de tal modo que tampoco podrán comprar algo, ni conseguir sin el un trabajo. Ustedes, quizás, se resignen, pero cuando sus nietos pidan comer ¿qué harían entonces?”

Notemos el parecido de esta justificación al citado testimonio del Apocalipsis de Juan, referido a la marca en la mano derecha o en la frente sin la cual nadie podrá comprar ni vender nada. Consiente de esa conexión, el arcipreste después pasa a las implantaciones de los chips, hipócritamente igualándolos a los tatuajes:

“Si sólo supieran de que se trata,” dice, “cuando se habla de la mano y del frente. Poner un chip bajo la piel es la misma cosa que hacer un tatuaje. ¿Acaso en eso consiste la renuncia?” y luego continua ambiguamente:

“La renuncia no consiste en la implantación. La renuncia se efectuará, cuando te digan: querido, ¿quieres comer? Quieres. Renuncia a Jesucristo. Si renuncias, recibirás la comida. No renuncias – no la recibirás. En eso será la renuncia y no en algo electrónico que recibas.”³

Aquí el arcipreste astuto intenta confundir al rebaño, fingiendo que el chip bajo la piel, sin el cual en un cercano futuro nadie podrá ni comprar ni vender nada, por si mismo no significaría la renuncia a Jesucristo. Uno lo renunciaría, cuando abdicara de Jesús por poder comprar o vender algo. Con tal declaración confusa, ambigua y que lleva a nada el arcipreste cree que se asegura a sí mismo por si acaso, cuando en realidad revela el miedo y la traición que se anudaron en su alma. Pero lo más grave es que así tienta a muchos, pues desdeñando la Palabra del Señor, *aprueba* la aceptación del chip, lo que llevará a los que le crean directamente al infierno.

Mas en efecto el chip, sin el cual nadie podrá comprar ni vender nada, será el precio de la vida temporal del hombre, comprada por la renuncia a Jesucristo, porque mostrará que no es el Señor a Quien el portador del chip confía su vida, sino es el chip, sobre el cual, a propósito, según el mismo Apocalipsis de Juan, será grabado el nombre o el número del nombre de su amo - la bestia. Y de este modo su portador se someterá a la bestia, manifestando así que prefiere la vida temporal a la eterna, en la cual, de hecho, ni siquiera cree y de la cual abjura.

El mismo Apocalipsis de Juan así nos relata lo que pasará con tales hombres:

“Si alguno adora a la Bestia y a su imagen, y acepta la marca en su frente o en su mano, tendrá que beber también del vino del furor de Dios, que está preparado, puro, en la copa de su cólera. Será atormentado con fuego y azufre, delante de los santos Angeles y delante del Cordero. Y la humareda de su tormento se eleva por los siglos de los siglos; no hay reposo, ni de día ni de noche, para los que adoran a la Bestia y a su imagen, ni para el que acepta la marca de su nombre.» Aquí se requiere la paciencia de los santos, de los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Luego oí una voz que decía desde el cielo: «Escribe: Dichosos los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, sí - dice el Espíritu -, que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan” (Ap 14: 9-13)

Entonces, las autoridades de las Iglesias más allá de lo dicho no podrían llegar, porque esas declaraciones ya manifiestan abiertamente su traición al Señor y a su Palabra.

3. <https://www.youtube.com/watch?v=zOBPIMohkkg>

Previendo eso el apóstol decía:

“Queridos, no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo.” (1 Jn 4: 1)

A pesar de su advertencia, los falsos profetas ya hace mucho que se apoderaron de las Iglesias terrenales. Por eso los que se creen cristianos sinceros, independientemente de su confesión cristiana, deben intentar ellos mismos entender, qué es lo que Dios, realmente, quiere de nosotros, para que no se queden indefensos ante las fuerzas hostiles y puedan fundamentar y defender su fe sin confusiones, salvando así tanto a sí mismos como a muchos otros. Pues ¡en el juego está la vida de las almas creadas por Dios! ¡Que el Señor nos libre del mal!

Al índice

Conclusión

Dios, tú mi Dios, yo te busco, sed de ti tiene mi alma, en pos
de ti languidece mi carne, cual tierra seca, agotada, sin agua.
Como cuando en el santuario te veía, al contemplar tu poder
y tu gloria (Sal 63: 2-3)

Se puede continuar hablando de las manifestaciones del paganismo en las iglesias cristianas, pero lo dicho hasta ahora es suficiente para entender que todas ellas - indicadas y no indicadas - tienen la misma causa que ya fue considerada aquí. – Es la confusión del cuerpo natural (o carnal) y del cuerpo espiritual (el alma) del hombre; y asimismo del principio natural y del principio espiritual del mundo. Justamente esa confusión es la culpable tanto de la descomposición de la Iglesia de Moisés del Antiguo Testamento como de la Iglesia nuevetestamentaria de Jesucristo. Es la misma que enturbió la diferencia entre el cuerpo exterior visible y el cuerpo interior invisible del hombre (o entre el hombre exterior y el hombre interior) y también entre el mundo del exilio y el mundo de Dios. Y lo hizo de tal modo que ambos cuerpos/hombres y ambos mundos comenzaron a percibirse como un cuerpo/hombre en desarrollo y un mundo en desarrollo. Por consecuencia al desarrollo fue sometida también la noción inmutable de moralidad que en este mundo “se desarrolla” sólo hacia la carne, pues de la inmutabilidad hay sólo único camino y es el camino hacia la mutabilidad. Lo dicho se atestigua por la presentación moderna de la moral en la que todo se define y se justifica por la carne y sus instintos. Por eso tampoco sorprende que el poder sobre la creación, prometido a los justos, en la conciencia de muchos se transforme en el poder de la carne “elegida” o el de la raza carnal “elegida”, aunque *el principio que se descompone no puede ser elegido, pues a los ojos de Dios es nada más que un recipiente de barro, adonde el hombre corrupto fue colocado temporalmente para alejarlo del reino de Dios*. Por lo tanto la elección, en realidad, se refiere al hombre (cuerpo) interior e invisible para los ojos carnales, es decir, se refiere al alma humana y, además, solamente al alma *justa* y al espíritu, también *justo*, que vive en ella, los que languidecen enterrados en el cascarón mortífero y para los cuales los bienes del mundo son sólo una tentación de la carne con el fin de mantener el alma en la esclavitud carnal. Pues, como dijo el apóstol,

“(…) todo lo que hay en el mundo - la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas - no viene del Padre, sino del mundo.” (1 Jn 2: 16)

Es difícil, muy difícil para el hombre despegar su alma de este cascarón mortal, a menos que por la fe en la Palabra de Dios, siguiendo al apóstol Pablo quién dijo:

“(…) juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y *las tengo por basura* para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no con la justicia mía, la que viene de la Ley, sino la que viene por la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada en la fe, y conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos.” (Fil 3: 8-11)

Pero ni los eclesiásticos posteriores ni los cristianos educados por ellos quisieron seguir a sus primeros consortes y renunciar los bienes de este mundo. Al contrario, los prefirieron a la verdadera Vida, la que, además, confundieron con su vida en la tierra. Privados de la fe verdadera se persuadieron que los bienes terrenales son los dones de Dios al hombre y por eso consideraron que su uso es agradable a Él. Como consecuencia **terminaron con renunciar nada por Jesucristo, sino todo reconciliar con Él.** Así, “corrigiendo” el sentido de la Palabra de Dios, según su propio entender y los intereses carnales, ellos pusieron a sí mismos encima del Señor. Lo hicieron así, porque sin la fe el sentido verdadero de su Palabra en este mundo parece una locura. Como dijo el apóstol,

“(…) la predicación de la cruz *es una necesidad* para los que se pierden; mas para los que se salvan - para nosotros - es fuerza de Dios” (1 Cor 1: 18), pues

“el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él *son locura*, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.” (Reina Valera 1991: 1 Cor 2: 14)

Y porque – podríamos decir continuando - perdió su sensibilidad, se adoptó a la maldición y su salvación la vincula con el mismo mundo, en el que vive, y con la misma carne en la que permanece. No ve el aspecto verdadero de este mundo en que toda creatura gime sometida a la violencia y a la muerte; como avestruz, mete su cabeza en la arena, para no ver y no escuchar sus gritos desesperados. Mientras tanto todo en esa “tierra seca, agotada, sin agua” puede abrevarse y nutrirse sólo por la Palabra de Dios que explica al hombre las causas y la esencia de lo que ocurre en la tierra indicándole al mismo tiempo el camino hacia la Vida verdadera que es aquella Creación inicial que el hombre perdió por romper las leyes de su funcionamiento. *Ahora el camino del regreso al mundo de los Vivos requiere una hazaña espiritual, sin la cual ese regreso es imposible.* Y la hazaña consiste en la mencionada renuncia a los bienes terrenales por el reino de Jesucristo, pues es imposible regresar al mundo de la perfección eterna arrastrando detrás de sí el balasto de lo temporal. Sólo renunciando a lo perecedero el hombre puede contemplar el poder y la gloria del Señor y compartirlos con Él. Tal es el sentido y la esencia puramente espiritual de toda la Palabra de Dios. Por eso concluyendo el libro quiero una vez más dirigir a los eclesiásticos de todas las confesiones cristianas la pregunta del apóstol Pablo, ya citada en este libro:

“¿Tan insensatos sois? Comenzando por espíritu, ¿termináis ahora en carne?” (Gal 3: 3)

Al índice

Anexo

Tragedia del mundo cristiano (Artículo del libro "El misterio de la Santísima Trinidad", *Presentado ahora con algunas correcciones*)

El que ama a Jesucristo, ama también a su Iglesia. Pero ¡que doloroso es ver como los representantes de las distintas confesiones de esta misma Iglesia se niegan o se menosprecian mutuamente sin tomar conciencia suficiente de su unidad!.. Ese artículo presenta mis dolorosas observaciones sobre la realidad eclesial común, hechas no con la intención de perjudicar a las Iglesias que llevan el nombre de Jesucristo, sino para servirles a todas y poner mi grano de arena en la unión espiritual (no política) de ellas.

Como se sabe, la Única, Santa Iglesia fue fundada por Jesucristo que puso como su base la revelación Divina hecha a través de Simón, uno de sus discípulos. Cuando éste, respondiendo a la pregunta de Jesús: *«Y vosotros ¿quién decís que soy yo?»*, dijo: *«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.»*, Jesús le anunció: *«Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.»* (Mt 16, 15-19)

Pues, la Iglesia se basa en la “Piedra” de la fe que Jesucristo es el Hijo de Dios. Esa misma idea fue expresada por el apóstol Juan que dijo:

“Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; ese es el del Anticristo” (1 Jn 4, 2-3).

Ese es el rasgo característico de la Iglesia cristiana. Consecuentemente cualquier Iglesia que confiesa a Jesucristo como a Dios venido en carne, es una Iglesia cristiana, mientras que aquella que lo considera como un profeta, no la es, porque no está fundada en la revelación hecha a través de Pedro, y consiguientemente, tampoco reconoce las normas morales esencialmente vinculadas con la noción de Dios y establecidas por Jesucristo y sus apóstoles. Pues esas normas son un indicio más de la autenticidad de la Iglesia y cualquier alteración de las mismas hace evidente que en la base de la Iglesia se encuentra totalmente otra “piedra de la fe”.

De haber definido así los cimientos de su Iglesia, Jesús destacó la necesidad vital de la unidad de todos sus integrantes. *“Para que todos sean uno...”*, dijo (Jn 17, 21) y en otra ocasión agregó: *“Todo reino dividido contra sí mismo queda asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí mismo no podrá subsistir”* (Mt 12, 25).

Pero la Iglesia transgredió el legado de Jesucristo y se dividió contra sí misma formando múltiples confesiones recíprocamente hostiles. En el siglo V se separaron de ella las Iglesias orientales; en el siglo XI se rajó, además, en dos grandes confesiones, a saber, en la católica y en la ortodoxa, que anatematizaron y excomulgaron una a otra; en el siglo XVI de la Iglesia Católica se apartaron los, así llamados, Protestantes o Reformadores que después también siguieron fraccionándose. Tampoco pudo contener su integridad la Iglesia Ortodoxa que dio a luz a las otras confesiones hostiles. Hay nuevos grandes desacuerdos asimismo en la actual Iglesia Católica, que amenazan con una nueva escisión.

La paradoja es que todas esas Iglesias surgidas en el suelo de la discordia conservaron y conservan hasta hoy la misma “Piedra de la Fe”, pero, parece, sin tomar conciencia de la poca importancia o hasta insignificancia de los motivos de sus discordias a los ojos de Dios.

Aún en el primer siglo el apóstol Pablo definió las raíces de toda escisión de la Iglesia diciendo: *“Os ruego, hermanos, que os guardéis de los que suscitan divisiones y escándalos contra la doctrina que habéis aprendido; apartaos de ellos, pues esos tales no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a su propio vientre, y, por medio de suaves palabras y lisonjas, seducen los corazones de los sencillos.”* (Rom 16, 17-18).

Lo mismo decía también el apóstol Judas: *“Estos son los que crean divisiones, viven una vida sólo natural sin tener el espíritu”* (19).

Ya en aquel tiempo de haber notado algunos rudimentos de la desmembración interna de la Iglesia, los apóstoles exhortaban a los cristianos no permitir la instalación en sus corazones de la hostilidad respecto a sus hermanos en la fe, porque así ayudarían a su carne vencer al espíritu Divino en ellos:

“¿De dónde proceden guerras y contiendas entre vosotros? ¿No es de vuestros deseos de placeres que luchan en vuestros miembros?” – preguntaba a los creyentes el apóstol Santiago (4, 1) Y como si respondiéndole, el apóstol Pablo explicaba:

“...pues todavía sois carnales. Porque, mientras haya entre vosotros envidia y discordia, ¿no es verdad que sois carnales y vivís a lo humano? Cuando dice uno “Yo soy de Pablo”, y otro “Yo soy de Apolo”, ¿no procedéis al modo humano? ¿Qué es, pues, Apolo? ¿Qué es Pablo?... ¡Servidores, por medio de los cuales habéis creído!, y cada uno según el don del Señor.” (I Cor 3, 3-5)

Preguntémonos también a nosotros mismos: ¿Qué es la Iglesia Católica? ¿Qué es la Iglesia Ortodoxa, la Protestante o la Oriental con todas sus divisiones? ¿No son acaso iglesias-servidores por medio de las cuales una enorme cantidad de personas ha creído en Jesucristo y *“cada una según el don del Señor”*? Y sin embargo, llamando *“Señor”* a Jesús y siendo construidas sobre la misma “piedra de la fe” – el hecho que ya por sí mismo manifiesta su hermandad –, las Iglesias antaño se anatematizaron recíprocamente como anticristianas. Y aunque en los últimos tiempos el anatema multisecular fue revocada y fueron hechos los pasos para la reunión de todas, se ve que es muy difícil de revertir las consecuencias de la maldición, porque, además de lo que las Iglesias siguen aun persistiendo en sus negaciones mutuas, existe también el factor humano menos movedizo de los fieles de las diferentes confesiones, acostumbrados al menosprecio mutuo, lo cual es todavía más difícil de revertir.

Mientras tanto, según atestigua el apóstol Pablo, *“nadie, hablando con el Espíritu de Dios, puede decir: «¡Anatema es Jesús!»; y nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!» sino con el Espíritu Santo”* (1 Cor 12, 3). De ahí podemos concluir que cada una de esas Iglesias llamando *“Señor”* a Jesús, actúa bajo la influencia del Espíritu Santo, que es el Espíritu del Amor. Mas al pronunciar el anatema o al persistir en la negativa de otras Iglesias que también le llaman *“Señor”* a Jesús, lo hace bajo la influencia del espíritu de la discordia, opuesto al Espíritu Santo. Esa bifurcación espiritual revela que ninguna de las Iglesias nombradas posee plenamente el Espíritu Santo, ya que además de El, alberga en sí misma el espíritu de la hostilidad. No obstante, cada una de ellas se cree poseedora de la plenitud de la gracia de la verdad y de la fe – y, fíjase, la poseedora única. En tal fondo las palabras más hermosas sobre la reunión de las Iglesias se resultan inútiles. Por ejemplo, las siguientes que encontramos en el Decreto Sobre el ecumenismo del Concilio Vaticano II:

“Guardando la unidad en lo necesario, todos en la Iglesia, cada uno según el cometido que le ha sido dado, observen la debida libertad, tanto en las diversas formas

de vida espiritual y de disciplina como en la diversidad de ritos litúrgicos, e incluso en la elaboración teológica de la verdad revelada; pero en todo practiquen la caridad. Pues con este proceder manifestarán cada día más plenamente la auténtica catolicidad y la apostolicidad de la Iglesia.

Por otra parte, es necesario que los católicos, con gozo, reconozcan y aprecien en su valor los tesoros verdaderamente cristianos que, procedentes del patrimonio común, se encuentren en nuestros hermanos separados. Es justo y saludable reconocer las riquezas de Cristo y las virtudes en la vida de quienes dan testimonio de Cristo y, a veces, hasta el derramamiento de su sangre, porque Dios es siempre admirable y digno de admiración en sus obras”.¹

Es una declaración justa, sin embargo, se borra completamente por la siguiente, hecha en el mismo capítulo:

“Por consiguiente, aunque creamos que las Iglesias y comunidades separadas tienen sus defectos, no están desprovistas de sentido y de valor en el misterio de la salvación, porque el Espíritu de Cristo no ha rehusado servirse de ellas como medios de salvación, cuya virtud deriva de la misma plenitud de la gracia y de la verdad que se confió a la Iglesia. Los hermanos separados, sin embargo, ya particularmente, ya sus comunidades y sus iglesias, no gozan de aquella unidad que Cristo quiso dar a los que regeneró y vivificó en un cuerpo y en una vida nueva y que manifiestan la Sagrada Escritura y la Tradición venerable de la Iglesia. Solamente por medio de la Iglesia católica de Cristo, que es auxilio general de la salvación, puede conseguirse la plenitud total de los medios salvíficos. Creemos que el Señor entregó todos los bienes de la Nueva Alianza a un solo colegio apostólico, a saber, el que preside Pedro...”

Prestemos atención a lo que todas las Iglesias sin excepción se llaman a sí mismas católica, es decir, universal. La Iglesia Católica Romana usa esa palabra en dos sentidos a la vez: en el sentido universal y en el particular, ya que la tiene como su nombre particular. Y, por supuesto, como vemos del contexto, se cree a sí misma la única que goza “la misma plenitud de gracia y de la verdad” que Cristo confió a la Iglesia, por eso a las otras Iglesias las llama “separadas” y “defectuosas”. Ya sólo esa declaración revelando su gran soberbia, pone ante la reunión de las Iglesias una barrera insuperable, además, porque cada una de las confesiones cristianas, como ya he dicho, piensa en sí misma con la igual altivez considerando que sólo ella es la que goza “la plenitud de gracia y de verdad” y no la otra.

He ahí, por ejemplo, cómo se estima la Iglesia Ortodoxa que sigue inquebrantable en lo que “la Iglesia Ortodoxa es la única verdadera Iglesia que conserva la plenitud de la fe”²

Como dice la resolución de la Tercera Conferencia anteconsiliar de todos los ortodoxos (1986), *“La Iglesia ortodoxa en la convicción profunda y autoconciencia eclesiástica que ella es la que tiene y testifica la fe y las Tradiciones de la Única Santa Conciliar y Apostólica Iglesia, firmemente cree que ocupa el lugar central en el proceso del avance hacia la unión de los cristianos en actualidad.(...) La misión y el deber de la Iglesia Ortodoxa es la enseñanza de la verdad en toda la plenitud que contiene La Sagrada Escritura y La Sagrada Tradición, lo que le aporta su carácter universal (...) Esa responsabilidad de la Iglesia Ortodoxa, igual que su misión ecuménica respecto a la unidad de la Iglesia, fue expresada por los Concilios*

1. Concilio Vaticano II. Decreto sobre el ecumenismo. Cap I. Principios católicos sobre el ecumenismo.

2. Епископ Каллист (Уэр) Православная церковь и объединение христиан. “Единая святая католическая Церковь”: что это значит? – /Obispo Callist. La Iglesia ortodoxa y la reunión de los cristianos. La Única santa católica Iglesia” ¿Qué significa?: / http://apologia.narod.ru/basis/uer/uer_ecumenizm.htm

*Ecuménicos (generales). Estos destacaban especialmente el lazo indisoluble de la verdadera fe con la Comunicación en los Sacramentos. La Iglesia Ortodoxa siempre procuraba atraer distintas Iglesias y confesiones cristianas a una búsqueda asociada de la unidad cristiana perdida, para que todas lleguen a la unión de la fe.”*³

Del mismo modo proceden las Iglesias Protestantes, incluyendo la Anglicana, que también se declara a si misma la única que conserva “la plenitud de la fe católica y apostólica y su continuidad con la Iglesia primitiva de Cristo”.⁴

Y eso a pesar de la advertencia de Jesucristo Mismo contra la semejante autoestima y el menosprecio de los otros:

“No juzguéis”, decía, “y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados” (Lc 6, 37).

Hasta había contado a los que “se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: “¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias.”

En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”

Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.» (Lc 18, 9-14)

Naturalmente, lo dicho no se refiere sólo a las personas, sino también a las Iglesias, pues la Iglesia misma es una Persona, cuya cabeza es Jesucristo.⁵ Así que ni la autoelevación ni el narcisismo pueden ser indicios de la plenitud de la fe y de la verdad, sino el humilde reconocimiento de la superioridad de las otras Iglesias, la que testificaría la plena presencia en las Iglesias del Espíritu Santo, que es el Espíritu del amor que une a sus servidores y la ausencia absoluta del espíritu opuesto que los divide.

Pero creyendo que sólo ella es la verdadera y considerando a las otras Iglesias como decadentes, cada una de ellas pone barreras en la comunicación recíproca con los representantes de las otras confesiones cristianas. Esas barreras se manifiestan, por ejemplo, cuando surge la necesidad de la comulgación, del bautismo o de los casamientos mixtos.

*“De hecho, todas las iglesias ortodoxas,” escribe el obispo ortodoxo Callist, “permiten una comunicación recíproca llamada “iconómica”, en las situaciones, cuando los cristianos no ortodoxos siendo lejos de sus iglesias no pueden acceder a los sacramentos de su propia Iglesia, entonces con el especial permiso pueden tener acceso a la comunión de las manos de un sacerdote ortodoxo. Pero ¿es correcto lo contrario? ¿Puede un cristiano ortodoxo en caso de ausencia de una parroquia ortodoxa en cercanía – lo que a menudo ocurre en el Occidente – comulgar en las Iglesias no ortodoxas? La mayoría de los teólogos ortodoxos responde: **no, es imposible**”.*⁶

Es evidente que la semejante declaración, además de manifestar su rechazo de la

3. Офиц. сайт Московского патриархата. Основные принципы отношения к инославии Русской Православной Церкви. Православное свидетельство инославному миру- /La Página web oficial del Patriarcado de Moscú. Los principios básicos de la posición de la Iglesia Ortodoxa Rusa respecto al mundo heterodoxo. El testimonio ortodoxo al mundo heterodoxo./:
<http://www.mospat.ru/index.php?mid=91>

4. Istoría de la Iglesia anglicana. Iglesia Episcopal Anglicana de Chile. Cap. XIV. Diferencias entre la reforma protestante y la reforma de la Iglesia Anglicana.: <http://www.freewebs.com/anglicana/capitulo14.htm>

5. En la base de la Iglesia está la misma Santísima Trinidad que está en la base de Dios y del hombre.

6. Véase n.2

hermandad con las demás confesiones, revela también que a las últimas las considera indignas e impuras.

Según escribe el mismo obispo, *“existe también el problema de los matrimonios mixtos: aquella situación humana, cuando la separación ante el altar es extraordinariamente dolorosa. En estos casos se puede también de vez en cuando – desde luego, no regularmente – permitir la comunicación mutua encima de los límites de las Iglesias.”*⁷

Prácticamente, las cosas no son mejores ni en la Iglesia Católica, ni en las Protestantes. Por ejemplo, respecto a los matrimonios interconfesionales la teología moral católica dice: *“Cuando Pablo recomienda casarse “en el Señor” (1 Cor 7,39), hace referencia al matrimonio con una persona que comparte la misma fe”*.⁸

Hay que destacar aquí, que las demás confesiones cristianas, contrariamente a todas las indicaciones nuevotestamentarias, se consideraban y siguen considerándose por la Iglesia Católica como basadas en otra fe y por lo tanto la Iglesia Católica, según la fuente nombrada, siempre se atenía a la siguiente regla:

“En el caso del matrimonio entre dos bautizados, de los que uno solo pertenece a la Iglesia católica, el derecho canónico heredado de la época medieval y recogido en el Código de 1917 preveía un impedimento (mixta religión) que era definido como “dirimente”, porque declaraba ilícito, pero no inválido, el matrimonio contraído sin la dispensa de este impedimento”.⁹

Después del Concilio Vaticano II la situación no se cambió mucho. La serie de condiciones que se pone ante aquella persona que quiere contraer un matrimonio interconfesional, simplemente abruma, pues todas esas condiciones se concentran en las particularidades, mientras que lo principal se queda sin atención, como si no existiera. En unas palabras, los católicos, igual que los ortodoxos, a las demás confesiones consideran como defectuosas e impuras.

Ambas Iglesias si no en la teoría (desde hace poco), pero en la práctica tampoco reconocen el bautismo realizado en las otras confesiones y exigen un nuevo bautismo, como si el anterior no hubiera celebrado en el nombre del Mismo Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ante tal desmaña volviéndose a las palabras ya citadas del apóstol (1 Cor 3, 3-5), preguntémonos nuevamente: ¿Acaso no procede cada una de estas Iglesias al modo carnal o humano, cuando en sí misma ve sólo méritos, mientras que en las otras encuentra nada más que faltas? ¿Acaso no procede cada una al modo carnal, cuando se cree la única Iglesia verdadera y fiel a Cristo, y enseña a sus parroquianos que las otras Iglesias representan una religión distinta y a veces hasta contraria a Cristo o, si no contraria, de todos modos, defectuosa, privada de la plenitud de la gracia Divina? Teniendo como guía el Nuevo Testamento, ellas, sin embargo, nunca evocan las siguientes palabras del apóstol o no las relacionan con las Iglesias:

“Pero tú ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú ¿por qué desprecias a tu hermano? En efecto, todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios”. (Rom 14, 10) o estas:

“No os complazcáis en vuestra propia sabiduría” (Rom 12, 16), es decir, no se pongáis arriba de los demás y no los juzgáis.

Pero sin reconocer en sus acciones alguna disconformidad con la Palabra de Dios, las Iglesias justifican su mutuo rechazo, en primer lugar, por las diferencias dogmáticas

7. Ibíd.

8. G.Cereti. Teología moral: matrimonios mixtos. http://www.mercaba.org/DicTM/TM_matrimonios_mixtos.htm

9. Ibíd.

que, sin embargo, después de haber sido bien consideradas se resultan inexistentes y debidas “*exclusivamente a la fraseología*”.

Veremos, por ejemplo, como se resolvieron esas “diferencias” entre la Iglesia Ortodoxa y las Orientales, no calcedónicas, declaradas anteriormente heréticas y apostatas.

Según cuenta el ya mencionado obispo ortodoxo, en las décadas de los 60 y 70 del siglo pasado tuvieron lugar diferentes encuentros consultivos entre los teólogos de ambas partes. Los efectos de estos encuentros “*se resultaron inesperadamente positivos. Se esclareció que por la cuestión principal que causó la división histórica – a saber, la cuestión referida a la persona de Cristo, - prácticamente no existen ningunas divergencias reales. La discrepancia, como fue constatado en Argus, se encuentra exclusivamente en el nivel de la fraseología. En resumen los delegados declararon: “En unos a otros reconocemos la única fe ortodoxa de la Iglesia (...). En el fondo del dogma cristológico encontramos un acuerdo pleno entre nosotros”. Como fue declarado en la consulta de Bristol, “unos de nosotros sostienen dos naturalezas, dos voluntades y dos acciones, unidos hipostáticamente en la persona de Jesucristo, y los otros, la única naturaleza divina/humana, voluntad y acción en el mismo Cristo*”¹⁰.

Así, toda la disensión, todas las maldiciones seculares se resultaron injustificadas. Pero si en el alto nivel teológico ya fue declarada la unidad de la fe, en el nivel inferior de los rangos eclesiásticos y de los creyentes comunes las negaciones se continúan, pues lo que se había plantado por los siglos, no se extermina tan fácilmente.

Veo la misma diferencia fraseológica (aunque todavía no reconocida) también en las diferencias dogmáticas entre la Iglesia Católica y la Ortodoxa. El centro de la discordia es el símbolo de la fe que los católicos denominan *filioque* manteniendo que el Espíritu Santo procede tanto del Padre como del Hijo. Los ortodoxos, al contrario, sostienen que el Espíritu Santo procede sólo del Padre. Pero ¿es legítimo plantear semejante problema, si reconocemos que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo es uno, Dios Único? Pues dijo Jesús: “*Yo y el Padre somos uno*” (Jn 10, 30). ¿No nos encontramos ante la falta del deseo de entender unos a otros?, ya que tienen razón tanto los ortodoxos, diciendo que el Espíritu Santo procede del Padre, como los católicos que afirman que el Mismo procede del Padre y del Hijo. Y a la vez no tienen razón ni unos, ni los otros, porque separan la unidad Divina y en esta separación construyen sus discordias, tanto más que El Cristo Mismo testificó el uno y el otro, pues no dividía la integridad Divina:

“*Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre,*” decía, “**el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí.**” (Jn 15, 26)

Y en otro lugar:

“*Jesús les dijo otra vez: «La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.» Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo*”. (Jn 20, 21-22) o

“*Porque, como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo*” (Jn 5, 26)

En estas palabras no hay nada contradictorio, aunque en el primer fragmento Jesucristo dice que el Espíritu procede del Padre y en el otro, muestra que procede también de El, es decir, del Hijo. Pero habla El del Padre o del Hijo siempre se refiere a una sola Persona en su integridad y no a sus integrantes, pues la Persona consiste de dos principios (de la cabeza y del cuerpo) unidos de tal manera que uno no puede existir sin

10. Véase n.2

el otro. Así que esas declaraciones aparentemente contradictorias en realidad expresan la misma verdad, porque cuando hablamos del Padre, pensamos también en el Hijo y en el Espíritu Santo, y cuando hablamos del Hijo, pensamos también en el Padre y en el Espíritu Santo. Resulta que los teólogos en algunos casos reconocen esa unidad de las tres Personas Divinas y en los otros no reparan en ella, como, por ejemplo, en el pleito alrededor del *filioque*. Eso a su vez evidencia que, **a pesar de sus afirmaciones contrarias, la plenitud de la verdad no se manifiesta y no puede manifestarse en ninguna de las Iglesias que se oponen, ya que siendo desunidas no pueden tener aquello que se manifiesta sólo en la unidad.**

“Cuando venga él, el Espíritu de la verdad,” dice Jesucristo, “os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros” (Jn 16, 13-15).

Si todo lo que tiene el Padre pertenece a Cristo, significa también que el Espíritu del Padre es el Espíritu del Cristo. Entonces ¿qué sentido tiene la disputa que **divide lo que es unido por Dios, es decir, divide la integridad de Dios?**

Pero si las “diferencias” dogmáticas oprimen, aun más lo hacen los pleitos por las diferencias canónicas o rituales. Pues en fin de cuentas la unidad no supone la igualdad y no exige la supremacía de alguna de las confesiones, sino la unidad en la diversidad, el amor fraternal, ayuda mutua y comprensión mutua a pesar de todo, ya que todas están basadas en la misma “Piedra de la fe”, es decir, en Jesucristo Mismo, Dios verdadero y Hombre verdadero, la cabeza de la Iglesia “*que es*”, según el apóstol Pablo, “*su cuerpo, la plenitud del que llena todo en todo*” (Ef 1: 22-23). Y ese cuerpo debe ser santo, pues pertenece a Cristo que es santo.

Explicando la naturalidad y hasta la necesidad de las diferencias entre las Iglesias, el apóstol Pablo escribía:

“Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común, Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carismas de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad. Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Así también el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, yo no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Si todo el cuerpo fuera ojo ¿dónde quedaría el oído? Y si fuera todo oído ¿dónde el olfato? Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo según su voluntad. Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, mas uno el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano: «¡No te necesito!» Ni la cabeza a los pies: «¡No os necesito!».....

Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte”. (1 Cor 12, 4-21 и 26-27)

No se puede decir más claramente. Y todos lo saben, pero lo consideran sólo como reglas intraconfesionales, ya que además de su confesión, no reconocen a ninguna otra.

Entretanto esas palabras ponen en evidencia que las discordias entre las Iglesias que profesan a Jesucristo venido en carne deberían considerarse como *“la medida de la fe”* que les otorgó a cada una el Señor, según la función que cumplen en el organismo de la Iglesia. Así que, incluso cuando se trata de las confusiones, éstas no deben dar lugar a las alteraciones del legado del amor dejado por el Cristo, no pueden llevarnos a destruir Su cuerpo, porque las confusiones son como las enfermedades: se puede curarlas. Y el mejor médico es el amor mutuo que se manifiesta en la infinita paciencia – **parecida a aquella con la que el Mismo Señor acogió nuestras afecciones**, - y en la aplicación de todos los esfuerzos para curar al enfermo. Pues, cuando se enferma alguno de los órganos o de los miembros del organismo humano, todos los demás se esfuerzan para ayudarlo y así poder nuevamente establecer su funcionamiento regular. Pero ¿por qué no se hace lo mismo con el cuerpo de Cristo?

Sólo hay una respuesta posible para esa pregunta: es porque las Iglesias no perciben el cuerpo que forman en su integridad y armonía, incluso cuando afirman lo contrario; y no lo hacen por la falta del amor entre los que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Y cuando el amor está faltando, entonces lo sustituyen otros sentimientos, tales como la ambición, la autoveneración y la aspiración a dominar sobre las otras confesiones. Con todo, se desestiman también las siguientes advertencias del apóstol:

“...No os estiméis en más de lo que conviene; tened más bien una sobria estima según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual. Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo los unos para los otros, miembros” (Rom 12, 3-5)

“Porque si alguno se imagina ser algo, no siendo nada se engaña a sí mismo”, añade él en otra ocasión. (Gal 6, 3).

Esas palabras, sin ninguna duda, pueden referirse también a todas las Iglesias que se oponen, pues las que *“invocan el nombre del Señor”* son hermanas y si una de ellas *“se imagina ser algo, no siendo nada se engaña a sí mismo”*. Ante cualquier discordia deberían sólo exhortar una a otra, corregirse, perdonarse y amarse mutuamente, dejando el juicio al Juez Superior. *“Hermanos,”* dice para este caso el apóstol, *“si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, y cuídate de ti mismo, pues también tú puedes ser tentado. Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo”*. (Gal 6, 1-2)

Ese desacuerdo entre las Iglesias, la imprecisión en las definiciones de las religiones llevaron a los creyentes a una confusión total.

A menudo tanto entre los católicos como entre los ortodoxos, protestantes o orientales se puede escuchar conversaciones como ésta:

- “¿es cristiano?
- No, es católico (o es protestante) ”
- y al revés:
- “¿es católico?
- No, es cristiano”

Como si no fueran cristianos todos ellos...

Este hecho es un testimonio de la ignorancia de los creyentes respecto a los cimientos de su propia fe y respecto a las otras confesiones. Los fieles acostumbrados por las Iglesias fiarse por entero de los sacerdotes, es decir, del factor humano, no reflexionan por sí mismos sobre la Santa Escritura, y ni siquiera quieren leerla por su propia iniciativa. Parece que las Iglesias completamente dejaron de creer que el Espíritu Santo patrocina al que, verdaderamente quiere conocer la Palabra de Dios y le proporciona tanto conocimiento, cuanto éste puede asumir. Como resultado la mayoría de los creyentes sabe, mas no se da cuenta en el significado de la “piedra de la fe” que a todos ellos, sin distinción de las confesiones, les convierte en hermanos ante los ojos de Dios y no entiende que negando a sus hermanos, en realidad, niega la integridad del cuerpo Divino. Mientras tanto sería suficiente sólo un poco pensar, para captar la unidad radical de todas las confesiones cristianas, la que paradójicamente por los jefes de las Iglesias se reconoce y se niega a la vez.

Por lo tanto no es sorprendente que a consecuencia de todas estas medias tintas se alteren también las nociones relacionadas con la unidad de la Iglesia, por ejemplo, la noción sobre el *ecumenismo*. Esa palabra comenzó a usarse muy a menudo después del Concilio Vaticano II, porque uno de sus decretos refería al ecumenismo de las confesiones cristianas. Pero, extrañamente, el contenido de este Decreto se adultera por muchos representantes tanto del mundo cristiano como no cristiano. La llamada al ecumenismo presentada ahí, frecuentemente se atribuye por ellos no sólo a las confesiones cristianas, sino también a las religiones no cristianas. Se lo hacen – concientemente o no - confundiendo dos completamente distintos decretos, a saber: el “Decreto sobre el ecumenismo” y el Decreto «*Nostra aetate*». Este último se refiere al dialogo con las religiones no cristianas y no contiene la palabra “ecumenismo”. Propiamente dicho, este último decreto se trata de las formas modernas de la evangelización del mundo no cristiano, de aquella evangelización que fue legada por el Mismo Cristo a los apóstoles, pues muchas veces los apóstoles llevaban al mundo la luz del Evangelio a través de los diálogos.

En cuanto al Decreto Sobre el Ecumenismo, éste se refiere sólo a las confesiones cristianas – hecho que se marca muy claramente en su comienzo:

“En este movimiento de unidad, llamado ecuménico,” se dice ahí, “participan los que invocan al Dios Trino y confiesan a Jesucristo como Señor y Salvador; no sólo individualmente, sino también reunidos en comunidades, en las que han oído el Evangelio y a las que cada uno llama Iglesia suya e Iglesia de Dios.” (Introducción)

Eso significa que en el dicho movimiento no participan ni los representantes del judaísmo, ni los islámicos ni los budistas, ni los partidarios de cualquier otra religión, cuya “piedra” de la fe no es Jesucristo. Los que participan son aquellos que “invocan al Dios Trino” y para los cuales Cristo es el “Señor y Salvador”. Es decir; aquí se trata de la unión exclusivamente de los cristianos.

No obstante y a causa de las ideas vagas respecto a las diferencias entre las distintas religiones la mayoría de las personas entiende el ecumenismo como un llamamiento a la unión de todas las religiones en la base de la, así llamada, “*moral omnihumana*”. Pero este punto de vista ignora un momento muy importante, relacionado con las raíces de las nociones morales del hombre que son siempre religiosas, porque parten de la lógica de la percepción de Dios y del ser humano. Por eso cada religión tiene su moral que difiere de la de las otras. Pues, si la moral cristiana exige *no resistir al mal* con la violencia, la de otras profesa *ojo por ojo* o alienta la masacre de los “infieles”. Si la moral cristiana respecto a la familia demanda exclusivamente la monogamia, las otras religiones permiten tanto monogamia como poligamia. La última no solamente no va contra la moral de ellas, sino hasta se considera más natural que la monogamia. Si para

los cristianos Dios es Espíritu, las otras lo entienden como la naturaleza. Y si los cristianos, por lo tanto, reconocen al hijo de Dios por el espíritu, los otros lo vinculan con la carne. Por eso si los cristianos en sus reglas morales se guían por el espíritu, la moral de otras religiones se vincula, más o exclusivamente, con las necesidades del cuerpo. De ahí lo que para los cristianos es un pecado mortal (por ejemplo, la práctica de las distintas aberraciones sexuales), las otras religiones ora no siempre la condenan o reprueban, ora, al revés, la estimulan. Se podría continuar la enumeración, pero no es el objetivo del presente artículo.

Esas diferencias, como ya fue dicho, no son casuales, porque parten de la lógica de la percepción de Dios y del ser humano, la que es distinta en cada religión, pero la misma en cada confesión cristiana.

No queda dudas que en el fondo de las diferencias tan profundas es ridículo hablar de la “*moral omnihumana*”. Entonces, en el dicho Decreto se habla sólo de la alianza entre aquellas confesiones que se basan en la misma “*piedra de la fe*” y en la misma moral, porque a pesar del fraccionamiento de la Iglesia, todos sus integrantes conservaron esas dos nociones y de este modo atestiguan que, en realidad, todas ellas forman una sola religión que ha dado al mundo muchos santos y devotos. Estos nacen en todas las confesiones. Por eso cada una de las Iglesias, - sea Católica, Ortodoxa, Protestante o Oriental - son afamadas por los santos y misioneros que con su vida y muerte propugnaron a Jesucristo; **en cada una de estas Iglesias hubo y hay, junto con los errores, mucho mérito, muchos nobles espíritus que condicionaron aquellos benditos frutos que enriquecieron la humanidad.**

Pero la tragedia consiste en el hecho que ni una de estas Iglesias se mostró capaz de reconocer y valorar verdaderamente “los logros” de las otras Iglesias, porque en la subconciencia de la ideología eclesiástica a menudo yace exclusivismo nacional o racial – sea el griego, romano, eslavo, inglés o cualquier otro (en algo parecido al de la ideología del judaísmo) - y por eso ni una puede proyectar sobre si misma las siguientes palabras del apóstol: “*Si vivimos por el Espíritu, sigamos también al Espíritu. No seamos vanidosos provocándonos los unos a los otros y envidiándonos mutuamente*” Gal 5, 25-26)

“... *no hay distinción entre judío y griego, pues uno mismo es el Señor de todos, rico para todos los que le invocan. Pues todo el que invoque el nombre del Señor se salvará*”. (Rom 10, 12-13). Esas palabras evidencian que en el cristianismo las distinciones nacionales o raciales no son importantes, porque pertenecen a la carne y no al espíritu. El mismo apóstol explica, por qué no deben gloriarse ningún mortal, ni ninguna raza terrenal:

“*¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien a los locos del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios a los débiles del mundo, para confundir a los fuertes. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. **Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios***” (I Cor 1, 26-29)

Por la misma razón la verdadera Iglesia no puede estar sometida a un gobierno terrenal, ni tener una estructura gubernamental, ni agruparse alrededor de una raza terrenal. Iglesia es el sembrador. Su tarea principal consiste en el desvelo por la educación cristiana y la moral de sus fieles. El resto juzgará Dios Mismo.

Una vez Cristo dijo: “*Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra*”. (Jn 8, 7)

Paradójicamente, arrojando piedras una a la otra, las Iglesias, no obstante, se consideran sin pecado y santas, pero no está claro, lo hacen por la falta de comprensión

de la palabra que profesan o por menospreciarla, pues el apóstol enseña: “*Quien dice: “Yo le conozco” y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él*”. (I Jn 2, 4)

“*Si decimos: “No tenemos pecado”, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia. Si decimos: “No hemos pecado”, le hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros*” (I Jn 1, 8-10)

¿Acaso esas palabras no caracterizan a cada una de las Iglesias hostiles que en lugar de unirse en el amor, en lo que constituye la esencia de su fe, se desunen a causa de las cosas poco importantes, relacionadas con las tradiciones, las particularidades de los ritos, las expresiones verbales, la mentalidad de los pueblos o de las confesiones? Y de esta manera obligan a sus fieles seguir tras los humanos y sus resoluciones que les desunen en lugar de empujarlos tras el Espíritu Santo que les une a todos y que debería estar en la base de cada una de las Iglesias que trágicamente se oponen entre sí. Sólo armándose del Espíritu Santo que es el Espíritu del Amor, se puede superar todas esas discordias interconfesionales. Pero apenas el Espíritu Santo se asoma como el sol detrás de las nubes, éstas se apresuran cerrarlo nuevamente.

«*En vano me rinden culto*”, decía a tales Jesús, “*ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres. Dejando el precepto de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres.*» Les decía también: «*¡Qué bien violáis el mandamiento de Dios, para conservar vuestra tradición!* (Mc 7, 7-9)

En tal panorama ¿qué pueden hacer aquellos cristianos que por la obra del Espíritu Santo perciben las Iglesias en su integridad y unidad, aman a todas las confesiones como partes de la única Iglesia de Cristo, toman conciencia de la hermandad de las que profesan a Jesucristo; quienes veneran tanto los ritos y cánones ortodoxos repletos de la profunda belleza mística, como la elevada humanidad de las misas católicas, la rigurosa sensatez de las celebraciones anglicanos, la severa enajenación de las de los armenios y la sencillez de las reuniones protestantes?

Entonces me pregunto: ¿a qué Iglesia pertenezco? ¿Dónde está aquella en la que no hay lugar para hostilidad, en la que se irradia sólo el verdadero amor cristiano: la que reconoce cualquier bautismo realizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; la que no construye obstáculos para los matrimonios interconfesionales que se realizan en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, no complica la recepción de la comunión de las manos de los sacerdotes de otras confesiones y no la rechaza cuando ésta se hace en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, etc., etc.?

Como respuesta evoco las palabras del obispo anglicano Tomás Ken y apropiándolas enteramente, digo a mi misma: pertenezco “*...a la santa, conciliar y apostólica Iglesia que fue antes de la desunión del Oriente y Occidente*”.

Renovado en el septiembre del 2009 y en el marzo del 2015

Al índice